



Leslie Charteris

El Santo en

Nueva York

Lectulandia

Simon Templar «El Santo» es llamado a la ciudad de los rascacielos por un desconsolado padre que quiere vengar el secuestro y muerte de su hijo. El Santo emplea su expeditivo método para hacer justicia ante la poderosa banda que domina la ciudad y que, por supuesto, no destaca por sus buenos modales.

Lectulandia

Leslie Charteris

El Santo en Nueva York

El Santo - 15

ePub r1.0

Titivillus 08.03.2019

Título original: *The Saint in New York*
Leslie Charteris, 1935
Traducción: María Luisa Martínez Alinari
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

*A Malcolm Johnson, que propuso la idea y me ayudó de muchos
modos.*

EL SANTO EN NUEVA YORK

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

CELLINI (Chris): Italiano, amigo de El Santo y dueño de un restaurante.

EDWARDS (Fay): Linda muchacha, que sirve de enlace entre la banda y su jefe máximo.

FELDER (Heimie): Destacado componente de la banda de los secuestradores.

FERNACK (John): Inspector de policía en Nueva York.

INSELHEIM (Ezequiel): Acaudalado agente de cambio, padre de Viola.

INSELHEIM (Viola): Niña de seis años, secuestrada.

LRBOLL (Jack): Ex ayudante de Ualino.

JOE y MAXIE: *Gangsters*.

KESTRY: Agente de policía.

KUHLMANN (Dutch): Subjefe de una banda de secuestradores.

MARK: Abogado perteneciente a la Tammany Hall.

NATHER (Algernon Wallis): Juez.

ORCREAD (Robert): Jefe de la Tammany Hall, organización política.

PAPULOS «Pappy»: Elemento destacado de la banda de secuestradores.

QUISTROM (Arthur J.): Comisario de policía en Nueva York.

TEMPLAR (Simón «El Santo»): Protagonista de esta novela.

UALINO (Morrie): *Gángster*, secuestrador y jefe de una banda.

VALCROSS (William K.): Financiero y amigo de Templar, a cuyo servicio trabaja éste.

YEALD (Marcus): Fiscal del distrito.

PRÓLOGO

La carta fue entregada en el Negociado de Correspondencia de Centre Street. Pasó, como un trámite más, por el Negociado de Investigación Criminal de Extranjeros, y la División de la Oficina Central. Al fin, fue depositada en el escritorio del Comisario de Policía Arthur J. Quistrom. Se trataba de un documento bastante notable en todos los aspectos y ni su prosa estudiadamente vulgar podía lograr que fuese poco interesante.

*POLICIA METROPOLITANA
SECCIÓN ESPECIAL
SCOTLAND HOUSE
LONDRES, S. W.*

*Comisarulo de Policía
Nueva York*

Estimado señor:

Nos vemos en la obligación de informarle de que, por diversas razones, hemos llegado a la conclusión de que Simón Templar, conocido por El Santo, se halla actualmente en los Estados Unidos.

No poseemos sus huellas dactilares, pero le enviamos adjunta una fotografía, una descripción completa y un informe.

Como verá en él, no existen cargos que nos permitan iniciar los procedimientos necesarios para su extradición; pero sería prudente que ustedes, por su propio bien, observaran cuidadosamente las actividades de Templar, si logran por fin localizarle.

Suyo afectísimo,

*C. E. TEAL
Inspector Jefe*

El primer anexo tenía por título: «Simón Templar El Santo».

Descripción: Edad, 31 años. Altura, 6 pies y 2 pulgadas. Peso, 175 libras. Ojos azules. Pelo negro, peinado hacia atrás. Cutis tostado. Cicatriz de bala en el hombro izquierdo; cicatriz de 8 pulgadas en el antebrazo derecho.

Características especiales: Siempre inmaculadamente vestido. Gustos lujosos. Vive en los hoteles más caros y sabe apreciar el vino bueno y la buena comida. Lleva armas de fuego y es un experto lanzador de cuchillo. Posee licencia de piloto aviador.

Habla correctamente varios idiomas. Conocido por El Santo, por su costumbre de dejar el dibujo de un esqueleto rodeado de un halo, en el escenario de sus crímenes.

Historial: Llamó nuestra atención por primera vez hace cinco años, como agente particular interesado en recobrar cierta cantidad de oro en barras, robado del «Confederate Bank» de Chicago y transportado luego a este país. Logro hacerlo y obtuvo una recompensa, dejando que los ladrones fueran detenidos por nuestro agente, inspector Carn.

Durante algún tiempo, con la ayuda de cuatro cómplices, se convirtió en un agente particular, encargado de aterrorizar a los criminales que nosotros no habíamos podido detener, por falta de pruebas. En aquella época, su verdadera identidad era un misterio. Sus actividades estaban dirigidas principalmente contra el vicio. Ayudó a obtener pruebas y a la captura de unos de los jefes más importantes del tráfico mundial de drogas. Se cree que instigó al asesinato de Henri Chastel, traficante de la trata de blancas en Atenas, por aquel entonces. Admitió haber asesinado a Golter, un anarquista, frustrando de ese modo el atentado contra la vida del príncipe Rudolf, durante su visita a Londres.

Secuestró al profesor K. B. Vargan, mientras el Ministerio de Guerra estaba estudiando la compra de su «nube de electrón». Vargan fue asesinado más tarde por Norman Kent, miembro de la banda de Templar. Kent fue asesinado a su vez por el doctor Rayt Marius, agente del Servicio Secreto extranjero, que trataba también de apoderarse del invento de Vargan. El motivo, según una carta que Templar publicó más tarde en los periódicos, fue el deseo de evitar que esa arma sirviera para aumentar las posibilidades de guerra, que de acuerdo con el citado Templar es un método inhumano de destrucción. Templar y Marius se escaparon y huyeron de Inglaterra.

Tres meses más tarde, Templar volvió a aparecer, y frustró un segundo complot de Marius para provocar la guerra, complot del que nosotros no teníamos noticia. Marius logró escapar al fin, pero se tiene la convicción de que ha muerto. La intriga, sin embargo, se hizo pública y Templar consiguió su perdón evitando un atentado contra el tren real.

Después de esto, continuó su campaña, luchando contra el crimen con sus propias armas. Obtuvo pruebas en muchos casos y logró en otros el arresto de los culpables. Existen sospechas de que él fue el autor de la muerte de Stephen Weald, alias Waldstein, y de la desaparición de lord Esseden, durante el período en que Templar se ocupaba de salvar la reputación del difunto comisario auxiliar *sir* Francis Trelawney.

Sus actividades han continuado hasta que salió de Inglaterra, hace seis meses.

La mayoría de los hechos arriba mencionados, lo mismo que otros muchos de los que no tenemos pruebas definitivas, han sido también provechosos, desde el punto de vista financiero, y la fortuna de Templar, adquirida por esos medios, puede estimarse en medio millón de libras esterlinas.

Es también muy conocido de la policía de Francia y Alemania.

Una fotografía iba unida al expediente, y al final del legajo había varios recortes, con los breves informes de los diversos departamentos por donde había pasado:

Negociado de Identificación Criminal: No existe historial. Se han enviado copias de la fotografía y descripción a Albany y Washington.

Negociado de Investigación Criminal de Extranjeros: Continúan las investigaciones.

División de la Oficina Central: Continúan las investigaciones.

El comisario alzó una mano y se rascó su canosa cabeza. Luego volvió a leer la carta por segunda vez, con las tupidas cejas fruncidas. Sus ojos, de un azul borroso, estaban rodeados de unos párpados flácidos e hinchados, como ampollas reseca; su cara estaba llena de arrugas y tenía un aire de cansancio. La amargura y el cansancio de su alma eran el único premio de cuarenta años de batalla inútil contra la ilegalidad; una ilegalidad que se paseaba del brazo con aquellos que estaban aparentemente encargados de hacer cumplir las leyes.

—¿Usted cree que esto tiene que ver algo con la carta que le mandaron a Irboll?
—preguntó cuando hubo terminado por segunda vez de leerla.

El inspector John Fernack se echó hacia atrás su viejo sombrero y asintió. Luego señaló con su corto y grueso pulgar otro papel que había en la mesa del comisario.

—Eso creo. ¿No ha leído lo que dice Scotland Yard acerca del mote que usa ese tipo? El Santo, dicen. Pues mire ese dibujo. Yo no entiendo mucho de arte y me parece que ese tal Templar tampoco sabe gran cosa; pero de todos modos, mire. Mire esa figura. Parece los dibujos que hacen los chicos cuando cogen un lápiz por primera vez: un redondel por cabeza, una línea por cuerpo y cuatro líneas más para los brazos y las piernas. Cuando yo era pequeño me llevaron una vez a una catedral —dijo Fernack como si confesara algo que echase un borrón en su carrera—, y allí había muchas pinturas con círculos sobre la cabeza. Eran santos; y esos círculos querían representar los halos.

El comisario no sonrió.

—¿Qué ocurre con Irboll? —preguntó.

—Su causa se ve hoy en el Tribunal de Sesiones Generales; se aplazará como siempre —dijo Fernack con disgusto. Luego escupió amargamente—. Ya sabe lo que pasa siempre. Nunca tuve mucha cabeza para los números, pero me parece que esta es la trigesimaprimer a o la trigesimasegunda vez que la causa se aplaza. Si se considera que no hace más que dos años desde que mató a Ionetzki, todavía nos queda alguna probabilidad de verle morir en la silla, antes de que nos hayamos muerto de vejez. ¡Qué diablo, siempre es algo!

Los labios de Fernack se apretaron en una dura línea. Luego se inclinó sobre el escritorio y apretó con sus gruesos puños la tapa de caoba; sus ojos se clavaron en

Quistrom con toda la brillantez de un ácido en plena ebullición.

—A veces pienso que me gustaría que ese tipo, El Santo, anduviera por Nueva York... haciendo eso que dice el informe —dijo—. Hay ocasiones en las que por dos centavos dejaría mi puesto y me pondría a hacer esas cosas yo mismo. Dormiría mejor si viera que eso ocurría en nuestra ciudad.

»Ionetzki fue mi ayudante cuando yo era teniente del Distrito Quinto, antes de ascender a la jefatura. Un muchacho decente... y usted sabe lo que eso significa. Había empezado desde abajo. Usted, que empezó lo mismo, ya conoce lo que son esas cosas. Usted ha pasado por ello, como nosotros, y por eso es el primer comisario que no tiene que empezar aprendiendo qué clase de uniforme usa un recluta. No crea que se lo digo por alabarlo, jefe. Pero usted ya sabe lo que nosotros queremos decir cuando decimos de alguien que era un muchacho decente.

Las manos de acero de Fernack se abrieron y volvieron a cerrarse luego sobre el borde del escritorio.

—Esto es lo que era Ionetzki —dijo—. Un muchacho decente. Quizá no muy listo; pero honrado. Y se encuentra con un asalto, y aunque otro hubiera dado la vuelta y hubiese hecho como que no se había enterado, él intenta detener a los asaltantes, y entonces esa rata cobarde de Irboll le pega un tiro en la tripa.

Quistrom no replicó; ni siquiera se movió. Sus fatigados ojos descansaron sobre la tersa faz del hombre que tenía enfrente de sí, con una especie de extraña simpatía por aquel estallido inesperado. Pero el cansancio de sus ojos era demasiado profundo para desaparecer fácilmente.

—Nosotros detuvimos a Irboll —dijo Fernack— y todo el mundo sabía que él lo había hecho. Y le dimos lo suyo. Sí, le dimos una buena. Pero ¿de qué diablo sirve eso? Un trozo de barra de goma no es lo mismo que un balazo en el vientre. No le hace morir a uno lentamente, con los intestinos ardiendo y la boca deshecha a fuerza de hacer esfuerzos para no gritar de dolor. No deja a una buena mujer sin su marido, y a unos chiquillos sin padre. Pero le dimos lo suyo. ¿Y qué? Siempre hay algún político que le debe algún favor, o un juez a quien tiene metido en el bolsillo. Luego sale un abogado con el *habeas corpus*, la coartada y qué sé yo. Después viene la vista de la causa, con un juez amaestrado en el estrado, un jurado de encargo, y un amigo en la oficina del fiscal del distrito, que es lo mismo que él. Y empiezan las transferencias, las objeciones, las extradiciones, los aplazamientos y las súplicas. La causa se va arrastrando de ese modo hasta que nadie recuerda quién fue Ionetzki, ni lo que le pasó. Lo único que saben es que están ya hartos de oír hablar de Irboll.

Así que quizá lo absuelvan. O quizá lo metan en la cárcel. Pero eso le gusta a él. ¡Después de todo se pasa el día fumando cigarrillos y escuchando la radio! Y después de unos cuantos meses, cuando los periódicos hayan encontrado alguna otra cosa de que hablar, el gobernador de la prisión le hace el regalo de un indulto y el departamento de fianzas le deja en libertad y le dice que sea un buen chico... Luego,

al cabo de unos meses, algún chico decente recibe otro balazo, pero eso... ¿a quién le importa?

La mirada de Quistrom se detuvo en el secante que tenía en su mesa. La inclinación de sus anchos hombros era un mudo signo de aquiescencia a una serie de hechos que él no podía impedir. Y el huesudo cuerpo de Fernack se inclinó hacia delante con su pétrea mandíbula apretada y su voz ronca y áspera.

—Ese tipo, El Santo, le ha mandado una carta a Irboll —dijo Fernack—. Le dice que, salga absuelto o no, él tiene una justicia propia que va más allá que la de los demás. Dice que si Jack Irboll vuelve a salir libre esta tarde, rodeado de sus amigotes y riéndose para que le oigamos nosotros... será la última vez que eso ocurra. Eso es todo. Un tiro, por otro tiro. Y puede ser que lo haga. Si la mitad de lo que dice esa carta que ha recibido es verdad, lo hará. Hará lo que yo hubiera querido hacer... ¡y tal como hubiera querido hacerlo! Y aunque los periódicos pongan el grito en el cielo y digan que qué clase de policías somos que necesitamos un vigilante aficionado para que haga los trabajos que nosotros no podemos o no queremos hacer, me es igual. ¡Pero luego yo tendré que perseguir a ese hombre, llevarle a la sala de atrás de una comisaría y hacerle confesar por medio de una porra de *baseball*, llevarle al tribunal y trabajar todo lo que pueda para conseguir que lo manden a la silla eléctrica; total por haber hecho lo que usted o yo hubiéramos hecho, si no fuésemos unos cobardes que pensamos más en la paga que en seguir adelante con el trabajo que nos está encomendado!

El comisario alzó los ojos.

—Usted cumpla con su deber, Fernack. Eso es todo —añadió—. Lo que pase después en este caso, o en cualquier otro... no es culpa suya.

—Sí... yo cumpliré con mi deber —dijo amargamente Fernack—. Lo haré como lo he hecho siempre, como lo llevo haciendo muchos años. Limpiaré otra vez el suelo y luego les devolveré la cazuela a esos puercos para que vuelvan a ensuciármelo.

Quistrom recogió el legajo y se quedó mirándole. Hubo una pausa en la que las palabras de Fernack parecieron zumbar en la habitación, como una especie de eco, hasta que ésta reverberó y tronó con su inaudible fuerza. Fernack sacó de repente un pañuelo y se secó la frente. Luego se acercó a la ventana y miró la aplastada y borrosa fachada de la Academia de Policía y la gris neblina que velaba los rascacielos de la parte alta de Nueva York. El pulso de la ciudad latió dentro de la habitación al abrir él la ventana, reforzando las amortiguadas reverberaciones de la salvaje denuncia que le había obligado a abandonar su habitual reserva. El pulso del tráfico sonaba de manzana en manzana, el pisar de doce millones de pies, el zumbido de las ruedas, el ritmo poderoso de los pistones, las vidas que empezaban y acababan, la lucha y la majestad, la pobreza y el esplendor, y la corrupción en que él se encontraba...

Quistrom se aclaró la garganta. El sonido fue muy leve, pero sirvió para aliviar la tensión tan bien como un discurso. Quistrom habló un momento después:

—¿No ha encontrado todavía a Templar?

—No. —La voz de Fernack era tranquila, ruda, prosaica, en comparación con su tono anterior; solamente la helada mirada de sus ojos recordaba lo que había estado diciendo—. Kestry y Bonacci —añadió— andan buscándole. Ayer miraron casi todos los hoteles importantes de la ciudad.

Quistrom bajó la cabeza.

—Venga a verme en cuanto tenga algún informe.

Fernack salió al largo corredor de piedra que llevaba a su oficina. A las tres y media de la tarde le llamaban desde el Tribunal para avisarle que Jack Irboll había muerto.

¡El Santo había llegado!

CAPITULO PRIMERO

De cómo Templar limpió su revólver y Wallis Nather transpiró

I

La monja entró en el departamento de la torre del Waldorf Astoria usando una llave que sacó de entre los pliegues de su hábito negro —lo que hubiera parecido extraño al observador más amable y comprensivo—. Después de cerrar la puerta tras de sí, comenzó a silbar —lo que todavía le habría parecido más extraño aún al mismo observador amable—. Al entrar en el salón tropezó con una alfombra y dejó escapar un «¡Maldito sea!» en una voz distintamente masculina, y en seguida se echó a reír alegremente —lo que habría acabado por asombrar al susodicho espectador amable y comprensivo.

Pero por desgracia, no existía ese espectador inquisitivo e impresionable. En la habitación no había más que un hombre de barbilla cuadrada y pelo blanco, con unas gafas sin montura, que se hallaba sentado en un sillón con un libro en el regazo y que alzó la mirada y sonrió suavemente al ver entrar a la monja.

Cerró el libro, marcando cuidadosamente la página y se puso en pie. Era un hombre delgado y vigoroso, vestido de lana gris.

—¿Salió bien? —preguntó.

—Perfectamente —dijo la monja.

Echó el velo hacia atrás, descubriendo su lustrosa cabellera negra, desabotonó unas cosas, desanudó otras y tiró al suelo sus largos y agobiadores hábitos con un gesto de alivio. La monja resultó ser un hombre alto y de anchos hombros, con una camisa de seda azul y unos pantalones claros y ligeros, un hombre de claros ojos azules y rostro moreno y pirático, cuya sonrisa, mientras daba una cariñosa palmadita en el hombro de su interlocutor, puso un destello de blanco marfil en su cara.

—Te expusiste mucho, Simón —dijo el anciano mirándole.

Simón Templar se echó a reír quedamente.

—Y desayuné esta mañana —dijo. Colocó un cigarrillo en su boca, lo encendió y apagó la cerilla con un gesto de su mano, que formaba parte integral de su sonrisa—. Mi querido Bill, hace tiempo que he renunciado a anotar en mi diario esos terribles acontecimientos. Hay cosas que uno da por supuesto en esta vida pecaminosa.

El otro meneó la cabeza.

—No hacía falta que la hicieras aún más peligrosa.

—¿Por haber enviado esa nota? —preguntó El Santo—. Bill, ese fue un acto de devoción; un tributo a los viejos días. Si no la hubiera enviado, no habría estado a la altura de mi reputación. Habría quedado en muy mal lugar.

El Santo dejó escapar una nube de humo por entre sus labios y miró por la ventana el cielo azul.

—Eso me vuelve a los antiguos tiempos... de los que has oído hablar —dijo quedamente—. El Santo era una especie de ley en aquellos días, y el dibujito representaba la muerte instantánea o cualquier clase de mutilación. Algunos de nosotros vivimos para él... y trabajamos para él... y luchamos por él. Uno de los nuestros murió por él... Hubo una época en la que todo hombre que recibía una nota como la que le envié a Irboll, con esa firma, sabía que ya no había nada que hacer. Y ya que estamos de nuevo en ello, me gusta hacer las cosas del mismo modo... aunque no sea más que por un poco de tiempo.

Y volvió a reír con una risa que flotó en la habitación.

—Ese es el motivo de mi bravuconada —dijo El Santo—. Claro está que la nota dificultó las cosas, pero también me dio motivo para demostrar nuestra extraordinaria inteligencia. ¡Y fue tan fácil! Yo llevaba el revólver bajo mi disfraz, y disparé en cuanto le vi salir. Sólo un tiro... Entonces dejé escapar un chillido penetrante y me precipité hacia él. Mientras los demás me andaban buscando, yo le instaba a que confesara sus pecados y se arrepintiera. Había muchos hombres por allí y creo que casi todos fueron detenidos.

Sacó de su bolsillo una automática y dejó la revista. Su largo brazo se estiró en busca de los útiles de limpieza que había dejado en una mesita al salir. Metió un rectángulo de franela por el lazo de un bramante y lo deslizó dentro del cañón, silbando entre dientes.

El hombre de cabellos blancos se acercó a la ventana y permaneció junto a ella con las manos a la espalda.

—Kestry y Bonacci estuvieron hoy aquí —dijo.

Simón continuó tarareando uno o dos compases más. Luego humedeció el trapo de limpiar con unas gotas de aceite.

—Siento mucho no haberlos visto —dijo—. Siempre quise poder observar cómo trata una pareja de simpáticos policías de Nueva York a un sospechoso tan inocente como yo.

—Quizá la oportunidad se presente antes de lo que crees —dijo el otro lúgubrementes; pero El Santo se echó a reír entre dientes.

En realidad, no tenía nada de extraño que las gentes del inspector Fernack no hubieran podido localizar a El Santo.

Kestry y Bonacci habían pasado unos días muy interesantes. Al pasar concienzudamente de un hotel a otro, habían pisado con sus enormes y activos pies una colección de costosas alfombras, cuyo precio habría permitido a los dos retirarse cómodamente. Habían recorrido con la mirada todos los registros, hasta que sus ojos les dolieron, descubriendo rastros muy informativos de una notable familia de John Smiths que, por lo visto, pasaba el tiempo saltando de un hotel a otro con la misma agilidad que los microbios de la gripe, pero sin encontrar ninguna huella del tránsito

de un tal Simón Templar. Ante sus ojos oficiales, agravados por el susodicho dolor, habían pasado una procesión de suaves e inmaculados caballeros, descritos técnicamente como empleados, pero que eran obviamente embajadores disfrazados que habían lanzado una condescendiente ojeada sobre la fotografía de su presa, alegando con tono ofendido que ninguna persona de costumbres tan bajas formaba parte de su distinguida clientela. Los distintos «botones» de los diferentes hoteles habían mirado los largos y activos pies, murmurando algo por lo bajo. Y todos sus interlocutores les habían mirado con un aire tal de conmiseración, que la curtida pareja de policías, disfrazada convenientemente de paisanos, casi no había podido soportarla.

Pero a nadie se le había ocurrido interrogar al chófer de un cierto William K. Valcross, residente del Waldorf Astoria. Ellos iban buscando a un hombre moreno y alto, de unos treinta años, huésped de los hoteles más lujosos; y le habían buscado con todo su celo de perros policías, sin dejarse atraer por la fantasía a las callejuelas obscuras de la imaginación. Míster Valcross tenía inequívocamente sesenta años, y como no se parecía ni remotamente al original de la fotografía que llevaban consigo, lo pasaron por alto sin perder más tiempo, y con él, pasaron por alto a su criado, a su criada, a su asno y al huésped extraño que se alojaba en el departamento.

—Si me encuentran —dijo reflexivamente El Santo—, creo que tendré que oír unas palabras algo duras.

Dirigió una mirada de aprobación al brillante cañón de su revólver, apretó el seguro y lo metió en su bolsillo. Luego se puso en pie y se acercó a la ventana donde se encontraba Valcross.

Ante ellos se extendía el accidentado panorama del sur de Manhattan, la isla de las maravillas del Oeste. Un estrecho pedazo de roca, defendido del Atlántico por el ancho hombro de Brooklyn, una simple onda de piedra, donde la indomable fuerza del Hombre había querido erigir una ciudad, y no contento con la prodigiosa hazaña de vencer una tal dificultad de dimensión, había convertido su desafío en un monumento. Como la ciudad no podía extenderse horizontalmente, lo había hecho de un modo vertical; pero aquel movimiento vertical era un salto esculpido en piedra, un vuelo nacido de la necesidad, que se remontaba más allá de las necesidades, en un magnífico impulso de levitación que borraba su propio origen. A la sombra de aquellas agujas blancas y grises había nacido una nueva Babilonia donde los extremos del mundo se juntaban. Una ciudad en donde la civilización y el salvajismo habían trepado alternativamente sobre sus propios hombros y habían llegado juntos a la cúspide...

—Este ha sido siempre mi hogar —dijo Valcross con una extraña suavidad.

Sus ojos fueron de Este a Oeste en una mirada que abarcó todo el paisaje.

—Ya sé que hay otras ciudades; y dicen que Nueva York no representa nada más que a ella misma. Pero aquí es donde yo he vivido mi vida.

Simón no dijo nada. Se hallaba a tres mil millas de su patria; pero al mirar al paisaje, podía ver lo que veía el anciano y sentir lo que él sentía. Llevaba allí el tiempo suficiente para darse cuenta del encanto que Nueva York podía ejercer sobre un hombre que la mirara con una mente no demasiado cansada para maravillarse, con ese orgullo y ese asombro de que se ríen los cínicos y los *snoobs*, pero que conmueve el corazón de un hombre que no siente vergüenza de hundirse más allá de la superficie y rozarse con la humanidad vulgar que construye las ciudades. Y como comprendía lo que el otro estaba sintiendo, sabía también lo que pensaba antes de que hubiera hablado.

—Te he buscado —dijo Valcross— porque hay otras personas, más poderosas que yo, que no opinan lo mismo. Gentes para quienes la ciudad no es un hogar, sino un campo de batalla que hay que saquear. Por eso es por lo que has tenido que venir aquí, desde el otro extremo del mundo, para ayudar a un pobre anciano en una tarea que es superior a sus fuerzas.

Se volvió de repente y miró de nuevo a El Santo, midiéndole con los ojos desde su suave y lustroso cabello, hasta sus irreprochables zapatos, las líneas silenciosas de su morena cara, la tranquila burla de sus claros ojos azules, los musculosos hombros, la llamativa camisa, la firme fuerza de su mano morena, con un cigarrillo entre los dedos, sus estrechas caderas de luchador, y las largas e impecables piernas. Ningún hombre de los que él había conocido podía tener esa elegante desenvoltura, siendo a la vez tan vivo y peligroso... y él había conocido a muchos hombres. Ninguno de los que él conocía podía estar, a su juicio, a la altura de esa tranquila y descuidada confianza que él necesitaba y se había lanzado a buscar por el mundo... y Valcross se tenía por un buen juez de hombres.

Sus manos cayeron sobre los hombros de El Santo; pero para hacerlo tuvieron que alzarse. Bajo sus palmas sintió el ligero y flexible movimiento de los firmes tendones y sonrió.

—Tú puedes hacerlo, hijo mío —dijo—. Tú puedes limpiar la ciudad de esa condenada partida de bandidos y ladrones, que se está organizando y llegará a ser un día el mayor peligro de mi ciudad. Si tú no puedes hacerlo, dejaré que por primera vez me digan que es imposible. Pero debes ser un poco más cuidadoso. No te metas tú mismo en la cárcel o en medio de una lluvia de balas, antes de que hayas podido hacer algo bueno. Yo he visto eso muchas veces. Otros hombres lo han probado también, hombres más fuertes que tú, hijo mío, más grandes que tú, más valientes, más inteligentes...

El Santo sonrió.

—Admitiendo por un momento que hayan existido hombres así —intervino amablemente—, nunca ha visto a nadie más afortunado que yo.

Pero en su imaginación estaba recordando aquella tarde en Madrid, cuando había conocido a Valcross en la Plaza de Toros, y éste había entrado en conversación con él, después de lo cual habían pasado juntos la velada. Recordaba un momento de aquella

noche, después de haber tomado en «Botín» uno de sus indescriptibles cochinillos y haber vuelto al departamento de Valcross en el hotel Ritz. Entonces Valcross, cuando hubo terminado su *whisky* con soda, le confesó que se había pasado tres semanas persiguiéndole por toda Europa, para llegar a aquel encuentro casual, y le explicó el porqué. Todavía podía oír la tranquila voz del anciano, conforme le habló sobre el particular aquella noche.

—Dos semanas más tarde lo encontraron... no quiero darle detalles. Ni siquiera ahora puedo pensar en ellos... Se detuvo a dos o tres docenas de personas y se las interrogó. Pero quizá usted no sepa cómo se hacen allí las cosas. Aquellos hombres cerraron la boca. Algunos fueron puestos en libertad. Otros fueron juzgados. Quizá se figure que eso es algo.

»No lo es. Ese negocio produce todos los *gángsters* que el mundo necesita, todos los asesinos y cobardes que se encontraron escasos de fondos, cuando ya no se pudo sacar más de las bebidas. Está dirigido por los mismos jefes, protegidos por los mismos políticos desalmados... y produce más dinero.

»No había ni la menor duda de que aquellos hombres eran culpables. El mismo Fernack lo reconocía. Me contó sus historiales... todo lo que se sabía acerca de ellos. Pero no podía hacer nada. Fueron puestos en libertad bajo fianza, sus juicios se aplazaron, se cambiaron de jurisdicción... En fin, todas las artimañas legales. Al final, resultaron absueltos. Yo mismo los vi salir del Tribunal riéndose. Si hubiera tenido un revólver, los habría matado allí mismo.

»Pero soy un viejo y no estaba entrenado para esas cosas. Me enteré de que usted sí lo estaba. Y por eso le busqué. Sé algo de lo que ha hecho, y ahora le he conocido. Creo que es un trabajo que le gustará. Quizá sea el último de todos. Pero es un trabajo que sólo puede hacer alguien que esté fuera de la ley.

»Tengo mucho dinero, y espero gastarlo en esto. Todo lo que pueda ayudarle y se compre con dinero, lo tendrá. Lo único que no puedo proporcionarle es seguridad. Quizá acabe en la cárcel. Más fácil aún es que acabe muerto. No hace falta que intente engañarle sobre este punto.

»Pero si la justicia cumple con esos hombres que secuestraron y mataron a mi hijo, le pagaré un millón de dólares. Y quiero saber esta misma noche si a usted le parece que merece o no la pena.

Y El Santo sentía aún la mueca de su propia sonrisa y se oía decir:

—Lo haría por nada. ¿Cuándo nos marchamos?

Recordó todo aquello mientras las manos de Valcross descansaban en sus hombros; y por primera vez, desde aquella noche en Madrid, comprendió toda la magnitud de la tarea que se había comprometido a llevar a cabo.

II

Simón Templar había estado otras veces en Nueva York; pero había sido en los días más tranquilos y felices en que la ginebra estaba compuesta en sus tres cuartas partes de agua del baño, antes de que el «Woolworth Building» estuviera considerado como un hotelito y cuando los infractores de la ley eran perseguidos por haber infringido ésta y no por haber falsificado sus rentas para pagar menos impuestos. Ahora, las tiendas elegantes se habían mudado una manzana más al Este de la Avenida, hacia el Parque; y las puertas constantemente entreabiertas de los dorados bares que antes decoraban cada esquina, habían huido ante el impulso de aquella ola de virtud que había teñido la Estatua de la Libertad con un tono bilioso de verde.

Pero había un lugar, una institución, que El Santo podía encontrar siempre a pesar de los cambios más radicales de la geografía de la ciudad. Lexington Avenue seguía conduciendo por el sur a la Calle 45; y en la Calle 45 Chris Cellini seguiría recibiendo a sus amigos, a menos que una verdadera catástrofe le hubiera arrancado del lugar y del negocio que tanto amaba. Y El Santo no había oído hablar de ninguna catástrofe de esas dimensiones.

En las circunstancias en las que se hallaba no tenía derecho a hacer ninguna visita; en una ciudad que, quizá en aquel momento, iba llenándose de hombres iracundos y vigilantes, que le buscaban, debería haber seguido escondido y estar contento aún de tener un lugar donde esconderse; pero hacía falta algo más que el odio combinado de una docena de desalmados y de la policía, para hacerle desistir de su salida. Tenía que comer; y en todo el mundo no existen unos bistecs como los que prepara Chris Cellini con sus propias manos, El Santo recorría su camino con pasos ligeros y seguros, con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero echado sobre los ojos. La delgada y morena cara que había bajo el ala de éste, se ofrecía descubierta a todo el mundo que quisiera mirarla; los ojos azules estaban tan alegres y su mirada era tan tranquila como si su dueño hubiese sido un miembro feliz de los Cuatrocientos^[1], camino de un elegante *cocktail party*; el ligero temblor de sus soberbios y flexibles músculos era su único premio por aquel alegre desafío de las leyes de la probabilidad. Si alguien se interponía en su camino... sería una desgracia. El Santo se hallaba aquella noche dispuesto a esa clase de diversiones, y sentía una sublime indiferencia por los detalles de cómo y cuándo iba a empezar a divertirse.

Pero nadie se interpuso en su camino. Casi desilusionado por la tranquilidad de la noche, se detuvo ante la entrada del sótano de una casita de tres pisos, de piedra oscura y oprimió el timbre. Un momento después la puerta se abrió y la silueta de un hombre rechoncho, en mangas de camisa, se recortó contra el fondo iluminado de una habitación.

—Hola Chris —dijo lentamente El Santo.

El hombre tardó un segundo o dos en reconocerlo; luego lanzó una exclamación:

—*Buon Dio!* ¿En dónde ha estado todos estos años?

La puerta se cerró tras ellos. Una mano de hierro oprimió a la de El Santo; otra mano le dio una palmadita en la espalda, y en sus oídos resonó una risa fuerte y

jovial.

—¿En dónde ha estado? ¿Por qué ha estado fuera tanto tiempo? ¿Por qué no me dijo que venía, para que hubiera avisado a los muchachos?

—¿No están aquí esta noche? —preguntó El Santo, lanzando diestramente su sombrero hacia una percha.

Chris meneó la cabeza.

—Debería haber telefoneado, Simón.

—Me alegro de que no estén aquí —dijo El Santo, mirándole; y la cara de Chris se puso repentinamente seria.

—Lo siento... me olvidé que... Ya sabe que aquí estará bien. —Sonrió y su fuerte voz volvió a subir de tono—. Siempre será mi amigo, pase lo que pase.

Guió a El Santo hacia la cocina, con su moreno brazo echado por encima del hombro de éste. La cocina era un suplemento del pequeño comedor, y un lugar de que el propietario estaba muy orgulloso. Era una especie de sanctasanctorum, una sala de reuniones, más parecida a un club que a cualquier otra cosa, en la que aquellos que gozaban del privilegio de entrar en ella encontraban una jovial hospitalidad, imposible de hallar en el más caro de los restaurantes. Aunque no veía ninguna de las caras familiares sentadas en torno de la gran mesa común, El Santo sintió avivarse dentro de él una antigua felicidad y penetró con paso alegre en la habitación brillantemente iluminada y llena del perfume de las verduras cocidas, del vino y del tabaco, y del ruido de los platos y sartenes.

—Tomará un poco de jerez, ¿verdad?

Simón asintió.

—Y uno de sus bistecs —dijo.

Se sentó a la mesa y saboreó la bebida que le trajo Chris, observando la habitación a través de sus ojos medio cerrados. El ruido de los chistes y las bromas agudas, el murmullo apasionado de las discusiones, el vibrar de una risa, llegó hasta sus oídos como el eco de una canción inolvidable. Todo seguía estando lo mismo que antes; la misma camaradería alegre reinaba en el lugar, dirigida y alentada por la inmutable jovialidad del propio Chris. ¿Por qué no habría más lugares como aquel en el mundo, se preguntó, en donde el hotelero era algo más que un tendero y los hombres olvidaban sus cuidados y reían y charlaban alegremente, sin miedo o desconfianza, dejándose calentar limpia y fructíferamente por el resplandor del vino y la amistad?

Pero no podía pensar en aquello mucho tiempo; aquella noche tenía que trabajar. La carne llegó, tierna, gruesa, succulenta, deshaciéndose en la boca como mantequilla; y Simón se dedicó por entero a ella con la absoluta concentración que merecía. Luego, cuando hubo calmado su apetito, se echó hacia atrás, saboreó el resto de su vino, colocó un cigarrillo entre sus labios y empezó a reflexionar sobre los acontecimientos del día.

Al menos, había tenido un buen comienzo. Irboll había desaparecido definitivamente; y El Santo se sentía lleno de una profunda satisfacción al recordar cómo había muerto. No se reprobaba su audaz impulso, que lo había llevado a poner su propia firma al pie de la nota que le enviara. Un resto del terror que antes despertaran aquellos grotescos dibujos seguía oculto en los cerebros de los hombres que un tiempo le temieron; y con un poco de destreza, ese terror podía reavivarse. Aquello era simplemente un experimento de psicología criminal y Simón era un adepto de dicha ciencia. Aunque parezca curioso, aquel dibujo teatral significaba mucho más para un duro criminal de lo que hubiera podido suponerse; porque es un hecho comprobado que el *gángster* insensible es uno de los lectores más asiduos de las novelitas truculentas.

De todos modos, era algo. Irboll estaba arreglado ya; pero Irboll no era más que uno de los peces pequeños de aquel acuario. Valcross se lo había explicado con toda claridad. Los peces pequeños estaban muy bien en su lugar. Pero el millón de dólares era el premio ofrecido por los jefes de la banda; y aparte del simple placer que le producía el deporte de caña, Simón tenía la nebulosa idea de que quizá pudiera encontrar un uso a aquel millón de dólares. Pensando de nuevo en ello, en realidad le costaba trabajo recordar alguna ocasión en la que hubiera podido usar un millón de dólares.

—Si me ofreciera un vaso de coñac —murmuró cuando Chris pasó junto a su mesa— creo que me lo bebería.

En una silla vacía que había junto a él se encontraba la última edición del *World Telegram*. Simón cogió el periódico y echó una mirada sobre su primera página. Con una leve sorpresa, vio que se había convertido en una celebridad. Un periodista entusiasta había tratado el tema con un celo muy justificable; y aunque El Santo estuvo a punto de ruborizarse al leer los extravagantes atributos con que su modesta personalidad había sido adornada, leyó la historia de cabo a rabo con ojos divertidos y la sombra de una sonrisa en las comisuras de sus labios.

Y de repente, la sonrisa desapareció lentamente, sin ninguna ostentación. La vaga mirada azul que recorría el periódico se endureció imperceptiblemente, fijándose en un nombre que aparecía con demasiada frecuencia en el abusivo relato.

Aquello era lo que él iba buscando, de un modo desinteresado y comprensivo, como una inspiración que marcara la segunda meta de sus actos, y los abundantes detalles que adornaban las circunstancias de su último pecado, descritos por un periodista entusiasta, le dieron el informe que buscaba. Al menos, era una sugestión.

Al ponerse en pie sonreía de nuevo, mientras apuraba el vaso que había sobre la mesa. La gente que le conocía bien decía que El Santo no era nunca tan peligroso como cuando sonreía. Dio media vuelta y puso una de sus manos en el hombro de Chris.

—Me marchó —anunció; y la cara de Chris se ensombreció.

—¡Cómo! ¿Tan pronto?

Simón asintió. Luego dejó caer un billete en el mostrador.

—Todavía sigue preparando los mejores bistecs del mundo, Chris —dijo sonriendo—. Volveré a comer otro.

Salió al vestíbulo silbando entre dientes. En la mitad del camino se detuvo junto al teléfono y cogió el listín. Su dedo recorrió una larga columna de enes y llegó al fin al nombre que el periódico citaba tanto y que le había interesado de tal modo. Anotó mentalmente la dirección, dio una palmadita sobre el bolsillo de su chaqueta, para convencerse de que la automática seguía en su puesto y salió tranquilamente a la calle.

El reloj de la recargada torre del viejo Jefferson Market Court daba las nueve cuando su coche le depositaba en la esquina de la calle Décima y Greenwich. Permaneció en la acera viendo cómo el taxi doblaba la esquina y desaparecía, y luego, ajustándose el sombrero, dio unos cuantos pasos por la calle Décima y se aproximó a la casa más cercana para mirar el número.

Su destino estaba mucho más allá. Silbando todavía la misma canción, Simón continuó su paseo con las manos metidas en los bolsillos y un cigarrillo en los labios, con el mismo paso ligero y tranquilo con que había seguido la Lexington Avenue para ir a cenar... y precisamente con la misma filosofía. Pero en esta ocasión la sensación de agradable alborozo había aumentado de voltaje, salvando la diferencia que existía entre una baladronada y una misión definida. No tenía ningún plan de acción, pero El Santo no sintió nunca mucho respeto por los planes. Siguió adelante, como lo había hecho antes tantas veces, sin otra cosa más que una fe sublime en que los dioses tutelares de los buenos bucaneros mirarían por él. Y además tenía en el bolsillo su automática cargada, y el cuchillo de mango de marfil atado a su antebrazo izquierdo, bajo la manga, dispuesto a entrar en acción en el caso de que los dioses fueran demasiado generosos...

En unos minutos habían encontrado el número que buscaba. La casa era de tipo holandés y sus cimientos habían sido fuertemente asentados en los últimos años de la época victoriana. Su ancha y lisa fachada de ladrillo, roja adornada de blanco, era bastante modesta; pero tenía una presumida solidez que recordaba a los burgomaestres holandeses que habían demostrado por primera vez su instinto comercial en el Nuevo Mundo, comprando a los indios la isla por veinticuatro dólares y un jarro de *whisky* de centeno. Simón se había preguntado algunas veces por qué los apóstoles locales de la Temperancia habían ido a habitar una ciudad cuyo nacimiento mismo estaba mancillado por el Jugo del Diablo. Era una interesante especulación metafísica, pero como no tenía nada que ver con el objeto de su presencia en aquel lugar, la abandonó de mala gana en favor de las atractivas posibilidades de un estrecho pasadizo que había visto a uno de los lados del edificio.

Su tranquilo paseo frente a la casa le había proporcionado el tiempo suficiente para darse cuenta de otros detalles muy importantes. Las luces brillaban en una ventana del piso segundo, semicubierta por espesos cortinajes, y la obscuridad del

pasadizo era rota allá, al final, por el débil resplandor de una luz difusa. Como conocía bastante aquel estilo de arquitectura, Simón se sintió razonablemente inclinado a sospechar que la luz últimamente mencionada procedía de la biblioteca. Las iluminaciones indicaban que en la casa había alguien; y fijándose en un *sedan* negro, parado junto a la acera y con número muy bajo de matrícula y el sello de la ciudad, fijado sobre ésta, Simón podía deducir que el amante del hogar era el caballero con quien tenía tantos deseos de conversar.

Dio la vuelta al llegar a la esquina y volvió sobre sus pasos; y aunque para un observador casual su paso habría sido tan tranquilo e indolente como antes, había en él un no sé qué de elástico, una reprimida velocidad en sus movimientos, una frialdad de acero en sus ojos azules, que no tenían antes de empezar su último paseo.

El letrero, escrito en claras letras blancas sobre la entrada del pasadizo, proclamaba que aquélla era la entrada de servicio; pero El Santo se sentía democrático aquella noche, y entró en él sin la menor vacilación. El pasadizo tenía escasamente unos tres pies de ancho y estaba limitado en unos de sus lados por la pared del edificio, y en el otro por una alta valla de madera. Conforme el Santo iba avanzando, la luz iba haciéndose más brillante. Se aplastó contra la línea de sombra que proyectaba la pared y siguió adelante.

Un rectángulo de sombra que había en la pared al final del pasadizo indicaba una puerta. Simón pasó ante ella y se detuvo junto a una valla de estacas. Durante un instante permaneció quieto, tan silencioso e inmóvil como una estatua; pero todos sus nervios estaban alerta, unidos en una extraña y casi animal coordinación con sus sentidos, que subordinaba todas las facultades de su ser a aquella que estaba usando. A sus atentos oídos llegó el rumor del agua; y la leve brisa que hacía mover el follaje puso en sus dilatadas narices el débil y delicado perfume de las lilas.

Más allá debía haber un jardín, pensó El Santo. La débil luz que había visto desde la calle se encontraba ahora completamente sobre su cabeza, iluminando una hilera de ventanas de la parte posterior. Simón se fijó en los irregulares rectángulos de luz impresos en la hierba y vio cómo sus formas se alteraban al menor soplo de la brisa. Los cortinajes de una ventana abierta, se dijo, y sonrió en la obscuridad.

Lanzó una larga e impecablemente vestida pierna sobre la verja y un momento después plantó en ella su compañera. Sus ojos se habían acostumbrado a la obscuridad como los de un gato, y la luz que brilló en las ventanas del piso superior era más que suficiente para permitir orientarse. Con una rápida ojeada inspeccionó el jardincito, se fijó en la fuente y en el pequeño huerto que había al final y vio que la alta valla de madera, después de rodear el patio, terminaba al nivel del extremo opuesto de la casa. La geografía no podía haberle servido mejor, si la casa se hubiera construido de acuerdo con sus propósitos.

Tendió de nuevo el oído durante un segundo, dirigió una rápida mirada al rectángulo de luz de las ventanas y luego cruzó el jardín y se acercó a la valla del otro extremo. Su parte superior carecía de vidrios rotos o cualquier clase de impedimento

para los ladrones aficionados. Flexionando los músculos de sus muslos, Simón saltó ágilmente y con una mezcla admirable de los procedimientos de un escalador y un bailarín de cuerda floja, llegó a la parte alta de la valla.

Desde aquel arriesgado observatorio volvió a inspeccionar la situación y la encontró perfecta. La sencillez de su plan era casi pueril. Las cubiertas ventanas a través de las cuales brillaba la luz eran unas largas ventanas francesas que se hallaban solamente a un pie de distancia del extremo de la calle; y desde donde él estaba era muy fácil dar un paso y poner el pie en el alféizar. Simón dio aquel paso con alegre agilidad y la conciencia tranquila.

III

Es posible que aun en estas épocas materialistas pueda existir un alma cándida, cuya visión de un juez de Tammany^[2] no esté empañada por el cinismo de su tiempo; un alma virginal e inmaculada capaz de imaginarse al dispensador de la justicia estudiando con interés cualquiera de los libretos legales que adornan las paredes de su biblioteca o, quizá, jugando afectuosamente en el suelo con su pequeño hijito de rizados cabellos.

Simón Templar, debemos confesarlo, no era así. La prístina luminosidad de su fe infantil había sufrido demasiados ataques desde el día en que creía que el problema de la superpoblación podía resolverse haciendo desaparecer de un modo científico las cigüeñas. Pero también debemos admitir que ni en las horas más optimistas había esperado encontrar una butaca de orquesta como la que ocupaba para presenciar una escena de recreo doméstico como la que se ofrecía a sus ojos.

A unas dos yardas de distancia, el juez Wallis Nather, en carne y hueso —desde luego, mucha más carne que hueso—, se hallaba ocupado en el voluptuoso placer de manosear con sus dedos un grueso fajo de billetes de tonos amarillos, cuyas dimensiones le dejaron a Simón lleno de asombro.

El recuento debió resultar satisfactorio y su señoría colocó el fajo de billetes sobre la tapa de cristal de su escritorio, dándole una palmadita cariñosa y ordenando con dedos amantes el paquete. Luego sacó una hoja de papel que había bajo un pisapapeles de jade y recorrió con la mirada las pocas líneas que había escritas en ella y exhalando un suspiro profundo que casi parecía un ronquido, arrugó el papel entre sus dedos y lo tiró a la papelera que había a su lado; entonces volvió a recoger el montón de billetes y les fue contando, escuchando el crujir del papel con el mismo placer que si fuera una sinfonía.

Aquel espectáculo merecía que Simón Templar se quitara el sombrero. Tenía toda la tremenda sencillez de la verdadera grandeza; y en un mundo hipócrita y engañoso, donde toda la gente lucha frenéticamente por conseguir todo el dinero que se pueda y

proclama al mismo tiempo modestamente que el dinero no hace la felicidad, brillaba con la pura luz de la sinceridad. Aquellas ridículas afectaciones no tenían nada que ver con Wallis Nather. Él tenía su dinero, y si creía que no podía proporcionarle la felicidad, al menos hacía frente a su melancólico destino con indomable valor.

Simón sentía deseos de excusarse por su intromisión. Sólo la dura necesidad podía obligarle a imponer su presencia en tal momento. Pero ya que tenía que entrar de aquel modo, no veía razón alguna para no observar las conveniencias.

—Buenas noches, señor juez —murmuró cortésmente.

Siempre sostendría que había hecho todo lo que podía por amortiguar el golpe, que no podía haberse introducido con más suave simpatía. Y al ver que sus buenas intenciones habían sido mal interpretadas, no pudo menos de suspirar.

Nather hizo tres cosas simultáneamente. Dejó caer el fajo de billetes, dio media vuelta en su silla giratoria y alargó el brazo hacia un cajón de su escritorio. El último de estos tres movimientos no llegó a completarse nunca. De repente, se dio cuenta de que tenía enfrente el azul acero del cañón de una automática y se quedó mirando con la boca abierta el par de ojos azules más burlones que él conociera. Eran unos ojos que le obligaban a humillar el cerebro, unos ojos con una mirada afable, más cortante que la hoja de un estoque, y que aterraron más aún al honorable juez que la firme estructura de la automática.

Se inclinó ligeramente hacia delante en su silla y permaneció así, con su grueso cuerpo rígido y las carnosas aletas de la nariz dilatadas, por espacio de diez terribles segundos. El único sonido que se escuchaba era el fuerte latir de su propio corazón y el tic tac del reloj de la pared, que de repente, había empezado a sonar con extraña claridad.

Y de pronto, con un esfuerzo que perló su frente de gruesas gotas de sudor, trató de sacudir el sobrenatural espanto que le clavaba sus heladas garras en el pecho.

Intentó lanzarse hacia delante, pero no pasó del comienzo de su intento. Con una leve y alegre sonrisa, El Santo hizo girar la automática en su dedo, sujetándola por el seguro, y entró en la habitación. Después de aquel gesto de burla, volvió a asegurar la culata firmemente en su mano, tan suave y seguramente como si en ella hubiera un agujero destinado a sujetarla.

—No se moleste, camarada —murmuró El Santo—. Ya sé que el código de etiqueta dice que el amo de la casa debe recibir siempre en pie a sus invitados, pero por una vez podemos olvidarnos de esa formalidad. Siéntese Su Señoría... y siga descansando.

El juez dirigió su helada mirada de la automática a la cara de El Santo. Las cadencias de aquella voz suave y burlona trompeteaban en sus oídos de un modo extraño. Era una voz que hacía juego con los ojos y la amable posición del intruso; una voz que por una razón extraordinaria volvía a despertar en él el cálido terror que había sentido al tropezar por primera vez con aquella desdeñosa mirada azul. El

último vestigio de color desapareció de sus hundidas mejillas y su garganta empezó a latir violentamente.

—¿Qué quiere decir esta broma infernal? —preguntó, y no pudo reconocer el tono ronco y alterado de su voz.

—Sí se sienta se lo contaré —murmuró El Santo—. Si no lo hace, entonces... Al venir aquí he visto en la esquina una casa de Pompas Fúnebres estupenda, con unos ataúdes de aspecto alegre y muy baratos. Además, según dicen, este es un mes de suerte para morir.

Los ojos de los dos hombres chocaron en un encuentro casi físico, como las espadas de dos duelistas, pero la sonrisa de El Santo no cambió. Y de repente, el juez Nather se sentó pesadamente en su silla con la cara pálida como el papel y el labio superior húmedo de sudor.

—Muchísimas gracias —dijo El Santo.

Y se aflojó imperceptiblemente, apartando un ápice su dedo del gatillo. Con inalterable elegancia, se acercó sin volverse a la puerta y dio vuelta a la llave con un giro rápido de su muñeca. Luego cruzó lentamente la gruesa alfombra y se acercó a Su Señoría.

Con un movimiento de su cadera izquierda se izó hasta una esquina del escritorio de caoba y se sentó en ella, con uno de sus pies moviéndose negligentemente de arriba abajo. Sus ojos azules miraron desafiadores el caído fajo de billetes que había entre él y el juez, y sus cejas se arquearon especulativamente.

Luego, con el cañón de su revólver, desparramó los billetes por la mesa en una cascada de oro.

—Debe ser un total muy bonito, Algernon —dijo—. Casi lo necesario para hacerme olvidar mis principios.

—¡Ah! ¿De modo que es un robo? —gruñó Nather; y El Santo pensó que en sus palabras había una nota de alivio.

Simón meneó tristemente la cabeza y volvió unos ojos grandes e inocentes hacia su víctima.

—Mi querido juez, no sea injusto conmigo. Simplemente no he hecho más que mencionar que estaba luchando contra esa tentación. Esto, en realidad, no es más que una sociable entrevista. Quiero saber en dónde ha nacido y por qué, en qué penitenciaría se graduó, lo que piensa sobre el desarme y si su cara fue siempre tan repulsiva o es que alguien se la pisó. No pensaba robar nada.

Su mirada, meditativa, volvió a fijarse en el fajo de billetes, como si, contra su voluntad, ese pensamiento fuera entrando lentamente en su cerebro; y el juez humedeció sus resechos labios.

—¿A qué vienen todas esas tonterías? —graznó.

—No es nada más que una visita amistosa. —Y Simón empujó de nuevo el fajo de billetes, pensativo. Se veía claramente que la idea que el juez Nather había hecho surgir en su cerebro iba ganando terreno—. Usted y su paquete de fresas; y mi

pequeño intento de escalo... Pensándolo mejor —dijo El Santo, llegando a una decisión, con aparente disgusto—, siento mucho tener que pedirle prestado este dinero. La tentación es demasiado fuerte para mí.

Nather se irguió en su silla y sus grandes manos se cerraron convulsivas; pero el revólver que había en manos de El Santo no se había movido ni un milímetro de su blanco y amenazaba al indefenso juez como el dedo del destino. Los pequeños ojos de Nather brillaban como un par de ardientes ágatas, mientras El Santo reunía los billetes y se los metía en el bolsillo; pero no trató de desafiar la amenaza del «Colt 38» que se encontraba a media yarda de distancia de su persona. Su rabia impotente estalló en una serie de palabras que sonaron agrias y roncadas en el silencio.

—¡Maldito sea! ¡Ya haré que no se marche con eso!

—Me figuro que le gustaría hacerlo —convino amablemente Simón—. Soy el primero en admitir que no es extraordinariamente acertado el hacerle una cosa así, especialmente en esta ciudad. Es una lástima que no sea más sociable. Podíamos haber pasado una velada encantadora, y cuando me detuvieran y me llevaran ante su presencia en el tribunal, podría haberse echado a llorar y volverse al Jurado pidiéndole que me absolviese... vamos, algo como lo que habría hecho con Jack Irboll si no hubiera sufrido ese trágico accidente. Pero me figuro que uno no puede tenerlo todo... No importa. Dígame cuánto me ha prestado y le daré un recibo.

La palidez había desaparecido de las mejillas de Nather, dejando el sitio a un feroz enrojecimiento. Una gota de sudor se deslizó por su mejilla y se quedó colgando del extremo de su mandíbula.

—Ahí había veinte mil dólares —dijo roncamente.

El Santo alzó las cejas.

—No está mal —murmuró lentamente— para ser el precio de la sangre.

Nather alzó bruscamente la cabeza, con la pupila dilatada por el pánico; pero no dijo nada. Y El Santo volvió a sonreír:

—Perdón. Con la excitación de mi entrada y todas esas cosas, olvidé de presentarme. Siento mucho haberme aprovechado de esa ventaja. Mi nombre es Templar. Simón Templar —y se fijó en el relámpago de hipnótico espanto que empalideció los labios del grueso hombre, y sonrió más amablemente—. Quizá haya oído hablar de mí. Soy El Santo.

La garganta del juez se estremeció espasmódicamente y mecánicamente se humedeció los resacos labios. Luego dijo, entre sus dientes cerrados:

—¿Usted es el hombre que envió aquella nota a Irboll?

—Y el que lo mató —dijo el Santo suavemente. En su voz sólo había un dejo levísimo de burla; aparentemente, ésta era tan suave y fría como un trozo de hielo pulido—. No se olvide de eso, Nather. Usted le dejó en libertad, y yo lo maté.

El juez se movió en su silla con un movimiento que no era más que la incontrastable reacción de unos nervios tensos hasta el límite de su fuerza. Su boca modeló casi inaudiblemente una frase.

—¿Qué es lo que quiere?

—¡Oh, creí que podríamos charlar un rato! —y el pie de Simón volvió a balancearse imperturbable—. Creí que usted debía saber algunas cosas. Según lo que dice el periódico que leí esta noche, usted ha debido ser un verdadero amigo de Jack y, desde luego, fue quien le dio la licencia para llevar el revólver que mató a Ionetzki. Usted fue el tipo que firmó el auto de *habeas corpus* para poner en libertad a Irboll, la primera vez que lo detuvieron. Usted fue quien pospuso su juicio cuando le detuvieron de nuevo.

Y hace tres años, según parece, usted absolvió también a nuestro amigo Irboll y a otros cuatro más, acusados de haber asesinado a un muchachito llamado Billie Valcross. De cualquier modo, Algernon, me parece que usted debe ser un amigo muy útil para cualquiera a juzgar por las trazas.

CAPITULO II

De como Simón Templar escuchó una conversación y el inspector Fernack fue a dar un paseo

I

Nather no intentó responder. Su cuerpo se había hundido profundamente en la silla y sus ojos miraban venenosamente a El Santo en medio de un rostro contorsionado y convertido en una máscara de odio y furia; pero Simón había visto muchas miradas como aquella.

—Antes de que entrara yo —hizo notar con tono ligero—, estaba leyendo un trozo de papel que parecía tener alguna relación con esos veinte mil dólares que le he pedido prestados.

—No sé de lo que está hablando —dijo el juez.

—¿No? —La voz de Simón era melosa, pero sus ojos azules seguían tan fríos como antes—. Déjeme que le ayude a recordar. Lo hizo una bola y lo tiró al cesto de los papeles. Está aún en él... y a mí me gustaría verlo.

Los párpados de Nather temblaron.

—¿Por qué no lo coge?

—Porque eso le daría la oportunidad de pillarme desprevenido... y porque tengo el espinazo duro. ¡Búsqueme ese papel!

Su voz restalló como un latigazo y Wallis Nather se echó atrás como si le hubieran pegado. Pero no hizo el menor signo de obediencia.

Una quietud absoluta reinó en la habitación. El aire parecía estar cargado de electricidad. La sonrisa se había desvanecido de los labios de El Santo al pronunciar su breve orden y no había vuelto a aparecer. No había ninguna variación en la graciosa tranquilidad con que se encaramaba en su inseguro asiento en el borde del escritorio, pero el suave balanceo de su pie había cesado como el péndulo de un reloj que ha perdido la cuerda. Y un ligero cosquilleo recorrió la espina dorsal de El Santo al darse cuenta de que Nather no pensaba obedecerle.

En lugar de eso, vio que el juez estaba reuniendo los últimos fragmentos de su fuerza y su valor para dar un desesperado salto contra la automática que lo tenía crucificado en su silla. Era fantástico, increíble, pero cierto. La intuitiva certidumbre había brillado ante sus ojos en el mismo momento en que naciera en el cerebro del otro hombre. Y Simón sabía, con la misma certidumbre, que en cuanto el juez intentara aquel asalto desesperado, su propio dedo oprimiría el gatillo, terminando la argumentación más allá de las previsiones humanas, sin vacilaciones ni remordimientos.

—No se atreverá a disparar —dijo Nather roncamente.

Lo dijo como si más bien tratara de convencerse a sí mismo; y en los ojos de El Santo aparecieron unas finas agujas de hielo azul.

—Esa palabra no está en mi diccionario... ¡Y usted debería saberlo! Esto no es un país donde los hombres llevan el revólver como un adorno y yo estoy aclimatandome...

Pero aunque Simón hablara, su cerebro, lanzado a toda velocidad, trataba de averiguar las razones de aquella loca resolución que blanqueaba los nudillos de las convulsas manos del juez.

Porque estaba convencido de que un hombre como Wallis Nather no se lanza contra una automática cargada por la suma de veinte mil dólares. Aquella era una suma de dinero que cualquier hombre sentiría perder, pero no era lo suficientemente grande para que nadie que no fuera un malhechor muerto de hambre se sintiera dispuesto a hacer el juego loco que iba a intentar Nather.

Sólo podía haber un motivo: las palabras escritas en el trozo de papel que había en la papelera. Lo que había escrito en aquel papelito debía ser una dinamita capaz de despertar la cólera fantasmal de la misma Némesis. En él se había apuntado algo que tenía el suficiente poder para hacer avanzar a Nather, pulgada a pulgada, obligándole a enfrentarse con una muerte casi segura.

Con ojos fascinados, Simón fue siguiendo los ligeros y casi imperceptibles movimientos del cuerpo del juez y vio cómo Nather se animaba a sí mismo para lanzarse a aquel asalto suicida contra el revólver. Por primera vez en su azarosa y aventurera vida se encontraba convertido en un ciego instrumento del destino. No podía hacer otra cosa. Su metálico aviso había pasado inadvertido. Sólo quedaban dos cosas: dentro de unos segundos, Nather se lanzaría al asalto, y en aquel mismo instante la automática ladraría su mortal respuesta...

Simón se dio vagamente cuenta de que su pulso se aceleraba. Su cerebro iba llenándose de esos triviales detalles que a veces vienen a ocupar el vacío de una intolerable tensión —en la casa debía haber criados—, pero con sólo tres movimientos rápidos, antes de que éstos pudieran llegar a la puerta, él podía dibujar un signo en el secante, coger el papel de la papelera y desaparecer en la obscuridad por las ventanas abiertas...

Y entonces estalló un timbre como una bomba en la opresiva atmósfera de la habitación. Era el timbre de un teléfono.

Su repiqueteo, rítmico y doble, cortó el silencio como la cuchilla de una guillotina, hendiendo la tensa cuerda de la fascinación con la hoja de su familiaridad; y Nather se desplomó como si el corte hubiera atravesado su espina dorsal. Se estremeció y, dejándose caer flácidamente en su silla, se pasó una temblorosa mano por los ojos.

Simón sonrió de nuevo. Su zapato volvió a reanudar su suave balanceo y lanzó una alegre y burlona mirada al escritorio. Sobre éste había dos teléfonos —uno de

ellos interno—. En una pequeña mesa a la derecha del escritorio había un tercer teléfono, hermano gemelo del segundo, conectado al mismo cable, y que estaba destinado a la secretaria de Su Señoría. El Santo extendió uno de sus largos brazos y se lo colocó en las rodillas.

—Conteste a la llamada, hermano —sugirió persuasivamente.

Un movimiento de su automática añadió su imponderable peso a la sugestión, pero las ganas de luchar se habían desvanecido en el juez. Con un rostro ceniciento, atrajo hacia sí uno de los teléfonos, y cuando alzó el receptor, Simón hizo lo mismo con el suyo, mientras cambiaba la posición de su revólver para cubrir con él el corazón del juez.

—El juez Nather al habla.

El receptor duplicado que tenía El Santo zumbó con las vibraciones de una clara voz femenina.

—Es Fay. —La voz era aguda e incisiva, pero tenía un agradable tono musical que pocas voces femeninas tienen en el teléfono, y en el sonido de ella había una cualidad rara y extraña que hizo que la sangre de El Santo se moviera en sus venas con una deliciosa y curiosa ansiedad que aparentemente era inmotivada. Simplemente, no era más que una voz—. El jefe dice que será mejor que se quede en casa esta noche —expuso la voz—. Quizá le necesite.

La mirada de Nather se heló; luego se fijó en la cara de El Santo. Simón acercó su revólver a la lámpara del escritorio y su mirada era tan firme como él. Nather se atragantó.

—Es... estaré aquí —tartamudeó.

—Procure estar —fue la breve conclusión de la misma voz de cautivador tono; luego el teléfono se calló.

Al mirar a Nather, El Santo se dio cuenta de que al menos la mitad del auditorio había comprendido perfectamente la misteriosa conversación. El juez miraba hacia delante con expresión ausente, con el receptor pegado todavía al oído y la boca entreabierta.

—Muy interesante —dijo suavemente El Santo.

La boca de Nather se cerró bruscamente. Luego volvió a colocar el receptor en su gancho y alzó los ojos.

—Un cliente mío —explicó como no dando importancia a la cosa.

—Muy interesante también —dijo El Santo—. Yo no sabía que los jueces tenían clientes. Creí que eran libres e imparciales... Y ella debe de ser muy guapa, teniendo una voz como la que tiene. ¿Será posible, Algernon, que esté tratando de ocultarme algo?

Nather le lanzó una mirada furibunda.

—¿Y cuánto tiempo piensa continuar esa farsa descabellada?

—Hasta que me aburra. Yo me divierto con facilidad —dijo El Santo—, y hasta ahora no he bostezado ni una sola vez. Por lo que veo, la entrevista va de bueno a

mejor. A cada minuto surge una nueva cosa. Por ejemplo, ese jefe suyo. Cuénteme algo acerca de él. Yo soy muy curioso.

Los ojos de Nather titubearon angustiados.

—¡Que me cuelguen si le cuento algo!

—Más probable será que lo hagan si no me lo dice.

—¡Váyase al diablo!

—Lo mismo digo —repuso equitativamente El Santo.

Se puso en pie y rodeó el escritorio, permaneciendo a un paso de distancia del juez, tan esbelto y dignamente equilibrado como una pantera.

—Es muy estúpido, Algernon —hizo notar tranquilamente—. Por lo visto, no se ha enterado de lo que se trata. Quizá nuestro pequeño intervalo de canto y baile le ha hecho equivocarse de rama. Pero puede figurarse por que estoy aquí. Ya comprenderá que no entré solamente para admirar su perfil clásico. Ya sabe quién soy. No me importa la clase de conversación que escoja, pero dígame algo. Sus secretos virginales quizá sean dignos de oírse. Vamos, Nather, hable... o si no...

—O si no, ¿qué?

El revólver de El Santo avanzó y fue a hundirse en el flácido vientre del juez.

—¡O si no, irá a reunirse con Ionetzki y Jack Irboll!

Los gruesos labios de Nather se contorsionaron, poniendo al descubierto sus amarillos dientes. Y Simón hundió una pulgada más el revólver en el estómago del juez.

—Y no me mienta —dijo El Santo con voz acariciadora—, porque soy muy amigo de los enterradores y aquella casa de pompas fúnebres que vi me pareció que necesitaba un poco de animación.

Nather se pasó la lengua febril sobre sus labios secos y ardientes. No había vivido en balde treinta años en contacto con los criminales; sabía reconocer esa extraña y dura fibra que hace a un hombre capaz de asesinar. Y aquella terrible lucha interior que sostuvo consigo mismo antes de que sonara el teléfono, había agotado sus energías. Ya no tenía la fuerza suficiente para lanzarse de nuevo a aquella desesperada lucha. Sabía, sin que le cupiera la menor duda, que si se negaba a hablar o trataba de mentir aquel tigre burlón que le hundía el revólver en el vientre lo aplastaría tan implacable y descuidadamente como el que aplasta una hormiga. La garganta de Nather se estremeció convulsivamente, y entonces, antes de que pudiera hablar, unos pasos ahogados se dejaron oír ante la cerrada puerta.

El Santo escuchó tensamente. El sonido de los pasos, lentos y ahogados, le hacía sospechar que el que se encontraba al otro lado de la puerta era el mayordomo. Nather alzó los ojos con un súbito destello de alegría, pero la firme presión del cañón del revólver no cedió ni un milímetro. El vago murmullo de El Santo flotó en sus oídos como un soplo de brisa.

—Los héroes suelen morir jóvenes —murmuró duramente.

Un golpe sonó en la puerta; un golpe discreto que sólo podía proceder de un criado. Nather, con sus rencorosos ojos clavados en El Santo, leyó en los labios de Simón la respuesta.

—Pregúntele qué quiere.

—¿Qué? —gruñó en alta voz Nather.

—El inspector Fernack está abajo, señor. Dice que se trata de algo importante.

Nather se quedó mirando a El Santo y éste sonrió. De nuevo sus labios desdeñosos y sonrientes volvieron a modular una orden.

—Dígale que suba —repitió Nather sin poder creer que estaba obedeciendo una orden.

Los pasos del mayordomo se alejaron; Nather siguió en su asiento, rígido y silencioso, y al fin, Simón retiró el revólver que de modo tan amenazador se hundía en el abdomen del juez.

—Mejor que mejor —dijo asombrosamente El Santo, colocando un cigarrillo entre los labios—. Tenía ganas de ver a Fernack.

Nather se le quedó mirando con incredulidad. La situación era grotesca, increíble, y, sin embargo, era así. La automática había sido separada de su vientre —aún más, giraba descuidadamente alrededor del pulgar de El Santo—, lo que, como es natural, no habría sucedido si las instrucciones de El Santo no hubieran sido obedecidas. La situación estaba más allá de la comprensión de Nather. El glacial descuido del momento era sutilmente intranquilizador, más frío y mortal que la amenaza del revólver; sugería una seguridad en sí mismo que era aterradora, y su mismo terror le hacía sospechar a Nather si la ágil mente de El Santo no habría inventado alguna astuta estratagema que él ni siquiera podía adivinar.

—Le aseguro que se expone —gruñó el juez, tratando de ver a través de la muy espesa niebla que le envolvía.

Simón encendió una cerilla, aplicó la llama a la punta de su cigarrillo y aspiró profundamente. Luego, dejando escapar una nube de humo por sus narices, se acercó a un Morris tapizado que se hallaba entre las dos ventanas y le dio media vuelta con su pie, volviendo el respaldo contra la puerta por donde debía entrar el detective.

Al volver, derribó la papelería con un gesto rápido de su pie, recogió del suelo el trozo de papel y se lo metió en el bolsillo con un movimiento tan rápido que frustró el conato del lucha del juez antes de que pudiera ni siquiera pensar en él. Abrió el cajón donde Nather había tendido la mano al oír su voz y, tomando el revólver que había en él, se lo metió en el bolsillo. Entonces, después de haber arreglado satisfactoriamente el escenario, volvió al sillón que había elegido y se sentó confortablemente en él.

Dejó caer un poquitín de ceniza en la lujosa alfombra.

—Cuando su hombre anuncie a Fernack —ordenó—, abra la puerta y déjele entrar. Y entre usted también. ¿Comprendido?

Nather no comprendía. Su cerebro seguía buscando a tientas una respuesta. Aparentemente, aquello parecía la respuesta a sus oraciones. Con Fernack allí, quizá

hubiera una probabilidad de escapar, un medio de conseguir aquel trozo de papel enterrado en el bolsillo de Templar y de disponer al mismo tiempo de éste. Pero algo le decía que aquel hombre tranquilo y sonriente, sentado en el sillón, no lo había arreglado todo para tal desenlace.

Simón leyó sus pensamientos.

—El revólver estará oculto durante un rato, Nather. Pero seguirá estando a mano. Y a esta distancia soy un verdadero as. No me gustaría que se excitara y se le ocurriera irle con el cuento a Fernack. A lo mejor, podría costarle caro.

Los ojos de Nather se fijaron en él vengativamente.

—Algún día —dijo lentamente el juez— confío en que volveremos a encontrarnos.

—En Sing-Sing —dijo ligeramente El Santo—. No olvidaré la cita.

Aspiró de nuevo el humo de su cigarrillo y prestando oído, escuchó el ruido de los pasos del mayordomo que se acercaba, acompañado de otros más fuertes y decididos. En realidad, era inocente de todo subterfugio. Bajo su decisión no había nada más que lo que aparecía en la superficie. Fernack estaba allí y El Santo no veía razón alguna para no conocerle. La velada había comenzado en aquel mismo estado de expectante curiosidad y no había resultado bastante provechosa. Esperó el aumento de su círculo de conocidos, lleno del mismo interés que tuviera al empezar sus pesquisas.

El mayordomo volvió a dar con los nudillos en la puerta.

—El inspector Fernack, señor.

Simón hizo una seña al juez y Nather cruzó lentamente la habitación. A cada paso que daba se daba cuenta de la automática, oculta bajo el bolsillo y apuntando a su espalda. Dio vuelta a la llave y abrió la puerta; el inspector Fernack introdujo por ella su cuerpo macizo.

II

—¿Por qué cerró la puerta con llave, juez? —inquirió Fernack, ceñudo—. ¿Está nervioso?

Nather cerró la puerta sin decir palabra y Simón decidió acudir en su auxilio.

—Yo la cerré —explicó. Fernack, que no le había visto, dio media vuelta, lleno de sorpresa, y Simón prosiguió—: ¿Le importaría volver a cerrarla de nuevo, juez... como le he dicho?

Nather vaciló un momento y luego obedeció. Fernack miraba asombrado la figura reclinada en el sillón; luego volvió sus ojos hacia el juez y echándose hacia atrás su viejo sombrero, se tiró reflexivamente de una oreja.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó, y Nather se encogió de hombros.

—Un loco —dijo brevemente.

Simón ignoró el insulto y siguió estudiando al recién llegado. Fernack se ajustaba bastante al patrón imaginario que él se había formado de un inspector de policía de Nueva York, pero la realidad iba un poco más allá de su fantasía. A Simón le gustaron la beligerante honradez de los fríos ojos grises, la fuerza y el valor de la fuerte mandíbula. Se dio cuenta de que, fuera lo que fuera Fernack —ya un buen o un mal detective—, se trataba de uno de esos tipos cada vez más extraños en un país de leyes corrompidas: un policía decente. En aquella montaña de dura carne había cualidades que Simón Templar podía haber apreciado en cualquier momento, y sonrió al hombre con una sincera amistad que no esperaba nunca ver correspondida.

—Hola, inspector —murmuró afablemente—. Me desilusiona. Yo esperaba ser reconocido.

Los ojos de Fernack recorrieron perplejos las facciones de El Santo. Luego meneó la cabeza.

—Su cara no me es desconocida, pero que me cuelguen si sé quién es.

—Quizá la fotografía fuera mala —concedió, disgustado, El Santo—. Esas fotografías suelen serlo siempre. De todos modos, como esta misma tarde les he dado copias de ella a los periódicos...

El reconocimiento hirió a Fernack como un golpe físico.

Sus ojos se abrieron llameantes, su mandíbula se cerró de golpe y dio tres pasos hacia delante.

—¡Dios mío! ¡Es El Santo!

—En persona. Yo no sabía que era amigo de Algernon, pero ya que ha venido, puede quedarse.

Los hombros de Fernack se cuadraron y su belicosa barbilla se irguió peligrosamente. En aquel instante de sorpresa no se le había ocurrido preguntarse por qué El Santo tenía tantos deseos de convertirse en una víctima de la Ley.

—Le buscaba, jovencito —gruñó.

Y se echó hacia delante, llevándose la mano a la cadera.

Pero de repente se detuvo bruscamente a una yarda del sillón. Su mano se encontraba a menos de dos pulgadas de la culata de su revólver, pero sin embargo no la tocó. El Santo, aparentemente no se había movido; su pie seguía balanceándose suavemente, pero sin que se supiera cómo, en su mano derecha había aparecido una automática, y su negro cañón apuntaba derechamente al pecho del detective.

—Lo siento —dijo El Santo, y era sincero—. Como habrá visto al estudiar mi biografía, me molestan las detenciones. Simplemente, son de esas cosas que no ocurren. Vamos, camarada, me figuro que no habrá pensado que yo me había quedado aquí para que usted me llevara a su casa como un recuerdo...

Fernack miró enfurecido al revólver y luego dirigió su mirada a El Santo. Durante un segundo, Simón tuvo miedo —con una barbilla como aquella había muchas probabilidades de que el detective no se detuviera— y no tenía ningún deseo de

disparar. Pero Fernack no era un temerario. Había crecido y se había educado en un mundo donde la temeridad tenía que ceder el paso a la ley elemental de la supervivencia de los prudentes, y Fernack sabía enfrentarse con los hechos. A aquella distancia, El Santo no podía errar el tiro, y el honor de la policía de Nueva York ganaría muy poco con el heroico suicidio de un inspector.

Fernack lanzó un gruñido y se irguió.

—¿Qué diablos es esto? —repitió.

—Simplemente una velada social. Siéntese y anime la fiesta. Quizá usted también conozca alguna historieta divertida.

Fernack buscó un sillón y se sentó enfrente de El Santo. Después de su primer momento de sorpresa, había aceptado la situación tranquilamente; ya que por el momento la iniciativa no estaba en sus manos, no había mal alguno en escuchar.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó, y en su voz había un dejo de respeto.

Simón volvió su revólver hacia Nather y obligó al juez a sentarse de nuevo en su silla giratoria.

—Podría preguntarle lo mismo —repuso.

Fernack, pensativo, miró al juez, y los ojos de Simón percibieron el desdén de su mirada y se dieron cuenta de que Nather lo había notado también.

—Haga las preguntas que quiera —dijo secamente Fernack.

Simón se quedó mirando a los dos hombres con sonrisa humorista.

—Los dos brazos de la Ley —comentó reverente—. El guardián de la paz y el dispensador de la justicia. Podrían posar para un cuadro: Los incorruptibles.

Fernack frunció el ceño y el juez se retorció ligeramente en su silla. Luego hubo un tenso silencio que rompió la áspera voz del inspector:

—¿Sabe más cuentos de hadas?

—Muchísimos más —dijo El Santo—. Había una vez una gran ciudad, la ciudad más rica del mundo. Sus torres se alzaban hasta las nubes y sus calles estaban pavimentadas con billetes dorados, que eran tan buenos como los antiguos pavimentos de piedra de los cuentos de hadas y más cómodos para andar encima de ellos. Y todo el mundo podía haber sido feliz con lo que había en Macy, en Grover Whalen y en una catedral llamada Minsky. Pero bajo la ciudad había un insaciable octópodo cuyos tentáculos llegaban a todas partes, hasta los huertecitos de Carnasie y North Hoosick, donde viven los escoceses. Y ese octópodo prosperaba y engordaba en una dieta a base de sangre, oro y honras perdidas.

La amarga voz del inspector Fernack interrumpió el relato:

—Eso es demasiado cierto para ser divertido.

—No pretendía que lo fuera, particularmente. Fernack, usted sabe por qué estoy aquí. Esta tarde hice algo por usted, una de esas cosas que el hermano Nather debía hacer aunque nunca consigue hacerlas. Ionetzki era amigo suyo ¿verdad?

—Sabe demasiado. —Los puños del detective se crisparon—. ¿Qué más?

—Y Nather, por lo visto, era muy amigo de Jack Irboll. Estoy traduciendo sus pensamientos. Precisamente por causa de esa orgía de cariños vine yo aquí a ver a Nather, y no llevaba ni media hora cuando vino usted. Pues bien, un poco después le pregunté a qué había venido y seguía sin cambiar de tema.

Fernack abrió los labios. Sus ojos se volvieron hacia el juez, pero la gruesa cara de Nather estaba tan inexpresiva como una tajada de tocino, a excepción de las gotas de sudor que perlaban sus enrojecidas mejillas. El detective miró de nuevo a El Santo.

—Quiere que le conteste a muchas cosas —dijo secamente.

—Probaré con otra. —Simón aspiró el humo de su cigarrillo y miró al detective—. Quizá usted pueda traducirme algo. Tradúzcalo en palabras claras para que yo lo comprenda.

—¿El qué?

—¡El jefe dice que mejor será que se quede en casa esta noche! ¡Quizá lo necesite!

Simón citó la frase alegremente, lleno de esperanza, sin hacer una pausa. Sus palabras vibraron en el aire como la cuerda rota de un violín, sin dar ni un segundo de gracia a su auditorio para poder observar claramente sus reacciones. Pero ni en sus momentos de mayor optimismo podía haber esperado El Santo los resultados que premiaron sus afanes.

Lo mismo podía haber prendido fuego a una carga de dinamita. Nather contuvo su aliento en una especie de hipo, como un hombre herido en el estómago. Fernack se alzó un centímetro en su silla, con las piernas tensas; sus ojos grises despedían chispas.

—¡Repita eso! —ordenó.

—No me ha comprendido bien. —El Santo sonrió, pero su mirada de zafiro era tan segura y mortal como un revólver cargado—. Yo sólo le pedía que me tradujera una cosa. ¿No puede decirme lo que significa?

—¿Quién quiere saberlo?

Nather se levantó con los puños en ristre y la faz convulsa.

—¡Esto es intolerable! —ladró roncamente—. ¿No puede hacer nada, Fernack, en lugar de quedarse ahí sentado, escuchando a este... a este loco?

Fernack se le quedó mirando.

—Claro que sí —dijo brevemente—. Quítele primero el revólver y verá cómo lo hago.

—¡Me quejaré de usted al comisario! —casi chilló Nather—. ¡Haré que le expulsen de la policía! Para qué nos sirven las leyes si un loco armado puede entrar en mi casa y...

—Y los *gangsters* pueden asesinar a un policía en pleno día y salir absueltos —añadió alegremente El Santo—. Tiene usted muchísima razón. No sé adónde va a parar el país.

Nather se ahogaba. El Santo se puso en pie. Había algo en el aire que le decía que su entrevista ganaría con aplazarse, pero el estallido del juez no tenía nada que ver con ello. Y poseído de aquella intuitiva certeza, desdeñó fríamente la dramática situación. Así era como a él le gustaba trabajar, siguiendo sus propios caminos, sin tratar de trazar de antemano la línea de conducta que debía seguir. Pero su noche no había hecho más que comenzar.

Se acercó al escritorio y levantó la tapa de una cigarrera de bronce. Eligió un cigarro, lo aplastó entre sus dedos, haciéndolo sonar, y lo olfateó con aire de buen conocedor.

—Aunque no conozca ninguna otra cosa buena, al menos el buen tabaco sí lo conoce, Algernon —murmuró.

Tiró la colilla de su cigarro y metió el «Corona-Cetro» entre sus dientes. Luego, como si lo hubiera pensado mejor, abrió de nuevo la cigarrera y se guardó una generosa provisión en los bolsillos.

—Bueno, muchachos —dijo—, me permitirán que me retire. Yo nunca abuso de mis amigos y quizá tengan que contarse algún secretillo. —Retrocedió de espaldas hacia la ventana y se detuvo en ella para abrocharse la chaqueta—. A propósito —dijo—, no necesita salir corriendo a la ventana para decirme adiós. Esas despedidas siempre me han puesto nervioso. —Hizo girar la automática en su dedo por última vez y luego la alzó significativamente—. No me gustaría que hubiera un accidente en el último instante —dijo El Santo, y se marchó.

Fernack se quedó mirando al rectángulo de vacía negrura y luego lanzó un suspiro. Al cabo de unos segundos, se puso en pie, se aproximó sin prisa a la ventana y miró el oscuro jardín; después volvió sobre sus pasos.

—Ese es un hombre a quien podría llegar a estimar —dijo pensativo.

Nather le lanzó una mirada furiosa.

—Mejor será que se marche también —bramó—. Ya sabrá algo de esto más tarde...

—Usted va a saberlo ahora —dijo Fernack, y había algo en su voz que le hizo escuchar ávidamente a Nather.

Lo que el detective tenía que decir no le llevó mucho tiempo. Cuando trabajaba, Fernack no era hombre amigo de extenderse en detalles, y los eufemismos que había barajado en su cabeza habían huido completamente de ella. Así, pues, explicó su contribución a los sucesos de aquella noche con una brutalidad tal que Nather se quedó lívido y tembloroso.

Tres minutos después de la partida de Simón Templar, el inspector Fernack abandonaba también la habitación, pero por un camino más ortodoxo. Bajó las escaleras de un tranco y apartó a un lado al obsequioso mayordomo que le abrió la puerta, lanzándose al volante de su coche con una reprimida violencia que no podía estar motivada solamente por su deseo de alejarse de aquellos lugares. Pero su noche tampoco había terminado, aunque él no lo supiera en aquel momento.

Cerró la puerta de golpe, abrió el motor y echó mano al volante; y entonces una cosa dura se hundió suavemente en sus costillas y la amable voz de El Santo llegó a su oído derecho.

—Siga, inspector. ¡Usted y yo vamos a darnos un paseíto por ahí!

III

El inspector Fernack abrió la boca.

Bajo la fuerza de sus ocultas emociones no se había fijado en la llegada de El Santo ni oyó abrirse la portezuela, quedamente. Tampoco había ninguna razón para que lo esperara. De acuerdo con sus ideas, El Santo debería encontrarse a aquella hora a tres o cuatro millas de distancia, y de ese modo ni siquiera pensó en él.

La situación en que se encontraba por segunda vez era tan delirantemente inesperada que temporalmente se sintió paralizado. Y en aquel espacio de tiempo Simón se deslizó en el asiento de al lado y cerró la puerta.

Fernack cerró la boca y miró a los tranquilos ojos azules que había sobre el revólver.

—¿A qué viene todo esto?

—Vamos a darnos un paseo. A mí me gustaría hablar con usted y posiblemente a usted le gustará hablar conmigo. Podemos ir adonde quiera, menos a Centre Street.

Las líneas de granito de la cara del inspector se contrajeron. Su capacidad de indignarse tenía un límite y al llegar a él la curva ascendente de su cólera se encogía sobre sí misma y descendía a velocidades fantásticas y la alegre audacia del hombre que se sentaba a su lado le había reducido a este último estado en dos terribles sacudidas.

—Vayamos por el parque —dijo Fernack.

Su enorme pie oprimió el acelerador y los frenos rechinaron. Torcieron por la calle Décima y se dirigieron hacia la Séptima Avenida. Simón, echado hacia atrás confortablemente en su asiento, empleó el encendedor del coche para encender su cigarro; ninguno de los dos dijo una sola palabra hasta haber dejado atrás el compacto tráfico de Times Square.

—¿Sabe? —dijo tranquilamente El Santo—. Me estoy cansando de estar todo el día con el revólver fuera. ¿No podríamos olvidarnos de esa formalidad y celebrar una reunión extraordinaria?

—De acuerdo —dijo Fernack sin apartar sus ojos del camino.

Simón metió la automática en su bolsillo y se entregó por completo al placer de fumar su cigarro. En su mente no había ni la más mínima duda de que podía gozar con tranquilidad de la tregua. Pasaron bajo las brillantes luces y entraron en Central Park por la amplia puerta de Columbus Circle.

Unas cuantas yardas más allá, Fernack detuvo el coche junto a un paseillo y apagó el motor. Abrió su receptor de onda corta, encendió lentamente su cigarro y luego dio la vuelta. La lumbre de éste iluminó su áspero rostro flemáticamente inquisitivo.

—¡Y bien! —dijo—. ¿Cuál es su juego?

Simón se encogió de hombros.

—El mismo que el suyo, más o menos. Usted trabaja dentro de la Ley y yo fuera de ella. Viajamos por distintos caminos, pero los dos vamos al mismo punto. Aunque mi camino es más directo que el suyo... y si no, que se lo pregunten al finado míster Irboll.

Fernack miró fijamente hacia delante.

—Por eso es por lo que estoy aquí, Santo. Le dije esta mañana al comisario que yo sería amigo de cualquiera que matara a esa rata. Pero no crea que va a poder seguir así.

—Hace bastantes años que lo hago y no me va muy mal del todo —repuso fríamente El Santo.

—Mi deber es detenerle, arrancarle una confesión a la fuerza y mandarle a la silla eléctrica. Quizá mañana tenga que hacerlo. Pero usted es listo; tengo que admitirlo. Es el único hombre capaz de hacerme dar un paseo contra mi voluntad, sin que a mí me disguste. Pero es un ladrón... un homicida. Los bajos fondos tienen ya demasiada influencia en esta ciudad para que vayamos a darle más. Oficialmente, mi deber es detenerle. Así es como están las cosas.

—Muy bien. No podía ser más franco conmigo. Pero yo tengo que terminar mi propio trabajo, Fernack. Vine aquí para limpiar un poco su ciudad, y usted sabe muy bien que le hace mucha falta que la limpien. Sin embargo, su deber es procurar que yo no haga nada. Le pagan para que se preocupe de que todos los bandidos y criminales de la ciudad se pongan sus chanclos cuando llueve, y para que los abrigue con sus bufandas para que no tomen frío. Los ciudadanos de Nueva York le pagan para estar seguros de que los únicos que pueden matar son los que tienen influencia política...

—¿Y qué?

—Pues que a lo mejor, de un modo extraoficial, no le molestará contestarme a unas cuantas preguntas.

Fernack colocó su cigarro en el otro extremo de la boca, se lo quitó y escupió expertamente en uno de los costados del coche. Luego volvió a meterse el cigarro entre los labios y miró una señal del tráfico que cambiaba del verde al rojo.

—Siga preguntando.

—¿Quién es el jefe?

La punta del cigarro de Fernack se enrojeció y volvió a apagarse.

—Me gustaría saberlo —dijo—. Ordinariamente suele ser el nombre que adoptan los *gangsters* para hablar del que dirige. Al Capone también era «el Jefe». Usaban el

sobrenombre para demostrar su autoridad sobre los demás.

—¿Usaban?

—Sí. El cigarro del detective volvió a cambiar de posición—. Hoy las cosas son diferentes. Hoy, cuando hablamos del jefe, hablamos del hombre que nadie conoce: del hombre que está detrás de Morrie Ualino y Dutch Kuhlmann y Red MacGuire, y demás pandillas: un hombre mucho más importante que sus antecesores. Ese tipo se ha convertido en el rey secreto del mayor imperio criminal de la historia... ¿En dónde oyó hablar de él? —preguntó Fernack.

El Santo sonrió.

—Estaba escuchando detrás de la puerta... una de mis malas costumbres.

—¿En casa de Nather?

—Saque usted mismo la conclusión.

Fernack dio media vuelta en su asiento y su macizo cuerpo se apretó contra el volante; los ojos grises, bajo las tupidas cejas, reflejaban la luz rojiza del cigarro.

—Escuche —dijo ásperamente—. Todo lo que diga de mí y del resto de la policía es verdad. Se lo concedo. La ciudad está dirigida de ese modo y siempre fue lo mismo desde que yo jugaba al aro. Pero le aseguro que un día voy a ponerle una cosa en las muñecas, sea juez o no, que no le va a gustar. Si esa frase que repitió antes se la dijeron a Nather, eso significa que esta noche se está preparando algo sucio; y si de ese modo podemos atrapar a Nather, le aseguro que lo haré. ¡Ya me ocuparé yo de que le den su merecido!

—¿Por qué dice eso?

—Porque Nather es otro lugarteniente del jefe, lo mismo que Irboll. Escuche: Si esa pandilla sale esta noche, es muy fácil que ocurra algo desagradable. Y quizá alguno de ellos llegue a ser detenido por la policía. Eso significa una buena paliza. No se engañe. Cuando cogemos algunos de esos tipos y los llevamos a la sala de atrás de la comisaría no les pegamos con plumas. Muchas veces, el único castigo serio es el que se les proporciona allí. Y a ellos no les gusta, usted puede ser todo lo duro que quiera y no abrirá nunca la boca, pero un policía de brazos fuertes con un trozo de porra de goma, todavía puede hacer daño. Pero como la pandilla es lista, tiene preparado a un abogado que entra corriendo con el auto de *habeas corpus* antes de que hayamos podido empezar; y esos autos tienen que estar firmados por un juez. Un día se promulgará una ley para que los *gangsters* puedan firmar ellos mismos los autos, lo que les ahorrará muchas molestias, pero por ahora, todavía tienen que buscarse un juez.

—¡Ya veo...! —dijo suavemente El Santo.

Fernack lanzó un gruñido y sus gruesos dedos apretaron el cigarro.

—¿Quién dio esa orden? —dijo.

—No tengo ni la menor idea —mintió El Santo. Simpatizaba con Fernack, pero había avanzado demasiado en su carrera para consentir que un detective se le adelantara—. Oí una voz por el teléfono y eso fue todo.

—¿Para qué fue a casa de Nather?

—Yo le hice la misma pregunta, pero no tengo que repetírsela. Me quedé bajo la ventana y escuché.

El cigarro de Fernack cayó de su boca y chocó contra su rodilla.

—¿Qué...?

—Por si acaso se decidía a seguirme —explicó El Santo blandamente, y luego añadió sonriendo—: Admiro grandemente su vocabulario.

El detective buscó largamente a tientas su cigarro.

—Tenía que hacerlo —gruñó—. Ese hijo de... exageró un poco la nota al absolver a Irboll. Quizá me trasladen, pero no me importa; prefiero contarle cómo están ahora las cosas.

Simón echó hacia atrás la cabeza y miró hacia el techo del *sedan*.

—¿Cómo están?

Fernack se inclinó sobre el volante y siguió fumando, mirando fijamente hacia delante. Una hilera interminable de autos y taxis pasaba ante ellos y allá sobre un árbol, un pájaro se jactaba de lo que iba a hacerle a su esposa cuando volviera a casa.

Las señales de tráfico cambiaron dos veces antes de que hablara el inspector.

—En la cima de esta ciudad —dijo lentamente— hay una organización política llamada Tammany Hall. Son los muchachos que llenan las oficinas públicas, y antes de que usted hubiera nacido convirtieron las elecciones en una ciencia tan exacta que ahora ni siquiera tienen que pensar más en ellas. Hacen desfilar a sus votantes como si fuera un desfile militar, sus rufianes alquilados guardan las urnas y sus empleados cuenta los votos. El dueño del Tammany Hall es un tal Robert Orcread, que se hace llamar a sí mismo Bob el «Honrado». Fuera del City Hall hay una estatua en honor de las Virtudes Cívicas, y dentro de él la mayor colección de pillos y granujas que ha habido nunca en una ciudad.

»Hay un fiscal del distrito llamado Marcus Yeald, tan retorcido que se podrían sacar corchos con él; y sus casos se ven siempre ante jueces como Nather. Las cosas son muy distintas aquí, que en su país. Nosotros elegimos a los jueces; y cada vez que se les presenta un caso, antes de juzgarlo se enteran de la influencia política que tiene el acusado o quizá alguien que está más arriba que ellos se lo dice para que no cometan ningún error, porque si el juez manda a presidio a alguien que tenga amigos en la política, a las próximas elecciones otro juez se sentará en su puesto.

»Los políticos nombran al comisario de policía y éste hace lo que ellos dicen. El primer error que les he visto cometer ha sido el de elegir a Quistrom. Ese no consiente que nadie le dé órdenes; pero ha llegado a ser tan querido y respetado por todas las personas decentes de la ciudad, que ni siquiera los mismos políticos se atreven a echarle... eso armaría demasiado ruido. Pero al fin y al cabo, todo vuelve al mismo sitio. Si nosotros enviamos a un tipo ante el tribunal, el que lo acusa sigue siendo Marcus Yeald o uno de los ayudantes de Yeald, y un juez como Nather dicta la sentencia para que todo se haga entre amigos.

»En esta ciudad hay una pandilla de bandidos y asesinos que no se detiene ante nada, y que juegan con los políticos y éstos a su vez con ellos. Hemos tenido muchos asesinatos, secuestros y estafas y tendremos aún más. Ese es el juego del jefe, un buen negocio. Se gana mucho más dinero que con los licores... y se corre menos riesgo. Y si no, juzgue por sí mismo. Si su hijo, su esposa o su hermano se encontraran en manos de esa canalla y le pidieran que pagara un rescate por él, ¿no lo haría sabiendo que esa gente tiene menos corazón que un nido de víboras?

El Santo asintió en silencio. El lento y desapasionado sumario de Fernack había añadido muy poco a lo que él ya sabía, pero había llenado y coloreado el cuadro. Ahora tenía algunos nombres nuevos en que pensar; y aquello le llevó a una pregunta que había pospuesto delicadamente.

—¿Quién es Papulos? —preguntó; y Fernack sonrió secamente.

—Veo que se ha informado. Es el ayudante de Morrie Ualino.

—El ayudante de Ualino, ¿eh? —Simón debía haberse figurado la respuesta, pero no dio señales de ello—. ¿Y qué sabe acerca de Morrie?

—Es uno de los jefazos de la banda que acabo de nombrar. Uno de esos tipos morenos de pelo brillante, tan guapo como Rodolfo Valentino, si es que a usted le gustan esa clase de hombres, vive como un millonario, habla y se viste como un caballero, posee un *sedan* blindado, y siempre lleva dos pistoleros pegados a sus talones.

—¿De qué vive?

—Tiene uno de los salones de *poker* más grandes de Broadway. Es listo... y venenoso. Yo le he llevado una vez a Ossining y otra a Dannemora, pero nunca se quedó el tiempo suficiente para gastar un par de calcetines. —El cigarro de Fernack describió una parábola luminosa en la obscuridad y cayó al suelo en medio de una lluvia de chispas—. Vaya por él, hijo mío, si es que puede. Yo he dicho todo lo que sabía.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Fernack volvió bruscamente la cabeza y se le quedó mirando. La pregunta había sido hecha en un tono casual, como si El Santo preguntara por una tienda de bombones; pero la cara de Simón estaba completamente seria.

Fernack volvió sus ojos al camino; y después de una pausa dijo:

—Al final de la calle Cuarenta y Nueve, entre la Séptima y la Octava Avenida, hay un lugar llamada Charley's Place... Sería bueno hacerle una visita... si es que puede entrar. Hay allí una muchacha llamada Fay Edwards que quizá...

El inspector se detuvo de golpe. Una tercera voz había intervenido espectralmente en la conversación, una voz impersonal y metálica que procedía de la radio del coche:

«Llamada a todos los coches. Llamada a todos los coches. Viola Inselheim, de seis, años ha sido robada de su casa en Sutton Place...».

Fernack se irguió en su asiento y las luces de un auto que pasaba iluminaron sus pétreas facciones.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Ya ocurrió!

Y puso el motor en marcha mientras la voz metálica seguía diciendo:

«... Los secuestradores huyeron en un *sedan* castaño. Matrícula de Nueva York. Los tres primeros números de la serie son cinco F. tres o cinco F. ocho. Se busca al inspector Fernack. Se busca al inspector Fernack. Llamada a todos los coches...».

El motor se puso en marcha con un rugido y de repente Simón decidió seguir su propio camino.

—¡Buena suerte! —gritó cuando el auto comenzó a andar.

La respuesta de Fernack se perdió en el estampido del motor al aumentar la velocidad. Simón abrió la portezuela y saltó afuera.

—Gracias por el paseo —murmuró al caer sobre el blando asfalto.

Permaneció bajo un árbol escuchando el ruido del auto que se alejaba, con una semisonrisa en los labios. El impulso que le había llevado a entrevistarse con Fernack había dado más fruto de lo que él esperaba.

Detrás de Nather estaba Papulos, detrás de Papulos, Morrie Ualino y detrás de Ualino, el jefe. Y arrugada en el bolsillo de El Santo, al lado de su revólver, se hallaba la notita que había acompañado el regalo de los veinte mil dólares que Nather había tratado de reconquistar con tan poco éxito. La inscripción de papel —que Simón había leído mientras esperaba a Fernack bajo la ventana de la biblioteca— decía simplemente: *Gracias, Papulos*.

Lo más lógico de todo era ascender los peldaños de la escala en su natural secuencia. Y si Simón recordaba que aquel proceso había de llevarle también hacia la misteriosa Fay Edwards, su impulso era simplemente humano.

CAPITULO III

*De como Simón se entrevistó con míster Papulos y Morrie Ualino
entró en relación con El Santo*

I

Valcross le estaba esperando cuando volvió al Waldorf Astoria, y subió al departamento de la torre por el ascensor privado, como siempre. El anciano se puso en pie con una sonrisa.

—Me alegro de que estés de vuelta, Simón —dijo—. Por un momento me pregunté: ¿no habría encontrado el asunto demasiado difícil?

El Santo se echó a reír y lanzó diestramente su sombrero sobre el perchero. Luego tomó un vaso, echó en él unos dedos de *whisky*, un poco de hielo picado y soda y se volvió.

—Tardé más de lo que creía —explicó—. Tuve que llevarme al inspector Fernack de paseo.

Sus ojos brillaban por encima del borde del vaso al mirar a Valcross. Este aguardó pacientemente la explicación, alentando a El Santo con la expresión de asombrada perplejidad que Simón esperaba de él. El Santo llevó su bebida a un sillón, se tumbó en él, encendió un cigarrillo y lanzó una profunda bocanada de humo, todo en medio de un teatral silencio.

—Gracias a Dios que los humildes Player's pueden comprarse aquí por veinte centavos —dijo al fin—. Sus preparados americanos son un pecado contra la nicotina, Bill. Siempre creí que los de más allá fumaban el peor tabaco del mundo; pero tuve que venir aquí para averiguar que el tabaco podía ser asado, cocido, frito, impregnado de mentol, convertido en polvo, liado en un trozo de papel secante y que aun así, el público inocente lo compraría.

Valcross sonrió.

—Si eso es todo lo que piensas decirme, me vuelvo a mi libro —dijo, y Simón se enterneció.

—Cuando volvía a casa iba pensando en ello —concluyó al final de su historia— y llegué a la conclusión de que debe haber algo en eso de los paseos. Creo que a mí van a llevarme a pasear también.

Valcross meneó la cabeza.

—Yo no te lo aconsejaría —dijo—. La experiencia es a veces fatal.

—Para mí, no —dijo El Santo—. Ya te contaré más cosas luego. Bill, cuanto más pienso en ello, más interesante me parece; creo que es el único camino que puedo seguir por ahora. Pero mientras me sirve otro *whisky* quiero que me diga si puede

haber alguien tan desalmado que sea capaz de secuestrar a una niña que tiene ya la desgracia de llamarse Viola Inselheim.

Valcross cogió una guía telefónica y se inclinó sobre ella.

—¿Sutton Place, dijiste? —y mirando el listín buscó un lugar y depositó el volumen abierto en las rodillas de Simón. Simón echó una mirada sobre los Inselheims y localizó un miembro de la tribu llamado Ezequiel, Cuya dirección era Sutton Place.

—No sé si ése será el hombre que buscas —dijo Valcross.

El nombre no significaba nada para Simón Templar.

—¿Quién es?

—¿Zeke Inselheim? Uno de los agentes de cambio más ricos de Nueva York.

Simón cerró el libro.

—¡Por eso es por lo que Nather se quedaba esta noche en su casa!

Cogió el vaso que Valcross había vuelto a llenarle y fumó en silencio. La razón de la llamada a todos los coches y la perturbación de Fernack, era clara. Y la idea de seguir adelante su noche con el mismo espíritu con que había comenzado le iba atrayendo con una creciente voluptuosidad. De pronto, acabó su bebida y se puso en pie.

—¿Quiere pedirme un poco de café? Creo que volveré a salir pronto.

Valcross le miró fijamente.

—Has hecho demasiado hoy. ¿No puedes descansar un poco?

—¿Pensaría en descansar si fuera Zeke Inselheim? —preguntó Simón—. Prefiero dar ese paseo esta misma noche.

Diez minutos más tarde volvía al saloncito, fresco y dispuesto después de la ducha fría, con su oscuro cabello lustroso y peinado y sus ojos azules tan claros y brillantes como una mañana de estío. Su camisa estaba abierta por el cuello, tal y como se la pusiera al salir del baño y su manga izquierda enrollada hasta el codo. Estaba ajustando las correas de una extraña vaina que se ceñía prieta a su antebrazo izquierdo: el mango de marfil, exquisitamente labrado, del cuchillo que ocultaba, llegaba justamente a su muñeca, y su manga, al bajarse, lo cubría por completo.

Valcross le sirvió el café y le miró. En aquel cuerpo sinuoso había tal sensación de dinámico poder, un orgullo tan vital y un desenfado tan magnífico, que no podían menos de inspirar ideas atrevidas.

—Si tuviera veinte años menos —dijo tranquilamente Valcross— te acompañaría. Simón se echó a reír.

—Aunque hubiera cuatro como usted, sería lo mismo. —Y dio la vuelta al brazo mostrando el envainado cuchillo un momento antes de cubrirlo con la manga—. *Bella* y yo haremos todo lo que haya que hacer esta noche.

Diez minutos después se hallaba en un taxi, camino de la parte oeste de la ciudad. Los edificios comerciales de la Quinta Avenida, entregados durante la noche al ejército de las limpiadoras y los porteros, cortaban la silueta de sus ventanas

iluminadas contra el cielo negro, parecidos a gigantescos panales. El taxi cruzó Broadway y la Séptima Avenida, lanzándose a través de la luz de los teatros, cafés y *cabarets*, como un nadador cruza una ola y flotó al otro lado en un callejón más tranquilo y ligeramente maloliente en el que un tubo de neón iluminaba un letrero: «Charley's Place».

La casa era una de esas construcciones oscuras e interminadas que achatan los rascacielos al oeste de la Séptima Avenida, donde la orgía de construcciones futuristas que hizo nacer el Crysler's Needle todavía no ha llegado. Las ventanas del piso bajo estaban cubiertas por unas cortinas verdosas a las que las luces del interior habían provisto de una especie de luminosidad fosforescente.

Simón tocó el timbre y unos momentos después la mirilla de la pesada puerta se abrió. Aquella era una situación en la que no se podía hacer nada sin recurrir al engaño, y ese mismo engaño tenía que ser completamente a ciegas.

—Mi nombre es Simón —dijo El Santo—. Me ha enviado Fay Edwards.

El hombre meneó la cabeza.

—Fay no ha llegado todavía. ¿Quiere esperarla?

—Quizá pueda beber algo mientras espero —dijo Simón con indiferencia.

Sus maneras eran descuidadas y casi apáticas, precisamente lo que debían ser. Si El Santo hubiera sido tan inocente como lo pretendía, no podría haberlo hecho mejor; y el portero, después de mirar a todos lados, descorrió el cerrojo.

Simón entró y colgó su sombrero en la percha. Más allá del diminuto vestíbulo había un espacioso bar que parecía ocupar el resto del edificio. Las mesas estaban casi todas llenas de hombres de mediana edad, vestidos con esas chaquetas ajustadas que hacen ver con tal precisión los músculos de los brazos y de la parte superior de la espalda. Sus caras, al mirar automáticamente en silencio a Simón, cuando entró, tenían un aire uniforme de helada impasividad, particularmente en los ojos, como peces que llevan mucho tiempo conservados en el hielo. Mezcladas entre ellos había unas cuantas rubias de amplias curvas y gruesas caras, las habituales compañeras de los *gangsters*, pues es un hecho curioso que, aunque estos hombres, cuando llegan a poseer fortunas asombrosas, ponen todo su empeño en adquirir hábitos refinados, nunca llegarán a apetecer ninguna mujer refinada.

Simón dirigió a los ocupantes una mirada distraída, fijándose en todos los detalles de la habitación con una rápida ojeada. Luego se acercó al bar y se sentó en uno de los altos taburetes. Uno de los camareros puso junto a él un vaso de agua helada y aguardó.

—Un *highball* —pidió El Santo.

Cuando la bebida estuvo preparada, el murmullo de las conversaciones en el salón había alcanzado su intensidad normal. Simón bebió un sorbo de su bebida y detuvo al camarero antes de que pudiera alejarse.

—Un momento —dijo El Santo—. ¿Cómo se llama?

El hombre tenía una cara ovalada, olivácea e inexpresiva, hermosas pestañas, ojos castaños y pelo rizado y una edad imposible de determinar.

—Me llamo Toni —dijo.

—Le felicito —dijo El Santo—. Mi nombre es Simón. De Detroit.

El hombre asintió indiferente y fijó sus suaves ojos oscuros en la cara de El Santo.

—De Detroit —dijo como si se aprendiera de memoria un mensaje.

—Me llaman «Ases» Simón —dijo El Santo tranquilamente. La impasible cara del camarero le respondió lo mismo que podía haber hecho una imagen de madera—. Me han dicho que en esta ciudad hay algunos jugadores que saben apreciar el dinero.

—¿Qué quiere?

—Quizá me gustaría jugar un poco. —La mirada azul de Simón sostuvo firmemente la del camarero—. Quiero jugar con Morrie Ualino.

El hombre secó lentamente el mostrador quitándole invisibles gotas de agua.

—Yo no sé nada. Preguntaré al jefe.

Dio media vuelta y levantando una cortina que había en el fondo del bar desapareció tras ella, antes de que Simón hubiera acabado su bebida. El juego había terminado. Si de ahora en adelante algo salía mal... sería una desgracia. Pero los nervios de El Santo estaban hechos de hielo.

Al cabo de unos minutos el hombre volvió.

—Morrie Ualino no juega esta noche. Papulos es el que juega. ¿Quiere jugar?

Simón no movió un solo músculo. A través de Papulos se llegaba hasta Ualino, y nunca esperó llegar hasta él del primer salto. Pero si Ualino no jugaba aquella noche —si estaba ocupado en otra parte— había muchos motivos para pensar que el mensaje de radio que había recibido Fernack, podía explicar esa ausencia. El brillo azul de acero iluminó de nuevo los ojos de El Santo, pero lo único que pudo ver el camarero fue un encogimiento de hombros, desilusionado.

—Yo no vine aquí para jugar centavos. ¿Quién es ese Papulos?

Los suaves ojos castaños de Toni tenían un imperceptible destello de desdén.

—Si quiere jugar fuerte, creo que él le dará lo que le gusta. Después puede jugar con Ualino. ¿Quiere o no?

—Bueno, quizá me convenga practicar. No tengo otra cosa que hacer.

Toni vació el cenicero y lo limpió.

—Están en el Graylands Hotel, al final de la calle en la acera de enfrente. Departamento mil setecientos trece. Dígales que le ha enviado Charlie Quain.

—Bien. —Simón se puso en pie y dejó un billete en el mostrador—. Y gracias.

—Buena suerte —dijo Toni y le vio marchar con unos ojos tan dulces como los de una gacela.

El Graylands Hotel estaba casi en la Séptima Avenida. Era uno de esos hoteles que están siempre llenos; pero, sin embargo, parecen estar desiertos, y cuyos huéspedes se escurren silenciosos del santuario de sus habitaciones al anónimo de la

calle. El lugar tenía un aire de empolvado esplendor, como una mujer desaliñada vestida de brocado, y a pesar del vacío de sus salas reinaba en él una atmósfera secreta de vida clandestina e irregular.

El dorado ascensor conducido por un muchachito pecoso y de aire sagaz, le depositó en el piso decimoséptimo a la entrada de un oscuro corredor. El Santo buscó el 1713 y llamó. Después de una corta pausa, giró una llave en la cerradura y la puerta se abrió unas pulgadas. Un par de ojos fríos y desapasionados lo inspeccionó unos segundos.

—Mi nombre es Simón —dijo El Santo. Empezaba a sentir que aquella noche estaba permitiendo que una gran cantidad de personas indeseables le trataran con familiaridad, pero el alias le parecía tan bueno como cualquier otro y desde luego mucho mejor que un nombre falso como por ejemplo Wigglesnoot—. Charley Quain me envía.

Los ojos que le estudiaban recibieron la información con tanto entusiasmo como dos cuentas de vidrio.

—¿Simón, eh? ¿De Denver?

—Detroit —dijo El Santo—. Me llaman «Ases».

La cabeza del guardián se inclinó indiferentemente, media pulgada, en señal de saludo. Luego abrió la puerta.

—Bien, «Ases». Sabíamos que venía. Sí busca emociones creo que las encontrará.

El Santo sonrió y entró en el departamento. Se encontraba en un amplio vestíbulo, formalmente amueblado. Al final de éste, se veían las puertas de dos habitaciones; a través de una de ellas llegaba el ruido y el chocar de las fichas. A Simón le pareció que se hallaba definitivamente en camino. Detrás de aquellas puertas mister Papulos dirigía el juego y El Santo pensaba que ya era hora de que se entrevistara con el tal mister Papulos.

II

El guardián abrió la segunda puerta y Simón entró en la habitación. Esta había sido originalmente un saloncito, pero sus muebles habían sido pegados junto a la pared, dejando lugar a una gran mesa redonda cubierta con un tapete verde que ocupaba ahora el centro de la habitación. Junto al círculo de hombres sentados en torno a ella había unos cuantos hombres delgados, de caras duras y astutas y aspecto siniestro. Un simple aparato de luz brillaba sobre la mesa inundando con un cono de luz blanco el grupo de jugadores. Al entrar El Santo, todos los rostros se volvieron hacia él.

—«Ases» Simón, de Detroit —anunció al guardián. Y como una observación cínica, añadió—: Viene en busca de emociones, caballeros.

Los guardianes de rostros delgados se volvieron a cruzar de piernas, tranquilizados, y los jugadores, contestando a la presentación con una ligera inclinación de cabeza, volvieron a su juego.

Simón dio la vuelta a la mesa y cogió una silla vacía que había enfrente del banquero. Una mirada casual a la mesa le demostró que el guardián tenía motivos para sentirse cínico: el juego era lo suficientemente fuerte para dejar limpio en una jugada a un jugador mediano. Encendió un cigarrillo y estudió las caras de sus compañeros. Estos formaban un grupo variado que iba desde lo más escogido de los bajos fondos a lo peor de la alta sociedad. A su derecha tenía un grueso caballero cuyos borrosos ojuelos tenían el brillo inequívoco, pirático, de un prominente rotario de Grand Rapids en viaje de placer por la gran ciudad.

El caballero se inclinó confidencialmente hacia él, exhalando un potente aroma de Bourbon.

—En busca de emociones, ¿eh? —murmuró—. Ha encontrado el lugar apropiado, ¿verdad?

—¿Eh? —repuso El Santo, momentáneamente infectado por el espíritu del lugar.

—Digo que es un buen lugar para buscar emociones, ¿eh? —repitió el devoto de la rotación con laboriosa buena voluntad; y una leve sonrisa apareció en la boca de El Santo.

—Amigo —asintió con convicción—; usted no sabe de eso ni la mitad.

Tenía los ojos fijos en el banquero, quien por los montones de fichas y billetes acumulados limpiamente delante de él, parecía ser también el organizador del juego; y conforme iba pasando el tiempo, Simón se iba convenciendo de que al menos había un hombre en la mesa que nunca se podría posar de modelo en un cuadro titulado «El Nacimiento de la Aurora». La obscura faz picada de viruelas, parecía pertenecer a la parte calva de una cabeza toscamente cúbica. Dos ojuelos negros, afectuosamente juntos, y protegidos por dos salientes pómulos; una nariz que había perdido todas las pretensiones de simetría que pudo tener alguna vez, en un argumento con una botella de cerveza; un cuello grueso, unido por rollos de grasa a aquella transparente ventana del alma y un fuerte cuerpo, componían el saco de mortal arcilla conocido en el mundo por Papulos. Desde ningún punto de vista era un espectáculo estético; pero El Santo había venido para ver a míster Papulos y lo estaba viendo. Y mientras le miraba, los ojuelos negros se clavaron en él.

—Muy bien, míster Simón, ¿cuánto quiere? Las blancas son cien, las rojas quinientas y las azules mil.

La voz era ásperamente nasal, con un dejo de burla. Una clase de voz que ningún ser sano y fuera de la Ley podía oír sin que se le ocurrieran agradables ideas de asesinato; pero Simón sonrió y lanzó un anillo de humo.

—Quiero veinte mil... y puede dármelas todas azules.

Hubo una pausa repentina. Los demás jugadores se acercaron aún más a la mesa; y los guardianes de delgados rostros se llevaron maquinalmente la mano a la cadera derecha. Sin mover siquiera una pestaña, Papulos contó dos montones de fichas y los puso en el centro de la mesa.

—Veinte mil —dijo lacónicamente—. Déjenos ver su dinero. —Y sus ojos se encontraron a través de la mesa—. ¿O lo tiene acaso en el puño de la camisa?

—No repuso fríamente El Santo. —En los pantalones.

—Vamos a verlo.

El rotario de Grand Rapids bebió un trago de la bebida que tenía al lado y miró asustado a la mesa; y El Santo se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Sus dedos rozaron el fajo de billetes, y algo más: la arrugada hojita de papel que los había acompañado originalmente. Arrastrando aquella denunciadora prueba con su dedo meñique, sacó los billetes del bolsillo y los contó sobre la mesa.

Fue una pantomima admirable como todos los juegos de manos de El Santo. Bajo los vigilantes ojos del griego iba contando veinte mil dólares y el trozo de papel se deslizó aparentemente entre ellos. A mitad de la cuenta, cayó sobre la mesa, boca arriba. Simón dejó de contar e hizo un torpe movimiento para atraparlo. El movimiento fue tan lento y torpe que a Papulos no le costó ningún trabajo agarrarle la muñeca.

—Un momento.

La voz del griego era una fría amenaza en medio del silencio. Atrajo hacia sí el trozo de papel, y se le quedó mirando un momento. Luego, dirigió su mirada hacia los billetes. Al alzar los ojos, dos rosetones de color rojo oscuro aparecieron en sus morenas mejillas.

—¿De dónde sacó ese dinero?

Seguía teniendo agarrada la muñeca derecha de El Santo y su presión, en lugar de disminuir, aumentó. Simón le lanzó una mirada culpable.

—¿Qué le pasa a ese dinero? —repuso—. Tiene que ser bueno... usted mismo lo entregó.

—Ya lo sé —dijo fríamente Papulos—; pero no a usted.

Hizo un infinitesimal movimiento con la cabeza; y Simón se percató, sin mover la suya, de que dos de los guardianes se habían acercado a su silla. Nadie se movió; la fuerte respiración del rotario de Grand Rapids que había venido a la ciudad a ver la vida, era el sonido más fuerte de la habitación.

Papulos se puso en pie.

—Levántese —dijo—. Quiero hablar con usted en la otra habitación.

Una mano oprimió el hombro de Simón y le hizo ponerse en pie, pero todavía no había pensado ni siquiera en protestar, aparte del hecho de que cualquier protesta hubiera sido absolutamente inútil. Dio obedientemente la vuelta entre los dos guardianes y siguió a Papulos fuera de la habitación.

Cruzaron el vestíbulo y entraron en el dormitorio del departamento; la puerta se cerró tras ellos. Simón fue registrado rudamente y luego le hicieron permanecer junto a la pared. Papulos se puso enfrente de él mientras los otros dos gorilas se colocaban a sus costados. Los ojos del griego eran fríos y agudos como la punta de una aguja.

El Santo le miró hoscamente.

—¿Dónde consiguió esos veinte mil?

—Eso no es asunto suyo.

Con un movimiento sorprendentemente rápido y diestro para un hombre tan grueso, Papulos alzó una mano e hirió con sus nudillos la boca de El Santo.

—¿Dónde cogió esos veinte mil?

Por un momento, los músculos de El Santo saltaron como si los hubiera tocado una llama; pero se serenó. Aquello formaba parte del juego, y su cuenta con Papulos podía esperar hasta más tarde. Cuando se lanzó contra la mandíbula del griego fue con un gesto furioso y pueril que nunca soñó con alcanzar su objeto; y se detuvo a la mitad al ver que dos automáticas se clavaban en las costillas.

Papulos se rió desdeñoso.

—¡O es un estúpido, o está chalado! Por última vez le pregunto, con amabilidad y cortesía: ¿De dónde sacó esos veinte mil?

—Los encontré —dijo El Santo— colgando de un grosellero.

—Está chalado —decidió uno de los guardianes.

Papulos alzó de nuevo la mano y luego la dejó caer con una mueca que quería ser una sonrisa.

—Está bien, muchacho. Ya lo averiguaremos. Y si los cogiste donde yo creo... mala suerte.

Se echó en una de las camas y cogió el teléfono. El guardián esperó flemáticamente a que llegara la comunicación. Uno de ellos miró malhumorado su cigarro que se le había apagado y sacó una caja de cerillas. El chasquido de una de ellas al encenderse, sonó en medio del silencio; y entonces el griego comenzó a hablar.

—Hola, juez. Aquí, Papulos. Oiga, aquí tengo un tipo que acaba de sacar veinte mil dólares en billetes de mil y un cierto pedazo de papel...

El Santo le vio erguirse y apretar el auricular contra su oído. El guardián que acababa de encender el cigarro, lanzó una nube de maloliente humo, y Simón flexionó su antebrazo sintiendo en él la tranquilizadora presión de su frío cuchillo.

Papulos volvió a poner el instrumento en su gancho con un lúgubre chasquido y luego se volvió lentamente hacia El Santo. Se puso en pie, con la aplastada cara metida entre los hombros y miró a Simón con ojos brillantes.

—Míster Simón, ¿verdad? —dijo estridentemente.

El Santo sonrió amablemente.

—Simón Templar es el nombre entero —dijo—, pero me figuré que pensaría que era un presumido si insistía en mencionarlo todo.

Papulos asintió.

—¡Así que es El Santo! —Su voz ronca era venenosa, pero en ella había una vibración de odio que sólo puede causar el miedo—. ¡Es el cobarde que mató esta tarde a Irboll! El tipo que va a limpiar Nueva York —y se echó a reír con una risa que no tenía nada de alegre—. ¡Bueno, amiguito... pues ha terminado!

Dio media vuelta y comenzó a dar órdenes a los dos guardianes.

—Una palabra de éstas, relativa a lo que pensaba hacer con él, fue suficiente para Simón. Su estrategia había resultado como él pensara. Al permitir que Papulos lo atrapara, había subido un peldaño más en la escala de su venganza. Había sido llevado ante un hombre más elevado en la jerarquía del crimen, para que dispusiera finalmente de su suerte; y aquel hombre era Morrie Ualino. Y donde Ualino estuviera, El Santo lo sabía muy bien, había muchas oportunidades de que la heredera de todos los Inselheims se hallara también.

—Marche —ordenó el primer guardián.

—Pero ¿y mis veinte mil? —protestó ofendido El Santo.

—Adónde va, amiguito, no hace falta dinero —le contestó—. Vamos, adelante.

Papulos abrió la puerta. Los veinte mil dólares estaban en el bolsillo de su chaqueta, donde los metiera al levantarse de la mesa de *poker*; y Simón Templar nunca tomó muy en serio las profecías acerca de su eventual destino. Pensaba que una nación que tenía como súbdito a Samuel Insull, no se empobrecería demasiado por perder veinte mil dólares; y al llegar a la puerta se detuvo para echar un brazo alrededor del hombro del griego con una amistad que no sentía.

—No te olvides, mariposita —dijo El Santo, insultantemente—, de que pase lo que pase siempre te querré.

Entonces uno de los guardianes lo empujó hacia delante; y Simón volvió a meterse en el bolsillo los veinte mil dólares al salir al vestíbulo.

III

Simón se sentó al lado del primer torpedo, mientras que el otro dirigía el *sedan* hacia el Norte. La presión del revólver, sugestivamente hundido en su costado, le parecía el roce agradable y familiar de un viejo amigo. Era un suave recordatorio del peligro, un sólido emblema de la batalla y la muerte repentina; y en el infierno había más de una docena de hombres que podrían atestiguar que ninguna de las dos cosas era desconocida para él.

Cruzaron suavemente el Queensborough Bridge, que atraviesa el East River, por la Calle 59, y entonces el auto aumentó la velocidad mientras se abrían camino por las calles semidesiertas de Astoria. Las anchas carreteras de Long Island se extendían ante ellos, y El Santo encendió un cigarrillo y convirtió su cerebro en una máquina

perfecta que iba anotando cada yarda de camino en la memoria como si fuera una placa fotográfica.

Los suburbios de Nueva York pasaban ante ellos en rápida sucesión: Flushing, Garden City, Harripstead. Se hallaban a mitad de camino de Springdale, cuando el auto disminuyó la marcha y se metió por un caminillo a medio terminar que acababa unas cuantas yardas más allá frente a una casa sombría y vieja de dos pisos, ante cuya puerta había parado otro auto.

Uno de los guardianes le sacó del coche a empujones, y los tres subieron una corta escalinata que llevaba al porche. La inevitable faz asomó por la mirilla y al reconocer al primero de los guardianes, dijo: «¡Hi, Joe!» Luego abrió la puerta y los dejó entrar.

El vestíbulo estaba iluminado por un solo globo de cristal esmerilado color naranja que apenas si servía para ahuyentar la oscuridad. A la derecha se veía una habitación pequeña con un mostrador cubierto de cinc; a la izquierda, había otra habitación más grande. Esta última tenía una serie de pequeños compartimientos con mesitas cubiertas de sucios manteles. En una esquina había un piano eléctrico, y sobre los tabiques de los compartimientos se enroscaban unas polvorientas viñas artificiales; media docena de globos color naranja iluminaban débilmente la escena. Era un clásico garito de *gangsters*, más común en Nueva Jersey que en Long Island, y la atmósfera estaba preparada para producir una impresión romántica y alegre, aunque en realidad fuera uno de los lugares más deprimentes que Simón Templar había visto en su vida.

—¿Arriba? —inquirió el gorila que había sido llamado Joe; y el hombre que había abierto la puerta asintió.

—Sí... lo están esperando. —E inspeccionó con curiosidad a El Santo—. ¿Es éste el tipo?

Los dos guardianes lanzaron al mismo tiempo unos gruñidos que querían significar que aquel era el tipo, y uno de ellos cogió el brazo de El Santo y le condujo hacia una escalera que había al final del vestíbulo. Subieron los peldaños en medio de la oscuridad y luego llegaron al piso superior, iluminado también débilmente. La escalera los dejó en un estrecho corredor que atravesaba el piso de parte a parte; Simón fue empujado más allá de una puerta ante la cual montaba guardia un hombre de cuello delgado y ojos de pesados párpados como los de un cocodrilo; pasaron luego delante de otra puerta y al fin se detuvieron ante la tercera y última. Uno de los miembros de la escolta llamó con los nudillos y la puerta se abrió iluminando vivamente el pasillo. Y El Santo entró en la guarida del león con paso tranquilo y seguro.

Simón había visto mejores guaridas. Excepto por la brillante iluminación, la habitación en la que se encontraba no era mejor que el salón del piso inferior. La madera del piso no estaba cubierta por ninguna alfombra y el papel de la pared caía en jirones. Bajo la ventana había un diván en donde los rufianes en mangas de camisa

jugaban a los naipes; al entrar Simón le dirigieron una mirada y luego volvieron a su juego sin hacer comentarios. En el centro de la habitación había una mesa en la que se veían los restos de una comida; y sentado ante aquella mesa, mirando a la puerta, se hallaba Ualino.

Simón pudo identificarlo fácilmente después de la descripción de Fernack. Pero sólo se fijó en el hombre por espacio de un segundo; y después sus miradas fueron atraídas por la muchacha que se sentaba a su lado.

No había razón alguna para suponer que aquella muchacha era la Fay que había hablado a Nather por teléfono, la Fay Edwards de quien había oído hablar a Fernack. En una casa como aquella habría muchas muchachas; y seguramente Morris Ualino no era ningún asceta. Pero había algo en aquella muchacha que hacía suponer que debía hablar con la misma voz que Simón oyera. En el cuarto sucio y destartado, su presencia era aún más incongruente que la del immaculado Ualino. Era esbelta y rubia, con ojos de ámbar, y su boca era una suave curva de inocente tentación. Quizá tuviera veintitrés o veinticuatro años, la edad para poseer esa tranquila seguridad de que carece la adolescencia; pero todavía era joven, de un modo firme y sin edad, que los años no cambiarían. Y de nuevo, aquel extraño latido de expectación conmovió todas las fibras de El Santo como cuando oyera por primera vez su voz en casa de Nather; en su cerebro vibró intensamente algo que él no podía razonar...

Fue a ella y no a Ualino a quien El Santo habló.

—Buenas noches —dijo Simón.

Nadie le contestó. Ualino hundió un pincel en una botellita y pasó una delgada capa de esmalte sobre la uña de su dedo meñique. Un diamante del tamaño de un guisante brilló en su anillo al extender el dedo hacia la luz para examinar el efecto de su obra. Luego cerró el frasquito y meneo de arriba abajo su bella mano para secar el esmalte, mientras sus ojos oscuros examinaban detenidamente a El Santo.

—Tenía ganas de conocerle.

Simón le sonrió.

—Eso nos hace felices a los dos. Yo también tenía ganas de conocerle. He oído decir que era la «Belleza de Nueva York», y quería saber cómo lo había logrado. — La ingenuidad de El Santo era cegadora—. Uno de estos días tiene que darme la dirección del hombre que le ondula el pelo, Morrie, pero... ¿está seguro de que le quitaron toda la crema la última vez que se hizo usted un tratamiento facial?

En la habitación reinó un espantoso silencio, un silencio compuesto principalmente de incredulidad. Ninguno de los presentes recordaba haber oído nunca una cosa parecida. En aquel asfixiante silencio el más ligero asomo de fiebre en la imaginación habría hecho audible el leve murmullo de las orejas moviéndose de un lado al otro, tratando, aturdiditas, de volver a captar las increíbles vibraciones que las habían atontado. Las caras de los jugadores tenían la asombrada expresión de dos hombres que han sido golpeados con un instrumento contundente y se preguntan quién los golpeó.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Ualino, palideciendo.

—Simplemente estaba buscando algunos consejos de belleza —dijo amablemente El Santo—. ¿Sabe? Usted me recuerda mucho a Papulos, pero él no tiene esas cejas a lo Dietrich que tiene usted.

—Ualino alisó un mechón de sus cabellos.

—Acérquese —dijo.

En realidad no le pedía que obedeciera su orden. Como si respondieran a una rauda sugestión, los dos gorilas que había a los lados de El Santo se apoderaron de sus muñecas. Sus brazos fueron retorcidos a su espalda y la empujaron ante la mesa; Ualino dio media vuelta a su silla y le miró.

—¿Ha oído hablar de la cámara caliente? —preguntó Ualino suavemente.

A pesar de su valor, El Santo sintió un instantáneo escalofrío. Porque había oído hablar de aquella cámara caliente, el último y más horrible producto de la perversa ingenuidad de los *gangsters*. Su invención se atribuye al mismo Al Capone; aquello fue su respuesta a los tres arriesgados «mosqueteros» que comenzaron a explotar la mina de los secuestros en los días en que los otros *gangsters*, que no tenían aún influencia política, eran prácticamente las únicas víctimas; y Red MacLaughlin, que dirigía aquel histórico saqueo en el corazón del Cook Country, que consiguió cientos de miles de dólares como rescate de los lugartenientes de Al Capone y logró secuestrar al propio Scarface, murió de aquella muerte terrible. El escalofrío desapareció en seguida, dejando su helada huella en sus ojos azules.

—Sí —dijo El Santo—. He oído hablar de ella. ¿La está preparando para Viola Inselheim?

El terrible silencio volvió a reinar en la habitación. Durante diez segundos nadie se movió, excepto Ualino, cuya bien cuidada mano siguió alisando mecánicamente su cabello.

—¡De modo que también sabe eso! —dijo al fin lentamente.

El Santo asintió. Su rostro carecía de expresión; pero acababa de oír la confirmación de lo que él deseaba saber. Su inspiración había sido acertada, su sencilla estratagema había dado los resultados apetecidos. Dejándose llevar hasta Ualino como un prisionero indefenso, condenado de antemano, había descubierto una guarida que no habría podido descubrir de otro modo, y que Fernack y sus oficiales llevarían semanas y semanas tratando de descubrir.

—Claro que lo sé —dijo El Santo—. ¿Por qué se figura, si no, que yo me hubiera dejado atrapar por sus gorilas amaestrados? El lugar no tiene para mí otra atracción... a no ser esa charla sobre cremas faciales que usted y yo vamos a tener.

—Está loco —explicó uno de los guardianes vagamente, como si buscara un consuelo para su vacilante normalidad.

Simón sonrió y miró hacia la ventana abierta. A través de ésta se podía ver el borde de un tejado próximo al obscuro rectángulo, cuyo canalón de metal iluminado por la luz que había sobre la mesa. Desde el alféizar sería muy fácil llegar hasta él; y

el resto lo dejaba en las manos de los caprichosos dioses de la aventura... Entonces se dio cuenta de que su mirada había vuelto a fijarse con impersonal curiosidad, aun en aquel terrible instante, en la muchacha que debía ser Fay Edwards. Podía verla por encima del hombro de Ualino, mirándole fijamente; pero no pudo leer nada que pudiera ser de inmediato interés en sus ojos de ámbar.

Ualino dejó de acariciarse el cabello y metió su pulgar en el bolsillo del chaleco. Parecía jugar con un tubo con maligno sadismo, como un niño puede jugar con una pelota.

—¿Y qué creía que iba a hacer cuando llegara aquí? —preguntó.

La firme mirada de El Santo, helada como un viento polar, buscó la suya.

—Vine aquí para matarle, Ualino —dijo Simón tranquilamente.

Uno de los jugadores movió la pierna y una carta cayó del sofá al suelo con un ligero roce que retumbó lo mismo que un trompetazo en el mortal silencio, un silencio asfixiante que oprimía la atmósfera. Era una quietud que llegaba más allá de los últimos límites de la incredulidad, una insondable inmovilidad que llegaba hasta paralizar y aturdir esa misma incredulidad. No duraría más de uno o dos segundos; la terrible tensión era demasiado intolerable, pero durante aquel espacio de tiempo nadie pudo interrumpirle.

Y la tranquila y suave voz siguió adelante, con una terrible sencillez, dominándoles con un poder implacable que todavía no habían llegado a comprender.

—Soy El Santo, y tengo mi propia justicia. Esta tarde Jack Irboll murió, como lo había prometido. Soy más que la Ley, Ualino, y no tengo jueces corrompidos. Esta noche morirá.

Ualino se puso en pie. Sus ojos oscuros miraron a El Santo con una luz verdosa.

—Es muy listo —dijo venenosamente; y entonces su puño se lanzó contra la cara de Simón.

La cabeza de El Santo se echó fríamente hacia un lado y la manga de Ualino sólo le rozó la mejilla. Un momento después la mano derecha de El Santo tocaba el mango de su cuchillo y lo sacaba de la vaina —teniendo las manos a la espalda aquello era mucho más fácil que si las hubiera tenido delante—. Los ojos de Ualino chispearon furiosos al ver que su puño se hundía en el aire. Echó el brazo atrás y golpeó de nuevo, con idéntico resultado. Y entonces ocurrió un milagro.

El hombre que había a la derecha de El Santo sintió la mordedura de una lengua de fuego en los tendones de su muñeca, y la fuerza se le escapó de los dedos. Se quedó mirando estúpidamente el chorro de sangre que salía de las arterias cercenadas; y mientras lo miraba, algo pasó ante sus ojos como un rayo de mercurio y oyó que Ualino lanzaba un gemido.

Aquello fue todo lo que vieron y comprendieron los demás. Sin lucha aparente, El Santo estaba en libertad, y en su mano brillaba una hoja de acero que describía un terrible arco. Ualino, con las manos crispadas sobre su estómago, se vino al suelo, dando de rodillas contra el piso mientras que una espantosa corriente roja se deslizaba

entre sus dedos... Nadie tuvo tiempo de moverse. La extraordinaria rapidez con que se habían sucedido los hechos les había aturdido, pues era lo mismo que haber intentado correr parejos con el rayo... Y de pronto el cuchillo se alzó, deslumbrador, y cortó el globo eléctrico que había sobre la mesa, obscureciendo la habitación con un estampido parecido al de un revólver.

Una mano tocó su brazo y su cuchillo se echó hacia atrás de nuevo para herir. Y de pronto, con un rápido esfuerzo, detuvo el golpe a la mitad...

Porque la mano no se había cerrado sobre él. En medio de la obscuridad, llena de gritos y exclamaciones de hombres furiosos, sus narices percibieron el suave aroma de un perfume. Algo frío y metálico tocó su mano, e instintivamente sus dedos se cerraron alrededor suyo y reconocieron la culata de una automática. Y entonces la ligera presión de una mano sobre su manga desapareció; y con el seguro del gatillo entre los dientes, saltó al alféizar de la ventana y se lanzó al espacio.

CAPITULO IV

De cómo Simón Templar leyó los periódicos y míster Papulos dio un patinazo

I

Se encontraba sobre las tejas en un peligroso ángulo de unos cuarenta y cinco grados de inclinación, tal y como se lanzara desde la ventana, con los pies colgando en el aire; sólo sus manos, agarradas fuertemente al alero, le impedían caer al suelo y perecer aplastado. Debajo de él podía ver los torsos y las cabezas de los dos gorilas, iluminados por la luz de una cerilla que mantenía un tercero, inclinados sobre la ventana y mirando hacia el suelo con ojos asombrados y temerosos. Sus voces subieron hasta él, parecidas a la música del ladrido de un perro de caza para el zorro que ha conseguido extraviar su rastro.

—Debe haberse marchado por aquí.

—Mejor será bajar e impedir que se lleve el auto.

—¡Diablos, no es tan fácil!... Yo tengo aquí las llaves.

Los cuerpos inclinados se alzaron y desaparecieron en la habitación. El Santo oyó las apresuradas pisadas de sus pies y el ruido de una puerta; y luego el silencio más absoluto reinó en la noche de Long Island.

Simón descargó el peso de su cuerpo en sus doloridos hombros y sonrió dulcemente a las estrellas. A pesar de su modestia aquél había sido un momento difícil, pero la ventaja de lo inesperado seguía protegiéndole. Las mentes de la mayoría de los hombres corren siempre por caminos ya hechos, y quizá la mente del asesino profesional, en casos de muerte repentina, no tiene otros caminos que la de los demás. Para los cuatro rufianes rabiosos y asombrados, que bajaban apresuradamente las escaleras para proteger el precioso coche y explorar los alrededores era tan inconcebible como lo había sido para el inspector Fernack que un hombre en la posición de El Santo, en perfecto uso de sus miembros, estuviera interesado en cualquier cosa que no fuera desaparecer cuanto antes. Pero, como el inspector Fernack, los cuatro enemigos públicos que habían cometido aquel enorme error se encontraban por primera vez ante aquella deslumbradora temeridad que hacía de Simón Templar una variante incalculable en cualquier ecuación.

Con infinitas precauciones, El Santo comenzó a maniobrar de costado a lo largo de la superficie del resbaladizo tejado.

Era un ejercicio gimnástico que ningún manual podría enseñarle. De aquel modo dio la vuelta al tejado, porque aquella posición era la que le permitía hacerlo con mayor rapidez; y porque una vez que estaba allí era casi imposible cambiar de

postura. Tampoco habría ganado nada si con un increíble esfuerzo hubiera conseguido poner sus pies en el canalón y erguir su cuerpo, pues su único medio de saber si había llegado a su destino era mirar hacia abajo, a las ventanas del piso que tenía a sus pies. Y su destino era la habitación ante cuya puerta montaba guardia el individuo de cuerpo delgado.

Un trozo suelto de metal le hizo recorrer las dos yardas peores de toda su vida; más de una vez, cuando los hombres que le andaban buscando rondaban la casa, tuvo que permanecer inmóvil con todo su peso apoyado en las palmas de las manos, hasta que los músculos de sus hombros y brazos crujieron bajo su esfuerzo. Era una tarea que hubiera necesitado la concentración de todas las fibras de su ser, pero la verdad es que estuvo pensando en Fay Edwards durante siete octavos de su camino.

¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Qué es lo que hacía en aquel mundo de rufianes sanguinarios? Simón se daba cuenta de que aun en aquel momento no la había oído hablar, que su presunción de que aquélla era la muchacha que había hablado a Nather por teléfono era puramente intuitiva. Pero había visto su cara un instante después de que su cuchillo hubiera rajado de parte a parte el vientre de Ualino, y en ella no había ni miedo ni horror. Durante un instante sus ojos de ámbar habían brillado con una luz salvaje que él no podía comprender; y después Simón había roto la bombilla y se había lanzado a la ventana. Podía pensar que todo ello no había sido más que una alucinación, pero el metal de la automática se hallaba aún entre sus dientes. Su cerebro luchaba con aquel último misterio mientras se arrastraba por el borde del tejado; y todavía no había hallado ninguna solución cuando la ventana hacia la que se dirigía se encontraba ya verticalmente bajo sus ojos.

Al menos en eso no había nada de intangible ni misterioso; y El Santo sabía que no había ninguna probabilidad de que el compás agitado de los sucesos se calmara antes de que cayera en su cama, en el hotel. Después de dirigir una mirada hacia abajo para convencerse de que no había ningún centinela escondido que pudiera pillarle en la mitad del salto, El Santo se lanzó al espacio con la cabeza hacia delante y las manos dispuestas a agarrar su precario punto de apoyo.

Cayó junto a la ventana objeto de su salto. Estaba cerrada; pero una leve e inquisitiva presión de su pie le demostró que sólo estaba sujeta por un pasador.

Las precauciones se habían acabado. El resto de la noche tenía que tomarlo como se presentara y él lo sabía. Lanzando un profundo suspiro se echó hacia atrás y luego hacia delante; y cuando su cuerpo, como un oscilante péndulo, volvía hacia la ventana, alzó las piernas y chocó con sus pies en la juntura de las dos maderas.

El frágil pasador saltó como si fuera un papel bajo el impacto y las maderas se abrieron de golpe y chocaron contra la pared con un ruido de cristales rotos. Un ahogado gemido de espanto llegó a sus oídos; y entonces, arqueando ágilmente la espalda, soltó sus manos del canalón, saltó adentro de la habitación, tropezó con una alfombra y fue a parar contra una cama.

La habitación estaba a oscuras, pero sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Una pequeña forma vestida de blanco, de cabellos oscuros y rizados, le miraba con ojos dilatados de terror, gimiendo blandamente. Del piso inferior llegaba hasta él el sonido de broncas voces, pero El Santo podía haber dispuesto en aquel momento de todo el tiempo necesario. Se quitó el revólver de entre los dientes y oprimió el seguro con su mano derecha; su mano izquierda acarició el hombro de la niña.

—¡Pobrecita! —dijo—. He venido para llevarte a casa.

Había una sorprendente ternura en su voz, y al instante los sollozos de la niña cesaron.

—Quieres volver a casa, ¿verdad? —preguntó El Santo.

Ella asintió convulsivamente; y con una risa suave y consoladora, él la colocó en su brazo y cruzó la habitación. La puerta estaba cerrada, como había supuesto. Simón apretó a la niña contra sí.

—Vamos a hacer un poco de «bing bang», Viola —le dijo—. A ti no te dan miedo los «bing bangs», ¿verdad? ¿Unos «bing bangs» que suenan como fuegos artificiales?

Y cada vez que hagamos un «bing bang» mataremos a uno de esos hombres malos que te robaron de tu casa.

Ella meneó la cabeza diciendo:

—Me gustan los «bing bangs».

El Santo se echó a reír de nuevo y apoyó el cañón de su revólver contra la cerradura.

El tiro hizo retemblar la habitación como un trueno, y un golpe pesado sonó en el corredor. Simón abrió la puerta de par en par. El individuo del cuello delgado que montaba guardia en el exterior era el que había causado aquel ruido: se hallaba caído junto a la pared, grotescamente extendido, y con toda seguridad no volvería a montar ninguna otra guardia. Por lo visto debía haberse aproximado al ojo de la cerradura para ver qué ocurría adentro, en el mismo instante en que El Santo disparó su revólver; y lo que quedaba de su cara no era muy agradable de ver. La niña lanzó un grito de alegría.

—Haz más «bangs» —ordenó.

—¿Quieres más? —sonrió El Santo—. Haremos lo que podamos.

Echó a correr corredor abajo hacia la escalera. Los hombres ladraban abajo disponiéndose a subirla, pero él, de un salto prodigioso, llegó al descansillo de en medio antes que ellos. El que dirigía el grupo de atacantes murió antes de que pudiera darse cuenta de ello, y su cuerpo bajó rodando las escaleras. Los demás buscaron un lugar donde guarecerse, y Simón apuntó tranquilamente al único globo esmerilado y dejó el vestíbulo alumbrado tenuemente por las luces del bar y del salón de baile.

Una lengua de fuego anaranjado brilló en la oscuridad; la bala arrancó una nube de yeso de la pared, a una yarda de la cabeza de El Santo. Simón sonrió y lanzó una pierna por encima de la barandilla. Aunque parezca extraño, el *gángster* medio posee

una puntería tan pésima que haría llorar en su tumba al antiguo «hombre malo»; la mayoría de su práctica de pistola suele efectuarla a una distancia menor de tres pies, y para distancia mayores que ésta, saca su fusil ametralladora y rocía con unas dos mil descargas el terreno que le rodea, presumiendo que alguna de ellas hará blanco en alguna parte. La oposición era peligrosa, pero no significaba una muerte inminente. Uno de los hombres asomó la cabeza por la puerta del bar y se metió rápidamente al ver que el disparo de El Santo estallaba a una pulgada de su nariz; y El Santo se deslizó por el pasamanos y cayó al suelo como un gato.

La puerta estaba abierta, tal como los hombres la habían dejado al entrar precipitadamente en la casa. Simón hizo un cálculo rápido. Por lo que él sabía, había cuatro hombres aún, y de éstos, uno estaba seguramente vigilando las ventanas de la parte de atrás y otros probablemente guardando los automóviles. Los dos que quedaban tenían que ser liquidados cuanto antes, y para ello el mejor momento era entonces, cuando su moral estaba aún estremecida por las diversas calamidades que habían presenciado.

Dejó a la niña en el suelo y la puso frente a la puerta. La pequeña todavía gemía un poco, pero el miedo pondría alas en sus pies.

—¡Corre! —exclamó repentinamente—. ¡Corre a la puerta!

La niña huyó, gritando agudamente, aterrorizada. Uno de los hombres saltó hacia ella desde el lugar donde se encontraba; Simón disparó al instante y el *gángster* cayó al suelo, lanzando un aullido. Otra bala de El Santo destrozó varias botellas del bar; un segundo después, estaba fuera y bajaba de un salto la escalinata del porche. Podía ver el traje blanco de la niña que huía corriendo delante de él en la oscuridad. Un hombre salió de entre las sombras y se lanzó hacia ella, y la niña gritó de nuevo al sentir que sus dedos agarraban su traje. El revólver de Simón volvió a vomitar fuego y la mano soltó su presa; la bala había atravesado el brazo del *gángster*. El gorila dio media vuelta y tiró su revólver, bramando como un toro, El Santo echó a correr detrás de la aterrorizada niña. Una automática ladró dos veces detrás de él, pero sus disparos no hicieron blanco. La niña chillaba cuando él llegó a su lado, pero El Santo la alzó y la estrechó entre sus brazos.

—Ya pasó, nenita —dijo suavemente—. Ya pasó. Ahora vamos a casa.

Se metió entre los dos coches. Sabía que el automóvil en que había llegado estaba cerrado; si el de Ualino estaba cerrado también, las dificultades río habrían terminado. Tiró de la puerta y suspiró, aliviado; la llave estaba en ella. ¿Qué era lo que había dicho Fernack? «Posee un *sedan* blindado». Morrie Ualino debía haber sido un tipo precavido y Simón sonreía al montar en su coche.

Una descarga cerrada retumbó en las paredes del automóvil, mientras Simón le hacía dar la vuelta, pero aunque las balas astillaron los cristales, éstos no se rompieron. Al salir hacia la carretera, El Santo aminoró la marcha a una pulgada de la ventana.

—¡Adiós, muchachos! —gritó—. ¡Gracias por el paseo! —Y el automóvil salió a la carretera, volando en la obscuridad con un suave zumbido del motor; su bocina lanzaba a los aires los compases burlones de un último adiós.

II

Simón detuvo el automóvil a una manzana de distancia de la Sutton Place y miró la soñolienta carita que tenía a su lado.

—¿Sabes ir desde aquí a tu casa? —le preguntó.

La niña asintió vigorosamente. Sus histéricos sollozos habían cesado hacía tiempo; dentro de unos días ni siquiera se acordaría de aquella noche.

Simón sacó un trozo de papel de su bolsillo e hizo en él un pequeño dibujo. Era la figura de un esqueleto, adornado de un grande halo picarescamente ladeado.

—Dale esto a tu papá —le dijo— y dile que El Santo te trajo a casa. ¿Comprendes? El Santo te devolvió.

Ella volvió a asentir y él arrugó el papel en su diminuto puñito y abrió la puerta. Lo último que vio de ella fue su blanca silueta que trotaba hacia su casa; entonces puso en marcha el motor y siguió adelante. Quince minutos después, se encontraba en el Waldorf Astoria y el *sedan* blindado de Morrie Ualino había sido abandonado seis manzanas más allá.

Valcross, en pijama y bata de casa, dormitaba en el saloncito. Al abrir los ojos, encontró a su lado a El Santo, que sonreía con un poco de cansancio, pero completamente contento.

—Viola Inselheim está en su casa —dijo El Santo—. Di un magnífico paseo.

Estaba limpiando la hoja de su cuchillo con un pañuelo de seda, y Valcross le miró con curiosidad.

—¿Viste a Ualino? —preguntó y Simón Templar asintió.

—Las gentes amigas de la tradición dirían que Morrie duerme con sus padres —dijo suavemente—, pero yo no estoy seguro de que supiera quiénes fueron.

Abrió el escritorio y sacó una tarjeta blanca. En ella había escritos seis nombres. Uno de ellos —el de Jack Irboll— estaba tachado ya. Con su estilográfica trazó una línea sobre los dos que le seguían, y luego, al final de la lista, escribió otro. El de «El Jefe». Vaciló un momento y entonces escribió un octavo nombre, algo separado de los demás, que rodeó de un limpio trazo: Fay Edwards.

—¿Quién es? —preguntó Valcross, que miraba por encima del hombro de El Santo. Simón encendió un cigarrillo y se echó hacia atrás el pelo.

—Eso es lo que quisiera saber. Lo único que puedo decirle es que su revólver me evitó muchos disgustos y causó bastante daño entre sus amigos. Como principio, está

bastante bien, Bill; estoy seguro de que le gustarán las titulares de los periódicos de mañana.

Su profecía acerca de las reacciones de la Prensa por sus hazañas, no habría sido un gran esfuerzo para el cerebro de nadie. A la mañana siguiente, Simón tuvo más oportunidades de leer sobre él mismo de lo que hubiera deseado cualquier ciudadano respetable y modesto.

Pero la modestia no era una de las virtudes de Simón Templar. Mientras desayunaba, leyó una selección de periódicos de Nueva York, y el tenor general de las páginas principales le pareció altamente satisfactorio. Verdad es que el *Times* y el *Herald Tribune*, siguiendo su tradicional política de tratar los seiscientos asesinatos de promedio anual de Nueva York como un lamentable *faux pas* que no tiene lugar en la sobria crónica de la época, relegaban a El Santo a una posición secundaria; pero su alejamiento estaba más que compensado por el entusiasmo del *Mirror* y del *News*. «El Santo rescata a Viola», gritaban en letras de dos pulgadas de alto. «Ualino asesinado. El último paseo del Romeo del hampa. Ualino y Voelsang muertos. El Santo mata a dos y hiere a tres. La matanza de Long Island. El Santo da la batalla a los secuestradores». Había fotografías de la rescatada Viola Inselheim y de su robusto papá, fotografías de la casa donde había sido secuestrada, sangrientas fotografías de los muertos. Había también una fotografía de El Santo; y a Simón le agradó ver que era una buena «foto».

Al final de su desayuno, dejó a un lado el montón de vociferante Prensa y se sirvió una segunda taza de café. Si quedaban aún algunas dudas acerca de su autenticidad, si alguno de los brillantes cerebros de la jefatura de Centre Street, o cualquiera de los deslumbradores intelectos del hampa, había acariciado la esperanza de que El Santo no era más que el producto de la calenturienta mente de un periodista sensacional, esas dudas y esperanzas debían haber sufrido un golpe terrible con la lectura de los periódicos de la mañana. Porque ningún periodista, por muy excitada que tuviera la imaginación, podía haber inventado una historia como aquella, Simón encendió un cigarrillo y miró al techo a través de una cortina de humo, con sus claros y alegres ojos azules, sintiendo en sus venas el antiguo cosquilleo de la aventura. Era magnífico que esas cosas pudieran ocurrir aún en un mundo vulgar y supino, y mejor aún que él fuera el que las corriera. La gris y bondadosa cabeza de William Valcross le hizo señas desde el otro extremo de la habitación.

—Ahora tienes todas las ventajas —decía Valcross—. Es misterioso y mortal. ¿Cuánto tiempo durará esto?

—Es necesario, para que cueste un millón de dólares —dijo ligeramente El Santo.

Se acercó al escritorio, sacó la tarjeta en la que estaban escritos los objetivos principales de su tarea, y se acercó a una de las ventanas abiertas. Era una de esas mañanas de primavera en las que Nueva York es la ciudad más brillante de la Tierra, cuando el aire viene del Atlántico, ligero y vivificante como helado y los blancos pináculos de sus torres suben hacia el cielo, del que ha desaparecido como por

encanto la más pequeña partícula de impureza, Simón se llenó los pulmones de aire fresco y miró hacia abajo, hacia las diminutas partículas del tránsito que se arrastraban por Park Avenue; el distante murmullo de los vehículos subió hasta él como si procediera de otro mundo, y en aquella mañana, El Santo comprendió la crueldad y la magnificencia de la ciudad, y cómo un hombre podía sentarse en la cumbre de aquel Olimpo construido con sus manos y emborracharse con su propio poder... Y entonces se rió suavemente de la belleza de la mañana y de sí mismo, porque en vez de ser un dios, no era más que un bandido que desde lo alto de su nido de ave rapaz contemplaba la ciudad a sus pies, proyectando nuevas hazañas. Pero quizá fuera mejor así.

—¿Quién es el que sigue en la lista? —se preguntó, mirando la tarjeta que tenía en la mano.

Al oeste de la calle Cuarenta y Nueve, más allá de la Séptima Avenida, se discutía el mismo asunto, en la salita posterior de Charley's Place. Era demasiado temprano para los clientes habituales, y el bar tenía un aspecto de olvido y abandono, iluminado débilmente por los rayos del sol que lograban deslizarse a través de las verdes cortinas. Con su chaquetilla blanca y su suave rostro, tan inescrutable como siempre Toni Ollinetti limpiaba el polvo de los tableros de cristal de las mesas sin prestar atención al murmullo de voces que salía de la salita posterior.

La escena que se desarrollaba en ésta era más animada. Las luces estaban encendidas, iluminando la sesión con ese tono peculiar amarillo y frío que tiene la luz eléctrica durante el día. En la mesa había una botella de *whisky* y varios vasos para estimular las decisiones, y el aire estaba lleno de humo de diversas clases y espesores.

—El tipo está chalado —había proclamado más de una vez Heimie Felder.

Llevaba el brazo derecho en cabestrillo, como un anuncio de la especial chaladura de El Santo. Gozaba con el hecho de ser uno de los pocos que habían batallado con El Santo y sobrevivía para contarlo, y era una verdadera lástima que su vocabulario fuera tan poco apropiado para tratar del asunto. Había pensado mucho y muy trabajosamente acerca de los acontecimientos de la noche anterior, pero no había podido avanzar mucho más allá de su juicio primitivo.

—Tendrías que haberle visto —dijo Heimie—. Cuando le llevamos a la otra habitación, en el hotel, iba mohíno y sin decir palabra, como si fuera un ratero vulgar. Le preguntamos «¿Dónde cogió esa “pasta”?» y Pappy le pegó un puñetazo en los hocicos y él se echó adelante y trató de pegar a Pappy, pero iba tan despacio que Pappy podía haberse ido al lado para jugar una mano y volver antes de que le tocara el golpe. Entonces Pappy llamó al juez Nather y éste dice: «Sí, ese tipo me asaltó y me quitó el dinero hace unas dos horas». Y nosotros le llevamos entonces a Morrie Ualino a la casa de Long Island donde tenía la niña; y según parece, El Santo lo sabía también. Pero nadie se preocupó de lo que sabía o no, porque pensábamos que adonde iba a ir no volvería a pasar por la casa, como no fuera en un ataúd. El tipo está chalado. Llega y empieza a burlarse de Morrie y a decirle que parecía una señorita y

ya sabéis lo furioso que eso le ponía a Morrie. Nosotros veíamos que Morrie estaba cada vez más furioso, pero él seguía riéndose y burlándose de él. Os digo que está chalado. Y entonces saca un cuchillo de alguna parte y me corta la muñeca y me hace que le tenga que soltar y entonces, ¡cataplum!, le mete el cuchillo a Morrie en las tripas, rompe la bombilla y mientras le perseguíamos, salta sobre el tejado no sé cómo y salva a la niña. Se ha procurado un «Betsy» de algún modo, mata al centinela, sube al coche de Morrie y se escapa. El tipo está chalado —explicó Heimie, remachando su tema.

Dutch Kuhlmann se sirvió medio vaso de *whisky* y lo vació de un trago. Era un hombre grueso y corpulento de pelo color de lino y ojos de un azul pálido; parecía un afable camarero de una cervecería bávara. Nadie, al mirarle, habría sospechado que antes de la lamentada muerte de la Ley Seca era el hombre que proporcionaba la cerveza a casi todo el sediento Este, reinando en católica soberanía sobre el imperio más grande de la bebida ilegal de toda la historia americana. Nadie habría sospechado que el cerebro que se escondía en aquel cuerpo grueso y pesado había consolidado y mantenido aquella soberanía con la saña implacable de un Atila. Su historial en la jefatura de policía era limpio; para la oposición, sus crímenes eran simplemente accidentes, sin que hubiera en ellos nada que pudiera relacionarlos con Dutch Kuhlmann, más allá de su indudablemente afortunada coincidencia con la ruta de sus ambiciones; pero aquellos que se movían en los oscuros estrados que tocan los puntos más bajos y más altos de la geología de Manhattan, contaban su historia y sus camiones rodaban libremente desde Brooklyn a Nueva Orleans.

—Es una *perdadera* vergüenza —dijo Kuhlmann—. Morrie era un buen chico.

Sacó un gran pañuelo de hilo y, después de secarse dos lágrimas que se le escurrían por sus mejillas, se sonó ruidosamente. La muerte de Ualino había dejado a Dutch Kuhlmann la incuestionable soberanía de la coalición, cuyos destinos eran dirigidos por el jefe, pero no cabía duda acerca de la sinceridad de su pena. Después de haber dado órdenes para que su propio primo y rival en el contrabando de cerveza fuera llevado a dar un paseo sin vuelta, Kuhlmann, según decían, había llorado toda la noche.

Hubo una breve y respetuosa pausa en honor del difunto Morrie. Varios miembros de la banda de Ualino estaban presentes, pero sin la iniciativa o personalidad necesarias para ocupar su lugar, habían ingresado automáticamente en las cohortes del otro jefe. Y entonces Kuhlmann irguió su pesado cuerpo.

—Lo que *quisiega* saber —dijo con impecable lógica— es lo que El Santo saca de *toto* esto.

—A Nather le sacó veinte mil dólares —dijo Papulos—. Probablemente, le pedirá una gratificación a Inselheim por haber salvado a la niña. ¡Ya lo creo que saca!

Los pálidos ojos de Kuhlmann se volvieron lentamente hacia él y bajo su plácido escrutinio, Papulos sintió que algo se le helaba en el interior. Porque, si uno quería mirar las cosas desde cierto punto, Morrie Ualino había muerto solamente porque

Papulos le había entregado a El Santo, con aquel terrible cuchillo que de un modo inexplicable se había escapado a su registro. Y los hombres que le rodeaban, Papulos lo sabía muy bien, tenían sobre aquellas cosas unas ideas muy raras.

Las sutilezas del motivo y accidente era un esfuerzo demasiado grande para sus limitadas mentalidades: sólo se fijaban en los finales. Papulos sabía que andaba sobre llamas, y se echó *whisky* en su vaso y sostuvo la mirada de Kuhlmann con una confianza que estaba muy lejos de sentir.

—Sí, es *ferdat* —dijo Kuhlmann—. Saca mucho dinero... demasiado dinero.

Y en la última frase había una complicada elaboración que no le gustó nada a Papulos.

—Pero eso no es *toto*. Ya *hapéis* oído lo que dice Heimie. Cuando entró en la casa, dijo: «He *fenido* aquí a matarte». Y habla de justicia. —¿A qué *fiene* todo eso?

—El tipo está chiflado —explicó Heimie, malhumorado, como si la incapacidad de comprensión del auditorio empezara a fastidiarle.

Kuhlmann le lanzó una mirada y se encogió de hombros furioso.

—*Der* tipo no está chiflado si ha podido matar a Irboll en pleno tribunal, *und* escapar —estalló—. *Der* tipo no está chalado si ha *podito* en una hora enterarse de dónde tenía Morrie a Viola Inselheim, *und* ha *encontrato* un estúpido que le *llefe* a la casa donde Morrie tiene la niña. *Der* tipo no está chalado si ha *podito* sacar un cuchillo en la habitación, *und* matado a Morrie, *und* luego saca un revólver y mata a Eddie Voelsang, y se *apre* camino fuera de la casa, entre cinco hombres, y con una niña en los *prazos*.

Hubo un coro de lisonjera aprobación y Heimie Felder murmuró, malhumorado:

—Yo le oí hablar —protestó—. El tipo está...

—¡Chalado! —bromeó un oyente burlón, y el grueso puño de Kuhlmann se aplastó contra la mesa, haciendo bailar los vasos.

—¡No es tiempo de bromas! —rugió—. ¡Vosotros sois los que estáis chiflados... todos! En un *tía*, El Santo ha matado a Irboll, a Morrie y a Eddie Voelsang y se ha llevado *feinte* mil dólares nuestros. ¿Y *fosotros*, estúpidos, empezáis a discutir que si está chalado o no, cuando lo que *deperíais* pensar es a quién piensa matar ahora?

Sus palabras provocaron una larga pausa; el silencio estaba cuajado de todo el terror de lo desconocido. Y en medio de aquel silencio alguien llamó a la puerta.

—¡Entre! —gritó Kuhlmann cogiendo la botella.

La puerta se abrió y apareció en ella la cara del guardián que estaba apostado en la mirilla de la puerta de entrada. Su rostro estaba lívido y la mano que tendía un pedazo de cartón temblaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Kuhlmann, con tono irritadísimo.

El hombre le tendió la tarjeta.

—Hace un minuto sonó el timbre —balbuceó—. Abrí la mirilla y vi una mano que me tendía esto. Lo cogí, y mientras lo miraba, la mano desapareció. Cuando vi lo

que era, abrí la puerta, pero no pude ver ya nada. Creo que debe ver lo que me dio, Dutch.

Había un gemido de súplica en la voz del portero; pero Kuhlmann se repuso en seguida.

Estaba mirando la tarjeta con sus pálidos ojos azules. En ella había una figurita toscamente dibujada, coronada de un halo simbólico, y debajo de ella estaba escrita la respuesta directa a la pregunta que él había hecho: «Dutch Kuhlmann es el siguiente».

III

Volvió su cara hacia el portero; sólo él observador más agudo habría podido descubrir en ella un cambio en su fría placidez. Tiró la tarjeta en la mesa para que la vieran los demás, y sacó un cigarro del bolsillo de su chaleco. Mordió la punta y la escupió en el suelo, sin cambiar la dirección de su mirada.

—Ven aquí, Joe —dijo casi afectuosamente; y el hombre dio un inquieto paso hacia delante—. Has sido un *puen* muchacho, Joe.

El portero se humedeció los labios con la lengua y sonrió tímidamente; Kuhlmann encendió una cerilla.

—Tú fuiste el que *tejó* entrar anoche a El Santo, ¿*ferdad*?

—Ya verá, Dutch, fue así: El tipo toca el timbre y pregunta por Fay, y yo le digo que Fay no ha llegado aún, pero que puede esperarla si quiere...

—*Und* entonces le dejas entrar, ¿*ferdad*?

—Ya verá, Dutch, fue así: El tipo dice que quizá podría beber algo mientras espera y a mi me pareció bien, y como cualquiera podía ver que no era de la «poli» y yo no estaba pensando en El Santo...

—¿En qué *estapas* pensando, Joe? —preguntó amablemente Kuhlmann.

El portero movió los pies.

—Pues verá, Dutch: yo pensé que aquel tipo quizá fuera un primo que andaba detrás de Fay. Yo no hago más que estar en la puerta viendo quién entra y quién sale, y no sé lo que pasa adentro. Así que pensé que había bastantes muchachos dentro y que aquel tipo no podía hacer daño aunque se pusiera bruto, y si era alguno que tenía dinero no les habría parecido bien que le dejara en la puerta y...

—Y por eso le dejaste entrar, ¿eh?

—Sí, lo dejé entrar. Verá...

—*Und* por eso le dejaste entrar, aunque te hemos dicho siempre que *natie* puede entrar aquí si tú no le conoces o si no *fiene* acompañado de dos de los muchachos. ¿No es *ferdad*?

—Ya verá, Dutch...

Kuhlmann chupó su cigarro hasta que la punta se convirtió en un sólido círculo rojo.

—¿Cuánto te dio, Joe? —preguntó jovialmente, como si se tratara de una broma.

El hombre se atragantó. Su boca estaba entreabierta y una terrible y repentina comprensión dilató sus pupilas al mirar la enorme montaña de grasa que había en la silla.

—¡Eso es mentira! —chilló—. ¡No pueden echarme así la culpa! No me dio nada... Nunca le había visto...

—Ven aquí, Joe —dijo tranquilizadamente Kuhlmann.

Estiró el brazo y agarró la muñeca del portero, acercándole a la silla como pudiera hacerlo un anciano tío con un colegial travieso. Su mano derecha se movió repentinamente, y el portero se estremeció y ahogó un aullido, mientras la roja punta del cigarro de Kuhlmann se le hundía en la mejilla.

Nadie se movió. Kuhlmann soltó al hombre y se echó a reír, limpiándose unas motas de ceniza que habían caído en su chaqueta. Luego inspeccionó su cigarro, encendió una cerilla y procedió a prenderle de nuevo.

—Eres un *puen* muchacho, Joe —dijo cariñosamente—. *Fete* afuera y espera hasta que mande a *puscarte*.

El hombre se acercó lentamente a la puerta con una mano en su abrasada mejilla. En sus ojos había un mudo horror, pero no dijo nada. Los otros tampoco miraron, como si se hallaran en otro mundo, a miles de millas de distancia. La puerta se cerró tras él, y Kuhlmann paseó su mirada sobre los demás.

—Me temo que vamos a perder a Joe —dijo, y su garganta se oprimió con sincera pena al darse cuenta por primera vez de lo que significaban sus palabras.

Papulos empuñó nerviosamente su vaso. Sus dedos temblaban y el líquido ambarino se escurrió por el borde del vaso y se deslizó entre sus dedos. Luego miró a Kuhlmann, dándose cuenta del poco espacio que le separaba del portero.

—Un momento, Dutch —dijo abruptamente. Todos los ojos de la habitación se volvieron repentinamente a él y bajo su frío escrutinio hizo un esfuerzo por afirmar su voz—. No sirve de nada tratar así a un chico porque haya cometido una falta. Si hubiera tratado de traicionarnos, sería diferente, pero sabemos que es verdad lo que dice. ¡Qué diablos! Cualquiera puede escurrirse y...

Papulos comprendió que había cometido un error. La borrosa mirada azul de Kuhlmann se volvió hacia él, introspectivamente.

—¿Qué importa que nos traicionara o que cometiera una falta? —preguntó otro miembro de la conferencia, a la izquierda de Papulos—. El resultado es el mismo. Hizo una buena. Y no podemos consentir que un tipo se quede tan tranquilo después de lo que ha hecho. No podemos confiar en él.

Papulos no miró a su alrededor. Kuhlmann tampoco lo hizo, pero éste asintió lentamente, pensativo, mirando todo el tiempo a Papulos. Un pensamiento que Papulos había luchado frenéticamente por borrar empezaba a germinar en su lento y

metódico cerebro teutón; Papulos podía ver sus avances, tan inexorables como los de una inundación y aquello le producía un extraño frío en el estómago. Él mismo había atraído la atención sobre su persona, pero sabía que aun sin su intervención no le habrían dejado olvidado.

Alzó su vaso, tratando de dominar su mano. Unas gotas de *whisky* cayeron sobre la mesa, formando un brillante charquito, que su mente envenenada por el miedo tiñó imaginariamente de rojo, como si fuera una gota de su propia sangre.

—Es *ferdad* —decía Kuhlmann deliberadamente—. Pappy, usted *tampién* es un *puen* muchacho. ¿Por qué mandó a El Santo directamente a Morrie?

Papulos contuvo el aliento. Con un rápido movimiento se echó al colete la fuerte bebida, mientras las suaves palabras del otro penetraban en su cerebro como una ráfaga de balas.

—¿Por qué mandó a El Santo directamente a Morrie?

¿Por qué si le *hapían* registrado nadie le encontró el cuchillo y el *refólfer* que tenía *mit él*?

—¡Está loco! —estalló roncamente Papulos—. Claro que le envié a Morrie... Sabía que Morrie quería verle. No tenía ni revólver ni cuchillo cuando yo le dejé. Heimie se lo dijo. Heimie le había registrado...

Felder se puso en pie de un salto.

—¡Cómo es...!

—¡Siéntate! —chilló Papulos. Por un instante, vio ante él una esperanza y su voz subió de tono—. No digo nada de ti. Le decía a Dutch que estaba loco. Después querrá echarte la culpa a ti. Y ¿quién sabe si se detendrá ahí? A lo mejor, empieza a decir que los que estuvieron cerca de El Santo son unos traidores, y...

Pero al llegar allí se detuvo de repente y se sentó con la boca entreabierta, sin decir nada más.

Ante él tenía la negra boca del cañón del revólver de Dutch Kuhlmann, que lo apuntaba a través de la mesa, y el calor del *whisky* se le evaporó, dejándole un peso frío en el estómago.

—*Hapla* demasiado, Pappy —dijo Kuhlmann amistosamente—. Menos mal que no siente ni la *mitat* de lo que dice.

El otro trató de sonreír.

—No me juzgue mal, Dutch —rogó débilmente—. Lo que quería decir es que si hay que matar a alguien, ¿por qué no matar a El Santo?

—Tiene razón —aprobó Heimie Felder—. ¿Por qué no se le ha ocurrido antes? Yo mismo lo haría.

Dutch Kuhlmann sonrió, pero sin mover el revólver.

—Es *ferdad* —dijo—. Mataremos a *der* Santo y no consentiremos que nadie *fuelfa* a cometer errores. Es un *puen* muchacho, Pappy. Salga afuera y espérenos. Tenemos que hablar de *necosios*.

El corazón del griego cesó de latir. Suspiró cansadamente, comprendiendo que era una futilidad el seguir argumentando. Muchas veces había oído a Kuhlmann pronunciar su sentencia de muerte con esas mismas palabras, sonriendo blanda y amablemente mientras hablaba: «Eres un *puen* muchacho. Sal afuera y espéranos...».

Se puso en pie, tratando de asumir, con un débil esfuerzo, la estoica ligereza que todos esperaban de él.

—Sí, Dutch —dijo—. Hasta la vista.

Cuando salió de la habitación, reinaba en ella el más profundo silencio. Al cerrar tras él la puerta, dejó de fingir aplomo. Simón Templar no habría podido reconocer en él al matón vivo y autoritario que había conocido escasamente doce horas antes.

El portero sentado en uno de los extremos de la habitación, volvía las páginas de una revista, y al entrar Papulos alzó los ojos asustado, pero el griego le ignoró. Aunque también se hallaba condenado a muerte y probablemente moriría en el mismo día un crudo orgullo le mantenía alejado. Se acercó al bar, dio un golpe en el mostrador y Toni acudió a su llamada, con la misma cara inexpresiva de siempre.

—Brandy —dijo Papulos.

Toni le sirvió, sin decir palabra, sin dirigirle siquiera una mirada inquisitiva. Fuera de la habitación de donde Papulos había salido, nadie sabía una palabra. Nadie podía decir lo que Toni sabía o adivinaba. Pero no dijo nada y dio media vuelta después de servirle al griego.

En el estómago de éste había un frío vacío que dos vasos de coñac no podían llenar. Mientras bebía, se consideraba ya hombre muerto, pues sabía que no había tribunal de apelación del hampa capaz de proporcionarle una probabilidad de escapar. Sabía que dentro de unas pocas horas, la muerte reclamaría su presa como si ésta estuviera inscrita en el libro del Destino diez mil años antes. Que no había nadie capaz de unirse a él para desafiar a Kuhlmann, nadie capaz de ayudarlo o salvarlo de la venganza de los *gangsters*...

Y de repente una loca idea iluminó la cámara oscura de su cerebro.

En su mente vio el rostro de un hombre. Una cara bronceada de desdeñosos ojos azules... La cara musculosa y delgada de un hombre que no temía a la venganza de una legión de *gangsters*. Un hombre que se llamaba El Santo...

En aquel instante, Papulos se dio cuenta de que había un hombre que podía hacer por él lo que no podía hacer la policía de Nueva York; que podía interponerse entre él y la inminente muerte que desde hacía algunos momentos le amenazaba.

Vació el Vaso sin decir palabra y lo llenó de nuevo. Por primera vez su estómago sintió el calor del alcohol puro. El portero no sabía nada; Toni Ollinetti no sabía nada, no podía saber nada. Si Kuhlmann salía y veía que se había ido, ordenaría a la banda que siguiera sus huellas como perros de caza, e inevitablemente le encontrarían aunque huyera al otro extremo de la tierra; pero quizá no fuera demasiado tarde.

Papulos dejó un billete en el mostrador y dio media vuelta sin esperar el cambio. Sus movimientos eran los de un autómatas, los de un ser que marcha en ciega rebelión

contra la muerte.

—Hasta la vista —dijo, moviendo descuidadamente una mano, y Toni sonrió sin expresión alguna.

El portero, condenado a muerte como él, alzó la vista al verle salir, con un rayo de desesperación en sus estúpidos ojos. Papulos comprendía lo que el otro sentía, el mudo resentimiento de un hombre condenado que ve salir a otro hacia la dulce libertad de la vida, pero el griego pasó a su lado sin dirigirle siquiera una mirada.

La brillante mañana hirió sus sentidos como un intolerable recordatorio de la breve belleza de la vida, haciéndole apresurar el paso al salir a la calle. Sus movimientos tenían la fuerza desesperada de un hombre que se ahoga. Si un ejército le hubiera interceptado el paso, habría sacado su revólver y se habría abierto camino a través de él.

Su coche estaba junto a la acera. Saltó a él y pisó el acelerador. Antes de que el motor se hubiera puesto en marcha, oprimía el acelerador para apresurar su huida de la muerte que le aguardaba en Charley's Place. No tenía ningún plan. No tenía ni la menor idea de dónde podría encontrar a El Santo cuando la policía de la ciudad había fracasado en su empresa. No sabía nada más sino que El Santo era la única esperanza y que la inacción de la espera le había vuelto loco. Si tenía que morir, prefería morir luchando en lugar de esperar su extinción como una rata caída en una trampa. Miró por el espejo al dar la vuelta y vio que nadie lo seguía.

Pero vio algo más.

Vio una mano que salía de la parte posterior del automóvil, una mano delgada y morena que se asió al respaldo del asiento de al lado e izó a un hombre detrás de ella. Su corazón se le subió a la garganta, y el coche zigzagueó locamente bajo sus temblorosas manos. Entonces vio la cara del hombre, y los latidos de su corazón se aceleraron furiosamente.

El hombre se deslizó diestramente a su lado y procedió con calma a buscar un encendedor para su cigarrillo.

—¡Hola, Pappy! —dijo El Santo.

CAPITULO V

De cómo desapareció míster Papulos y Heimie Felder sufrió más contratiempos

I

Papulos afirmó torpemente sus manos sobre el volante y pasó el coche ante los ojos indignados de un policía de tránsito. El martillo que golpeaba locamente sus costillas se había convertido en un pesado y rítmico latido.

—Me alegro de verle —dijo con una voz extrañamente ahogada—. Iba en su busca.

Con el cigarrillo encendido en la mano, Simón dio media vuelta y le miró.

—¿De veras, Pappy? —murmuró amablemente—. ¡Qué coincidencia! Por lo visto, somos un par de almas gemelas, con los mismos gustos y los mismos deseos. Cuénteme otro cuento de miedo, hermano... me gustan.

Papulos se atragantó. La aparición casi milagrosa de El Santo no le había dejado tiempo para pensar un posible plan de acercamiento a él; y por primera vez desde que había salido de Charley's Place y se había lanzado en su loca búsqueda, se daba cuenta de los insuperables obstáculos que habría tenido que vencer antes de encontrar su presa. Pero, sin que la invitara y sin preguntas, su presa había ido amablemente a su encuentro, y Papulos experimentaba esa especie de parálisis casi frenética, que se habría apoderado del ardiente cazador que se hubiera encontrado en su camino con una zorra que le aguardaba paciente, meneando expectante la cola. Pero en este caso, la presa era mucho mayor, mucho más astuta y peligrosa que una zorra; en sus ojos de acero azul había un brillo burlón y mortal, y bajo la mirada clara y desdeñosa de aquellos ojos, míster Papulos recordó que la última vez que había visto a la susodicha presa, él, míster Papulos, había cometido el imperdonable error de darle un puñetazo en los morros. Las perspectivas de establecer una rápida y fraternal «entente» le parecieron un poco menos brillantes de lo que creyó en un principio, en su entusiasmo inicial.

—Sí... Andaba buscándole —repitió roncamente—. Creí que los dos podíamos hablar un rato.

—Por lo visto, tenía mucha prisa por darle a la lengua —dijo Simón—. Por poco se lleva la parte trasera del ómnibus al ponerse en marcha. ¿De qué se trata?

—Si quiere saber de qué se trata —dijo el griego con voz ahogada—, se lo diré. De una bala, o mejor dicho, de una bandada entera de balas.

—¿Bandada? —preguntó Simón sin el menor síntoma de interés—; ¿por qué usa esos términos tan extraños?

Papulos tragó saliva.

—No hablo en broma —exclamó desesperadamente—. Me han marcado... por culpa suya. Yo le envié a Morrie con el cuchillo, y ellos ahora dicen que los traicioné. Tiene que escucharme, Santo, ¡estoy en un apuro!

El Santo alzó las cejas.

—¿Así que se imagina que si usted vuelve y les lleva mi cabeza en un estuche de terciopelo, le perdonarán, eh? —dijo lentamente—. Bien, bien, Pappy. No digo que no sea una buena idea, pero yo tengo una especie de ambición mórbida de ser enterrado en una pieza...

—¡Le digo que no estoy para bromas! —rogó angustiado Papulos—. Tengo que hablarle. Le hablo en serio. Podemos hacer un pacto...

—¿Cuánto crédito espera conseguir con aquel puñetazo de anoche? —preguntó El Santo.

Papulos volvió a tragar saliva con gran dificultad. Sus ojos, que miraban mecánicamente el camino, estaban enrojecidos y frenéticos.

—¡En nombre de Dios! —gimió—. Le hablo en serio. Quiero que hagamos un pacto...

—¿No querrá decir que busca un refugio?

—Sí... si eso le gusta más.

El Santo entornó los ojos. Su sonrisa era tremendamente escéptica.

—Me parece que va a ser muy divertido —murmuró—. ¿Cómo se juega a eso?

—Como le guste. ¡Le hablo en serio, Santo! No le traicionaría. Le digo la verdad. La banda anda detrás de mí. Me han fichado... y usted es el único que puede sacarme de apuros... Sí, anoche le pegué un puñetazo, pero aquello era distinto. ¡Puede pegarme otro a mí cuando quiera... veinte puñetazos! No le detendría. Pero ¡qué diablos!, usted no querrá que maten a un hombre simplemente porque le pegó un puñetazo...

Simón reflexionó amablemente, pero bajo su benigno exterior se veía bien claro que miraba al griego con desconfianza y disgusto.

—No lo sé, Pappy —dijo reflexivo—. Muchos tipos han muerto por algo menos...

—Estaba nervioso, Santo. Eso no quiere decir nada. Usted habría hecho lo mismo. Mire, yo podría ayudarle mucho si olvidara lo de anoche y me ayudara.

—¿A cambio de qué? —preguntó El Santo, y su voz era menos tranquilizadora que antes.

Papulos se humedeció los labios.

—Puedo decirle muchas cosas, Santo; no soy el único que anda metido en esto. Ya sé que me estaba esperando para darme un paseo cuando saliera, pero...

Por primera vez en su entrevista, El Santo se echó a reír. Pero su risa no tranquilizó a Papulos.

—Se alaba a sí mismo, Pappy —dijo—. No se crea que es tan importante. Cuando nos encontramos con una cosa como usted en el Camino la pisamos, pero no vamos derechamente a su encuentro. Creía que el automóvil era de Dutch. Pero ya que está, Pappy, creo que tendré que conformarme con usted. Después de todo, como acaba de recordarme amablemente, quizá tengamos una o dos cuentas que saldar...

—Usted busca a Dutch, ¿no es verdad? Pues bien, yo puedo ayudarle a cazar a Dutch. Puedo decirle lo que hace, adonde va y cómo le protegen. Puedo ayudarle a cazar a toda la banda, si le parece. ¡Escuche, Santo, tiene que dejarme hablar!

Simón sonrió amablemente. Su rostro era tolerante y cariñoso, pero Papulos no lo veía. Papulos no veía más que el frío acero azul de sus ojos y una visión de cómo habían muerto Irboll, Ualino y Voelsang. Papulos sentía toda la dureza que ocultaba aquella voz y comprendía que tenía aún que convencer a El Santo de su terrible sinceridad.

El santo le miró a través de una cortina de humo, y su mano izquierda no se movió del bolsillo de su chaqueta, en donde descansaba desde el comienzo de la entrevista.

Una carrera difícil y peligrosa había logrado endurecer la tierna confianza con que los ojos azules de Simón Templar miraban al principio la luz del día. Tristemente, se veía obligado a admitir que las grandes desilusiones de la vida habían impreso en él sus huellas. La fe humana tiene sus límites; y un hombre que en su época se había sentido herido en lo más íntimo de su ser por las amargas verdades acerca de las hadas y los Reyes Magos, no puede ser censurado si un cierto cinismo, una cierta desconfianza, empiezan a empañar la virginal frescura de su inocencia, años más tarde. Simón había visto antes a Papulos y lo había juzgado. Pero no creía que Papulos fuera un hombre capaz de traicionar el tradicional código de su clase por miedo a la muerte.

Empero, olvidaba que la mayoría de los hombres viven asustados de la muerte, llenos de espanto ante ese negro olvido que les arrancará sus codicias y sus placeres en un torturador y breve instante. Se olvidaba de que los hombres como Papulos, capaces de luchar sus batallas de *gangsters* como unos locos, se convertían en espantados cobardes ante la amenaza de la muerte a sangre fría... Pero ni el terrible pánico que brillaba en los ojos del griego le convenció.

—No le mentiría —tartamudeaba roncamente Papulos—. Se lo digo de veras. No tengo nada que ganar usted no me ha prometido hasta ahora absolutamente nada. Tiene que creerme.

—¿Por qué? —preguntó implacable El Santo.

Papulos cruzó la Columbus Circle y se encaminó ciegamente hacia el Este. Su rostro huraño estaba lleno de desesperación.

—¿Cree que esto es una trampa... o piensa que le digo la verdad?

—Sí —dijo El Santo— y no.

—¿Qué quiere decir?

—Sí, hermano —dijo explícitamente El Santo—, creo que me dice la verdad... A propósito, Pappy, ¿a qué cementerio se dirige? Nos evitará muchas molestias esclarecer el asunto cerca de él. Claro está que puede escoger, pero yo siempre pensé que el Cementerio de las Puertas del Cielo, el Walhalla de Nueva York, era el mejor en su clase.

Papulos miró los implacables ojos azules y se sintió más cerca de la muerte que nunca.

—Tiene que escucharme —dijo, casi en un susurro—. Hablaré primero y usted decidirá después si digo la verdad o no. Deme una oportunidad, Santo. Le estoy contando la verdad.

Simón se encogió de hombros.

—Hay tiempo de sobra entre esto y Walhalla —señaló afablemente—. Empiece.

Papulos aspiró profundamente un aire que no parecía llenar el vacío de sus pulmones. El sudor le caía por la cara como el gotear de un témpano que se derrite y su lengua era incapaz de pronunciar bien una palabra.

—Es en serio —decía—. El secuestro de la niña fue un accidente. Eso ya no es un negocio, es demasiado arriesgado y además no hace ya falta. El negocio de ahora es la protección, ¿sabe? Le decimos a un tipo como Inselheim: «O nos paga tanto dinero, o su hija lo pasará mal». Inselheim cumplió bien hasta el último plazo. Entonces dijo que no pagaría más; así que tuvimos que echar mano de la niña. No le hizo ningún favor con devolvérsela.

—No me diga —dijo ligeramente El Santo; pero su voz era dura y fría.

Papulos siguió hablando. Le había costado mucho tiempo conseguir que le escucharan; ahora, sus palabras fluían como un dique desbordado. Dentro de unos cuantos minutos, quizá fuera demasiado tarde.

—No le hizo ningún favor. Inselheim tiene a su hija, pero de todos modos sigue teniendo que pagar. No volveremos a raptarla. La próxima vez, se la liquida. Esta mañana lo primero que hicimos fue telefonarle: «Páguenos ese dinero o esta vez no dejaremos viva a su hija para que la rescate El Santo». Aunque sea un tipo como usted no puede devolver una niña a su padre, cuando esté muerta.

—Muy interesante —observó El Santo— por no decir sanguinario. Pero de todos modos, sigo sin comprender como esa historia, Pappy, va a salvarle de las Puertas del Cielo. Tiene que hablar mucho más aprisa que todo eso si quiere que caigamos uno en brazos del otro y olvidemos el pasado.

Las manos del griego, apretaron el volante.

—¡Le diré todo lo que quiera saber! —gritó—. Pregúnteme lo que quiera... se lo diré. Deme una oportunidad...

—Solamente una cosa puede decirme que valga la pena de conservar la vida de un ejemplar tan asqueroso como usted —dijo fríamente El Santo—. Y ésa es... ¿Quién es el jefe?

Papulos se le quedó mirando con la cara lívida como el papel.

—No me puede pedir que le diga... /

—¿De veras?

—¡Es imposible! Se lo diría si pudiera... pero no puedo. Nadie en la banda puede decírselo, excepto el mismo jefe. Ualino no lo sabía Kuhlmann no lo sabe. Sólo hay un medio de hablar con él; por teléfono. Y sólo uno de nosotros sabe el número.

Simón lanzó la última bocanada de humo de su cigarrillo y lo tiró por la ventanilla.

—Sería una verdadera desgracia que usted no sea ese uno, Pappy —dijo compasivamente; y Papulos al oír la implacable tranquilidad de su voz, se hundió aún más en su asiento.

—¡Pero si no puedo decir quién es, Santo. Es la verdad. Espere un minuto... tiene que dejarme hablar...!

Su voz se alzó repentinamente en un agudo chillido, un chillido tan horroroso que le hizo volver la cabeza a El Santo, mientras sus ojos se entornaban, vivos y alerta como un cuchillo.

Y en la fracción de un segundo vio lo que había visto Papulos.

Un auto se había puesto a su lado, hacia la parte exterior, un grande y poderoso *sedan* que se había deslizado a su lado sin que ellos se dieran cuenta, colocándose en la posición apetecida con mortal habilidad. En él había tres hombres. Las ventanillas estaban abiertas y por ellas asomaban los brillantes cañones de dos fusiles ametralladores. Simón se dio cuenta de la escena en menos de un segundo y se tiró en seguida al suelo del coche. Un instante después el crepitar de los fusiles retemblaba en sus oídos, y el acero rugía a su alrededor en una tempestad de muerte.

II

La ventanilla de su derecha saltó en mil pedazos y los fragmentos del cristal cayeron sobre él; pero estaba ileso. Se daba cuenta de que el auto estaba describiendo unos locos zigzags; y un momento después sintió un terrible impacto que le lanzó convertido en un montón dolorido, junto al guardabarro, con la cabeza zumbando como si un enjambre de malignos mosquitos se hallaran presos dentro de su cráneo. Y luego, reinó el silencio.

Pasaron unos segundos antes de que otros sonidos llegaran a sus oídos, al pasarse su aturdimiento. Oyó el zumbido de un tráfico invisible, el chillido de unos neumáticos, el silbido de un pito de un policía y el grito de una mujer. Tardó un segundo o dos en darse cuenta de la razón fundamental de aquella extraña impresión de silencio: el ensordecedor rugido de las ametralladoras había cesado. Era algo así como si una tormenta tropical hubiera cogido en su centro un pequeño barquito, lo hubiera destrozado y hubiera seguido adelante.

El Santo se irguió. El auto se inclinaba hacia la derecha y su parte delantera estaba inexplicablemente mezclada con una farola. Junto a él empezaba a formarse un grupo de gente; y la mujer que había gritado antes gritó de nuevo al verle moverse. El auto que les había atacado se había desvanecido tan repentinamente como apareciera.

Buscó a Papulos. Después de aquel chillido agudo y repentino, el griego no había vuelto a hacer el menor ruido. Un momento después, Simón comprendía por qué no había gritado. La descarga había pillado de lleno al griego en la mitad del cuerpo y lo había lanzado hacia atrás con los brazos abiertos, pero se veía bien claro que antes de caer estaba ya muerto, Y Simón aturdido le miró un instante en silencio.

—Me equivoqué, muchacho —dijo suavemente—. Quizá anduvieran detrás de ti.

Pero no había tiempo para presentar más excusas al fallecido. A lo lejos, Simón podía divisar una figura vestida de azul que se acercaba al auto, tocando su silbato mientras corría; y el grupo iba aumentando. Se encontraban en la Calle 57, cerca de la esquina de la Quinta Avenida y en las cercanías había material más que suficiente para formar un auditorio mayor de lo que Simón hubiera deseado. Una rápida huida de aquellas regiones le pareció uno de las necesidades más urgentes del momento.

Se aproximó a la portezuela más cercana y saltó afuera. El grupo vaciló: la mayoría de las personas que le componían habían leído los periódicos lo suficiente para comprender que interponerse en el camino de un pistolero que huye es un pasatiempo que no suelen recomendar las Compañías aseguradoras de la vida, y El Santo había metido una mano en el bolsillo de su chaqueta con la esperanza de hacérselo recordar. El gesto produjo el efecto deseado. El grupo se deshizo ante él; Simón echó a correr y llegó a la esquina de la Quinta Avenida sin que nadie intentara seguirle.

Un taxi cruzaba ante él, y El Santo saltó al estribo y abrió la portezuela antes de que el chófer pudiera acelerar la marcha. Un segundo después, el cristal de detrás se descorría y el inequívoco y frío círculo del cañón de un revólver oprimía suavemente el cuello del chófer.

—Siga adelante, Sebastián —aconsejó fríamente El Santo, leyendo el nombre del chófer en la licencia del auto—, y no le pasará nada.

El chófer siguió adelante. Llevaba mucho tiempo conduciendo taxis en Nueva York, y sabía cómo había de tomar esa clase de cosas.

—¿Adónde nos dirigimos, amigo? —preguntó estólidamente.

—A la Gran Central —ordenó Simón—. Y no se preocupe por las señales.

Torcieron a la derecha hacia la Calle 50 ante las mismas narices de una enorme *limousine*; y el chófer volvió a medias la cabeza.

—Usted es El Santo, ¿no es verdad, amigo? —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Simón con desconfianza.

—Me pareció reconocerle —dijo el chófer con satisfacción—. He visto sus «fotos» en el periódico.

Simón afirmó aún más su revólver.

—¿Y qué hay con eso? —inquirió ligeramente.

—Nada. Me gusta conocerle, eso es todo. ¡Menuda faena hizo anoche en Long Island!

El Santo sonrió.

—Debíamos habernos conocido antes, Sebastián —murmuró.

El chófer asintió.

—Claro; yo he leído mucho acerca de usted. Me gustó lo que hizo. Llevo mucho tiempo esperando que le hicieran eso a Morrie Ualino, desde que tuve que pagarle protección hace tres años, cuando tenía el negocio de los taxis. Diga, ¿qué le pasó ahora? ¿Algún tipo que quería liquidarle?

—Quería.

El chófer meneó la cabeza.

—No sé adónde va a parar esta ciudad —confesó—. ¿No está herido?

—No como ellos esperaban —dijo el Santo.

Miró los vehículos que les seguían. El chófer se había excedido. Después de las primeras manzanas de loca velocidad, había empezado a conducir de un modo menos notable sin perder por eso nada de su habilidad en doblar esquinas y esquivar obstáculos. Sus perseguidores, si es que los había, se habían quedado atrás; el chófer parecía tener un especial arte para las huidas y conducía impecablemente, sin dejar un solo instante el fácil hilo de su locuacidad.

Al llegar al último trozo de la Lexington Avenue, dijo:

—¿Prefiere bajar aquí o en la calle Cuarenta y Dos?

—Aquí está bien —dijo el Santo—. Y gracias.

—Bienvenido —dijo amablemente el chófer—. No me molestaría trabajar con un tipo como usted. Cuando le haga falta un tipo de mi clase, llámeme a Columbus nueve-cuatro-siete-ocho-nueve. Como allí todos los días a eso de las dos.

El Santo abrió la portezuela y metió un billete de veinte dólares en el cuello del chófer.

—Quizá le llame algún día —dijo—. Adiós, amigo.

Como no quería arriesgarse, se escabulló durante algún tiempo por el «metro», se detuvo luego en un lavabo para reparar los desperfectos que el accidente había causado en su persona y finalmente salió a la calle en Park Avenue, su corto y expuesto camino hasta el Waldorf. Otra vez ponía a prueba su teoría de que un bandido audaz puede pasar inadvertido en una gran ciudad. En el campo habría sido un extraño a quien todo el mundo habría observado y discutido; pero una gran ciudad está llena de extraños y casi todo el mundo anda ocupado. Ninguno de los hombres y mujeres que pasaron junto a él, en auto o a pie, parecían sentir el menor interés por una persona que la policía de la ciudad y todos los *gangsters* estaban buscando tan afanosamente.

Valcross llegó al hotel a la hora de la comida. Simón estaba en el saloncito, leyendo tranquilamente los periódicos; alzó los ojos y al ver al anciano sonrió.

—No me esperaba tan temprano... ¿no es eso lo que quiere decirme?

—Más o menos —admitió Valcross—. ¿Qué pasa?

Simón se incorporó en su asiento.

—Nada —dijo encendiendo un cigarrillo— y al mismo tiempo, todo. Un cierto míster Papulos de quien ha oído hablar, ha sido asesinado; pero en realidad no estaba en su lista. Míster Kuhlmann, siento mucho decírselo, sigue aún en libertad.

Y le contó la historia en unas cuantas palabras.

—En conjunto una equivocación muy desgraciada —concluyó—. De todos modos, en estrecha colaboración con ese tipo que lleva una guadaña y tiene un gusto tan extraordinario para elegir comisiones, podemos rectificar nuestra omisión.

Valcross alzó débilmente las cejas.

—Te estás exponiendo mucho, Simón. No dejes que ese, eh... tipo que lleva la guadaña la mueva hacia otro lado.

—Si lo hace —dijo Simón gravemente—, me agacharé. Luego, con razones sobrias y contundentes trataré de probarle el error de su proceder. Entonces, él se echará a llorar y me pedirá que le perdone y los dos emprenderemos el camino juntos.

—¿Qué camino?

Simón frunció el ceño.

—¿Para qué hablar de ello? —protestó—. Pero se me ocurre, Bill, que de aquí en adelante tendremos que poner un poco más de cuidado al eliminar los restantes nombres de la lista; si todos desaparecen como el pobre Pappy no habrá ninguno que pueda llevarnos hasta el jefe, y ese es un tipo que me gustaría conocer. Pero si Papulos decía la verdad, quizá pueda averiguar algo en las futuras tribulaciones de míster Inselheim; y por eso es por lo que volví a casa.

Valcross le tendió un vaso lleno.

—¿Es esto lo que necesitabas? —preguntó humorísticamente.

El Santo sonrió.

—En parte sí, Bill. Pero mis necesidades son mayores. Según me dijo, los gastos de este asunto corrían de su cuenta.

El otro le miró un momento y luego sacó un libro de cheques y una estilográfica.

—¿Cuánto necesitas?

—Dinero, no. Un auto. Un auto oscuro y vulgar, que sea rápido. Un *roadster* de segunda mano, en buen estado, sirve para el caso. Pero mejor será que salga cuanto antes a comprarlo, por la razón que antes le mencioné: los acontecimientos pueden precipitarse bastante en el «Château Inselheim» y me gustaría estar allí.

Todavía no había formado un plan definitivo; pero la penúltima revelación del difunto míster Papulos se había impreso profundamente en su memoria y siguió pensando en ella toda la tarde, hasta que el día se convirtió en noche y Nueva York se puso sus joyas eléctricas y volvió a la vida.

La única decisión que había tomado era la de que si algo iba a pasar en las próximas veinticuatro horas, lo más probable era que pasara de noche; y era ya noche

cerrada cuando salió a la calle en el obscuro y rápido *roadster* que le había comprado Valcross. Los trabajadores habían vuelto ya a su hogar, pero el hampa, para quien el crepúsculo es la aurora, salía entonces de sus agujeros, y si míster Ezequiel Inselheim y su progenie eran aún su objetivo, lo más probable era que no perdieran el tiempo.

Era una noche templada y perfumada; la luna lanzaba sus blancos rayos sobre una ciudad insensible a su belleza. Soplabla una fresca brisa del lado del Hudson, refrescando las moles de granito de la gran metrópoli. Allá en Brooklyn, un tal míster Theodore Bungstatter, se sintió tan conmovido por el encanto de la noche que le pidió a su cocinera que se casara con él, y casi se desmayó el ver que le aceptaban; y El Santo cruzó con su auto los iluminados cañones de Nueva York, con la sublime fe de que aquella noche no iba a resultar menos divertida que la anterior.

En realidad, la expedición no comenzaba tan a ciegas como hubiera podido parecer. Los informes que le había dado el difunto míster Papulos le habían sugerido ciertas ideas, y cuando más pensaba en ellas más se convencía de que debían llevarle a alguna parte. El éxito del negocio de que le había hablado Papulos dependía en gran parte del miedo, de un miedo casi supersticioso de la omnipotencia e infalibilidad de los amenazadores *gangsters*. Con el fracaso del secuestro de la noche anterior, éstos habían sufrido un rudo golpe y sólo un rápido y decisivo contraataque podía restaurar los daños. Y después de una larga y comprensiva reflexión, El Santo llegó a la conclusión de que las tribulaciones de míster Inselheim no habían hecho más que comenzar.

Al entrar en Sutton Place vio una lujosa *limousine* parada ante la puerta del edificio donde vivía míster Inselheim. Mecánicamente la anotó en su memoria junto con el corpulento paseante que recorría enérgicamente los alrededores. Simón acortó la marcha y cruzó lentamente la plaza, contemplando la geografía del lugar y buscando un lugar estratégico donde ocultarse; y no había terminado casi de elegir su puesto cuando una figura rechoncha y vestida de obscuro salió del edificio y se detuvo junto al corpulento paseante, al borde de la acera.

El *roadster* se detuvo bruscamente, y los agudos ojos de El Santo escudriñaron a través de la obscuridad. Vio que la figura rechoncha llevaba un grueso paquete envuelto en papel obscuro, bajo el brazo; y como su breve conversación con el paseante había terminado, la figura se volvió hacia la *limousine* y la luz de un farol iluminó las pronunciadas e inolvidables facciones de míster Ezequiel Inselheim.

Simón alzó las cejas y se miró solemnemente en el espejo de su auto.

—¡Ojo! —murmuró—. O mejor dicho: ¡ajá! Cuando míster Templar llega, míster Inselheim se marcha. Por lo visto hemos llegado en el momento oportuno.

De todos modos, había comprendido la razón de los paseos del corpulento personaje que había fuera, y que no era la que al principio había pensado. Inmediatamente se dio cuenta de que después de los notables sucesos de las últimas veinticuatro horas, la policía, con su inspirada eficiencia y llevada de su costumbre de cerrar la puerta de la cuadra después de que han robado el caballo, había apostado un

hombre ante la residencia de los Inselheim; y el paseante de largos pies resultó libre de toda clase de intenciones siniestras.

La inocencia de míster Inselheim era menos clara y Simón fruncía el ceño, pensativo, mientras oprimía los frenos y miraba cómo míster Inselheim entraba en su *limousine*. Durante un instante, mientras el motor de la *limousine* se calentaba, pensó si sería una táctica más astuta permanecer en el lugar donde se encontraba la descendencia de míster Inselheim. Y entonces, al ver que la *limousine* se ponía en marcha, tiró al aire una moneda imaginaria, y al caer ésta recordó un especial paquete envuelto en papel obscuro. Encogiéndose ligeramente de hombros, sacó un cigarrillo de su pitillera y dio vuelta al volante.

—¡Al diablo con él! —fue la atractiva reflexión de El Santo—. Ezequiel va detrás de su nariz, y, como meta, yo las he conocido peores.

Las luces traseras de la *limousine* se alejaban hacia el norte y Simón se aproximó a ella hasta encontrarse a menos de veinte yardas de distancia, siguiéndola a través del tráfico tan regularmente como si los dos autos hubieran estado unidos por un cable invisible.

III

Al cabo de un rato, la apretada edificación de la ciudad fue aclarándose, al llegar a los suburbios. La luna parecía brillar con más claridad aún; las estrellas eran chispas de hielo y su frío resplandor refrescaba la cálida noche; El Santo suspiró dulcemente: una noche como aquella le llenaba de una sensación de paz y tranquilidad, completamente ajena a su modo de ser ordinario. Decidió que en un mundo bien organizado habría otras cosas mejores que hacer que seguir el coche de un tipo que se llamaba Inselheim y merecía tener tal nombre. Otra cosa habría sido si el auto de delante fuera el de la bella y misteriosa Fay Edwards que había pasado dos veces con un efecto tan sorprendente a través del horizonte de su aventura de Nueva York...

Metió un segundo cigarrillo entre sus labios y encendió una cerilla. La luz reveló sus facciones por espacio de un segundo, descubriendo la mirada pensativa de sus ojos azules. El Santo tenía sus momentos sentimentales, pero éstos no aminoraban en nada la concentración con que se entregaba a la tarea que tenía entre manos.

Su mano apagó la cerilla con una sacudida y su segundo movimiento apagó también todas las luces del auto. En el espeso tráfico de la ciudad no había razón alguna para que él no pudiera seguir legítimamente el mismo camino que la *limousine*, pero por aquellas calles semidesiertas, su adhesión perruna podría causar en un hombre nervioso una agitación inquisitiva que El Santo no quería despertar. Su brazo izquierdo asomó lánguidamente fuera de la ventana del *roadster* al dar la vuelta y el auto se encaminó hacia el noroeste a una velocidad de sesenta por hora.

El camino asfaltado se extendía liso como una cinta de plata bajo la luz de la luna. Simón seguía las huellas de la *limousine*, escuchando el leve roce de los neumáticos sobre el asfalto, con los nervios laxos, descansando. Sobre el zumbido del motor se elevó un sonido apagado, pero bastante melodioso. Simón Templar daba una serenata a las estrellas...

Pero la canción terminó bruscamente.

Algo brilló a su derecha, algo rápido y brillante como una linterna eléctrica. Se encendió tres veces con la precisión de un faro; y luego, la oscuridad reinó de nuevo en el camino.

Las manos de Simón apretaron el volante y con dos vivos movimientos simultáneos paró el motor y oprimió los frenos, deteniendo el *roadster* con toda la celeridad posible, pero sin dar a los neumáticos una ocasión de chillar su protesta.

Durante las últimas dos millas, en plena carretera, se había quedado un poco atrás y ahora se alegraba de haberlo hecho así. Las rojas luces traseras de la *limousine*, subieron de color mientras Inselheim apretaba los frenos, llevando el auto al borde de la carretera. Entonces, a la derecha, la luz de la linterna brilló de nuevo.

Desde una distancia prudente, Simón vio un objeto oscuro saltar por la ventana de la *limousine*, describir un círculo en el aire y desaparecer entre las matas al borde del camino. Entonces la *limousine* se puso en marcha como una liebre asustada y desapareció en la noche como si hubiera sido un fantasma; pero por aquel entonces El Santo había salido de su coche y corría carretera arriba, silenciosamente.

El paquete que Inselheim había tirado permanecía al lado del camino donde había caído y Simón reconoció en él el paquete que el millonario llevaba bajo el brazo al salir de su casa. Eso por sí solo, constituía un acontecimiento interesante y el modo como había sido entregado establecía un hecho que había que averiguar sin pérdida de tiempo; aunque Simón pudiera adivinar sobre poco más o menos lo que contenía. Pero su habitual desconfianza le hizo acortar el paso antes de llegar a él y hundirse en la oscuridad detrás de un árbol haciendo menos ruido que una sombra errante. Y durante algún tiempo hubo unos instantes de silencio, que sólo rompía el suave crujir de las hojas, medidas por el viento.

El paquete yacía en un trozo de camino iluminado por la luna, solitario y olvidado como una botella de cerveza en un campamento de *boy-scouts*. Los ojos de El Santo estaban fijos en él y su mano derecha se había deslizado al bolsillo de su chaqueta, en busca de un revólver. Una mano enguantada salió de entre las sombras y se tendió hacia el paquete y entonces Simón habló tranquilamente.

—Yo no tocaría eso, Ferdinand —dijo.

En la oscuridad se escuchó una exclamación de sorpresa. Lo más natural sería que se hubiera escuchado un disparo o los apresurados pasos de un hombre que se retira; pero las circunstancias eran ligeramente excepcionales.

Las hojas se movieron y una gorra apareció por encima de los arbustos. La gorra fue seguida por una cara, la cara por un par de hombros y los hombros por un pecho y

un abdomen. La aparición de aquella forma humana que iba saliendo de la obscuridad como si un oculto ascensor la fuera subiendo, producía el efecto espectral que sólo estropeaban la cara del aparecido y su clase de ropa. Simón no podía asociar un cuerpo astral con aquellos vestidos tan chillones, pero miró de todos modos a la aparición con relativa admiración.

—¡Bien, bien! —dijo—. ¿No es acaso mi antiguo compañero de colegio, vistiendo el uniforme de la escuela? ¿Sabes más trucos como ese, Heimie?... Es muy divertido verlos, pero me divierte más saber a la perfección cómo se hacen.

Heimie Felder abrió desmesuradamente los ojos, en silencio. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas habían exigido demasiado trabajo de su limitado intelecto, y el esfuerzo y la sorpresa le habían privado de la mayor parte de su elasticidad y *joie-de-vivre*. Su rostro reflejaba una palidez verdosa que no se debía por completo a los rayos de la luna.

—¡Anda, Dios! —dijo expresando sus emociones en el término más suave posible.

El Santo sonrió.

—Dentro de uno o dos años ya te habrás acostumbrado a verme, ¿verdad? —dijo locuazmente—. Es decir, si es que vives un año o dos. La banda de que formas parte me parece bastante desconfiada y de gestos muy precipitados, por lo que me contaba Pappy... Perdóname que recoja esto.

Se inclinó rápidamente y recogió el envoltorio de papel obscuro. Heimie Felder no hizo nada por detenerle, la fuerza de protestar le había abandonado para no volver más a él. Pero sus labios formularon un asombrado comentario de una palabra, que procedía del último límite de la razón en su vacilante universo.

—Chalado —dijo débilmente Heimie.

El Santo no se ofendió. Se puso el paquete bajo el brazo.

—Siento mucho tener que marcharme —murmuró—. Pero volveremos pronto a vernos. Por lo visto estamos destinados a...

Su voz se interrumpió, pues había oído el ruido de unos pasos, a su derecha. Al mirar los salientes ojos del hombre que tenía ante él, vio en ellos un destello de esperanza; y sus dientes resplandecieron blanquísimos a la luz de la luna.

—Yo no lo haría —le aconsejó suavemente.

Su revólver se movió ligeramente y un rayo de luna dio en su cañón haciéndole brillar; y Heimie siguió callado. El Santo dio media vuelta en la obscuridad de modo que su automática cubriera a medias su flanco visible, estando al mismo tiempo preparada para dar la vuelta instantáneamente hacia la obscuridad del camino; una voz habló desde la sombra.

—¿Lo cogiste, Heimie?

Heimie respiró fuertemente, pero no dijo nada; y El Santo contestó por él. Su voz flotó ligeramente en la noche.

—No, hermano —dijo suavemente—, Heimie no lo ha cogido. Yo lo tengo... y a Heimie también. Puede avanzar despacio con las manos bien en alto, y si lo prefiere trate de quitármelo.

Por tercera vez en aquella noche la luna le demostró su amistad. A su derecha El Santo pudo divisar una figura oscura y borrosa, aunque no podía ver claramente al recién llegado por causa de los árboles. Pero un vagabundo rayo de luna, bailó brillante sobre algo metálico que sostenía la mano del intruso, y la nueva voz exclamó con malignidad:

—¡Cochino!

El revólver tembló en su mano, y escupió un venenoso rayo anaranjado en la oscuridad y la bala atravesó las hojas y fue a incrustarse en la corteza de un árbol a unas tres pulgadas de El Santo. Los ojos de Simón le miraron fríos e interesados, como si estuviera tirando al blanco; su pulgar oprimió el gatillo y el objeto metálico que brillaba a la luz de la luna bailó y giró locamente en la mano del hombre y cayó al suelo. Un rugido de dolor y un juramento imposible de transcribir ahogó el chocar del metal contra el asfalto y la misma voz sin dejar de proferir ininteligibles frases aulló:

—¡Cógele, Heimie!

Un segundo después, la oscura masa de un hombre cargaba contra él. Simón oprimió fríamente el gatillo; pero nada ocurrió; el percutor cayó sobre un cartucho estropeado. Tiró el paquete que llevaba bajo el brazo y agarró el deslizador, pero el peso del hombre le derribó antes de que el nuevo cartucho estuviera en la recámara.

Simón dio contra el árbol con una fuerza tal, que el dolor llegó hasta sus pulmones a través de los músculos de la espalda. Respiró con esfuerzo y rebotó hacia delante; sus puños hirieron un pecho que parecía un barril. Entonces, las manos del hombre se asieron a su cuerpo y los dos cayeron rodando sobre el desigual terreno.

El cielo estaba salpicado de manchas de vivos colores, mientras una oscuridad, más profunda que la oscuridad de la noche, se esforzaba en cerrarse sobre el cerebro de El Santo. Su pecho era un trozo de carne dolorida por el terrible choque contra el árbol, y el respirar le resultaba tan difícil y doloroso como si su cara estuviera tapada con un grueso almohadón. Sólo la titánica vitalidad de su voluntad le hacía seguir luchando. El hombre que estaba sobre él pesaba por lo menos, treinta libras más; y sabía que si Heimie Felder se recobraba del miedo supersticioso que le paralizaba y localizaba pronto en el centro de la lucha, no quedaría más que un trozo de piedra labrada para marcar el lugar donde un aventurero presuntuoso había abusado demasiado de su fortuna.

Aplastaron un matorral pequeño y se deslizaron por una ligera cuesta, golpeándose, mordiéndose y dándose patadas como un par de gatos salvajes. El hombretón se libertó de los brazos de Simón y cogió su cabeza, mirándole con salvaje furia. La cabeza de El Santo chocó dos veces con la dura tierra y las manchas de

color que había en el cielo giraron locamente ante sus ojos. De repente su cuerpo se aflojó y el hombre dejó escapar un exultante aullido.

Simón vio la rapada cabeza recortarse cual negra silueta sobre el fondo brillante de estrellas. Alzó la inútil automática que tenía aún en la mano y la aplastó contra la silueta; y la mano que agarraba su cabeza se flojo. Con nuevo vigor El Santo se alzó y montándose a horcajadas sobre el maldiciente bandido volvió a hundir de nuevo la culata de su revólver en la masa blanda y pegajosa de donde procedían las maldiciones...

Una tosca mano que no pertenecía al hombre que estaba debajo de él, trató de rodear su garganta por la parte de atrás; y Simón comprendió que el complemento de la oposición había entrado al fin en escena. Las maldiciones habían cesado y la pesada figura de su primer contrincante yacía inmóvil debajo de él; y El Santo dejó caer su revólver. Su mano derecha se echó hacia atrás y cogió a su nuevo asaltante por el cuello.

—Perdóname, Heimie —dijo El Santo jadeante—. Estoy ocupado.

Alzó una rodilla y se puso en pie, tirando hacia abajo de su mano derecha. Heimie Felder fue izado lentamente del suelo: su torso fue apareciendo gradualmente sobre el hombro de El Santo; y entonces El Santo volvió la muñeca y estiró sus piernas con un rápido tirón, y Heimie cayó hacia atrás y chocó contra el suelo con la cabeza. Aparte del sólido y soporífero porrazo, el *gángster* no hizo el menor ruido; y el silencio volvió a reinar en la escena.

El Santo quitó el polvo de su traje y volvió a posesionarse de su automática. La limpió cuidadosamente con el pañuelo de seda de Heimie, sacó el cartucho defectuoso objeto de toda la lucha y volvió a llenar la cámara. Luego buscó el paquete que había ocasionado aquellos violentos argumentos, y lo llevó a su coche sin dirigir ni siquiera una mirada a los dos guerreros dormidos que había al borde de la carretera.

CAPÍTULO VI

*De cómo Simón Templar se entrevistó con mister Inselheim y Dutch
Kuhlmann lloró*

I

No parece necesario explicar que mister Ezequiel Inselheim era un judío. Se trataba de un hombre corpulento de pelo negro, cara pálida y brillante, ojos oscuros y agradables y una sonrisa bastante atractiva; pero su nariz no dejaba dudas en cuanto a su origen.

En el momento en que encontramos se hallaba sentado cansadamente ante la mesa de su biblioteca. La blanca luz de su lámpara de pie hacía que su cara pareciera más pálida que de costumbre; sus manos descansaban en el secante que tenía ante él, con los puños crispados, en sus ojos había una mirada casi infantil de miedo y a los dos lados de sus labios se marcaban dos pliegues profundos y amargos.

Arriba, su hija dormía tranquilamente con la descuidada confianza de la niñez; pero él se había visto obligado a pagar el precio de ese privilegio. A pesar de que aquel extraño Robin Hood del siglo xx, llamado El Santo, se la hubiera devuelto gratis, Inselheim sabía que su futura seguridad dependía solamente de su prontitud en pagar los futuros plazos. Sabía que su hija había sido secuestrada más como aviso que para pedirle rescate y que existen armas peores que el secuestro, que el terror no vacilaría en emplear.

Ezequiel Inselheim se preguntaba, cómo otros muchos hombre más o menos ricos se habían preguntado antes que él, cómo era posible que en la nación materialmente más civilizada, en un país de honrados y pacíficos ciudadanos tenía que pagar aún diezmos a una pandilla de bandidos organizados, como un campesino de la Edad Media sufragaba los gastos de los barones feudales. Se preguntaba, con una rebeldía que iba aumentando en intensidad, por qué la policía que era tan impresionantemente amiga de poner multas a la menor violación de las leyes de tráfico, resultaba tan misteriosamente ineficaz, cuando se trataba de poner coto a aquellos crímenes. Y sabía demasiado bien las razones de todo aquello.

Sabía, como toda América, que con legisladores rectos, con policías y jueces incorruptibles, los *gangsters* se habrían desvanecido hacía mucho tiempo. Que sin la pasiva cooperación de un público resignado y sin dirección, los *gangsters* y los políticos corrompidos habrían sido borrados de la faz de América, a un costo infinitamente menor que su tributo actual. Y aquel conocimiento era el que le hacía apretar los puños y torcer amargamente la boca. Si en aquel momento, uno de sus

atormentadores hubiera aparecido ante él, habría tratado de desafiarle, a pesar de que sabía muy bien que su solitaria y triste resistencia sólo habría tenido un resultado...

Y precisamente fue en aquel instante cuando un sexto sentido le hizo volver la cabeza, con una ahogada exclamación de espanto...

Una lánguida e inmaculada figura estaba apoyada graciosamente contra el alféizar de la ventana, una pierna metida descuidadamente dentro de la habitación y el resto fuera de ella. Un par de insolentes ojos azules le inspeccionaban curiosamente, y una sonrisa que tenía un leve dejo de burla movía los alegres labios del desconocido. Era una sonrisa de humorismo que no era enteramente humorística, unos ojos azules con un brillo divertido, que no pertenecía a ninguna convencional clase de diversión. La voz, cuando habló tenía un tono zumbón, pero bajo la zumba había algo más frío y duro, algo que le recordó a Inselheim el brillo del acero bajo una luna polar.

—Hola, Zeke —dijo El Santo.

Al sonido de aquella voz, toda la cólera de Inselheim se desvaneció como por ensalmo, dejando paso a un horrible vacío. Arriba estaba su hija... durmiendo... Y de repente volvió a ser un anciano asustado, que miraba con ojos cuajados de espanto la nueva amenaza que estaba haciendo añicos su respeto de sí mismo.

—¡He pagado! —chilló histéricamente—. ¿Qué es lo que quiere? ¡He pagado! ¿Por qué no me deja en paz...?

El Santo metió su otra pierna dentro de la habitación y saltó negligentemente adentro.

—¡Oh, no, no ha pagado! —dijo gravemente—. No ha pagado nada, hermano.

—¡Pero si pagué! —La voz del agente de cambio era desesperada y sus palabras se mezclaban entre sí con la incoherencia del pánico—. Debe haber habido un error. He pagado... he pagado esta noche como me dijeron. Debe haber algún error. Yo no tengo la culpa. He pagado...

Simón metió las manos en sus bolsillos. Del bolsillo del pecho, de los de los lados, de los bolsillos del pantalón, fue sacando fajos de billetes de cincuenta dólares, tirándolos uno tras otro al escritorio, al parecer en inagotable sucesión, como un prestidigitador que saca sin dificultad conejos de un sombrero.

—Ahí tiene su dinero, Zeke —dijo alegremente—. Noventa mil dólares, si es que quiere contarlos. Yo me concedí a mí mismo un pequeño premio de diez mil, lo que estoy seguro que le parecerá una modestísima comisión. Como ve no ha pagado nada.

Inselheim miraba horrorizado los montones de billetes que había sobre la mesa. Ni siquiera intentó tocarlos. En lugar de ello, miró a El Santo con unos ojos cuajados de espanto.

—¿En dónde... en dónde cogió eso?

—Usted lo dejó caer, creo —explicó fácilmente El Santo—. Afortunadamente yo estaba detrás de usted... y lo recogí. No tiene que preocuparle que subiera por la escalera de incendios. De cuando en cuando me gusta variar un poco. Afortunadamente para usted —dijo virtuosamente El Santo— yo soy un hombre

honrado y el dinero no me tienta nunca... mucho. Por mucho dinero que tenga, Zeke, me parece que puede encontrar un medio mejor de deshacerse de él, que irlo tirando por ahí.

Inselheim lanzó un suspiro. Su rostro estaba pálido como la muerte.

—¿Quiere decir que... usted recogió eso cuando yo lo dejé caer?

Simón asintió.

—Eso era la impresión que quería darle. Pero quizá no me haya expresado con claridad. Cuando le vi tirando sacos de patatas por el campo con ese aire distraído...

—¡Estúpido! —dijo Inselheim con labios temblorosos—. ¡Me ha matado... eso es lo que ha hecho! ¡Ha matado a mi hija! —Y su voz se alzó en un ronco gemido—. ¡Si no reciben ese dinero... la matarán!

Simón alzó las cejas. Luego se sentó en el brazo de un sillón.

—¿De veras? —preguntó con ligero interés.

—¡Dios mío! —gimió el hombre—. ¿Por qué se metió en mis asuntos? ¿Qué tiene que ver con todo esto? ¿Quién es usted?

El Santo sonrió.

—Soy el pajarito que le trajo a su hija anoche —dijo.

Inselheim se irguió de un salto en su asiento.

—¡El Santo!

Simón le hizo una inclinación. Luego estiró un brazo, abrió un cajón del escritorio donde sabía por experiencia que se encontraban los cigarros y se sirvió.

—Acertó, Zeke —y encendió una cerilla y prendió fuego al cigarro, ignorando las reacciones de su asombrado huésped—. Me figuro que, dadas las circunstancias, habrá comprendido ya el porqué de mi preferencia por las escaleras de incendios. —Lanzó un anillo de humo al techo y sonrió de nuevo—. Creo que me debe bastante, Zeke; y si tiene un poco de Bourbon para hacerle compañía a esto, no tendría ningún inconveniente en descontárselo de su cuenta.

Inselheim se le quedó mirando largo rato en silencio. Las emociones acumuladas que había sufrido, habían obstruido las entradas de su cerebro, y los pensamientos que se iban formando en su conciencia sólo podían salir al exterior uno a uno. Pero una idea logró sobreponerse a las demás.

—Ya sé... —dijo, haciendo un esfuerzo—. Lo siento. Creo... que le debo... mucho a usted. No lo olvidaré. Pero... no comprendo. Si quiere ayudarme, debe marcharse. Tengo que pensar. No puede quedarse aquí. Si se enteraran de que estuvo aquí... nos matarían a los dos.

—A los dos no —dijo suavemente El Santo.

Miraba fijamente a Inselheim, con un leve y humorístico interés, como un cínico dramático observa con aprobación la representación de un melodrama, dándose cuenta, sin embargo, con un poco de burla, de que lo ha visto antes. Pero fue la cándida obstinación de su mirada la que hirió implacable el lacerado nervio que latía dolorosamente en las profundidades de la deshecha fibra del judío, un creciente

nervio de desprecio por su propia debilidad, el mismo nervio cuya muda reacción le había hecho crisar los puños impotentes, antes de que entrara El Santo. La clara luz de aquellos ojos zumbones parecía iluminar las profundidades del alma de Inselheim; pero la luz era demasiado fuerte y repentina y su propia visión estaba todavía demasiado borrosa, para que pudiera ver claramente lo que esa luz le mostraba.

—¿Para qué vino aquí? —preguntó Inselheim. Y Simón lanzó un anillo de humo al techo.

—Para devolverle sus patatas... como ve. Para fumarme un cigarro y beber esa bebida que tan inhospitalariamente vacila en darme. Y para ver si puede ayudarme.

—¿Cómo voy a poder ayudarle? Si lo que quiere es dinero...

—Me habría ayudado yo mismo. —Y El Santo echó una mirada a las pilas de dinero—. Estos días me encuentro con muchas oportunidades... Gracias de todos modos, pero tengo un millonario que me mantiene y su Banco no ha quebrado todavía. No... lo que necesito de usted, Zeke, son unas cuantas confianzas de corazón.

Inselheim meneó lentamente la cabeza, con un movimiento que más parecía un tic automático que una deliberada negativa.

—No puedo decirle nada.

Simón miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—Una decisión bastante apresurada —murmuró—, por no decir halagadora. Por lo visto, me toca pasearme por este mundo en un estado de prístina ignorancia.

Y El Santo se alzó perezosamente de su sillón y miró a su huésped, sin variar en nada la genial tranquilidad de sus movimientos, ni la fría suavidad de su voz; pero su perezosa tranquilidad y su fría mirada eran más impresionantes que un gesto violento y dominador.

—¿Sabes, Zeke? —continuó afablemente—, el cambiar de opinión es de sabios. Indica que uno ha asimilado juicio y experiencia, que está libre de terquedad, orgullo, estigmas u otro pecado mortal. Ni siquiera los hombres de ciencia son ya dogmáticos... están siempre dispuestos a reconocer que se han equivocado y a empezar de nuevo. Una actitud espléndida, Zeke... espléndida.

Se erguía en toda su estatura, descuidadamente dinámico como un gato que se despereza; pero no había hecho el menor movimiento amenazador, ni había dicho nada que sonara a amenaza... nada.

—Estoy seguro de que se da cuenta del asunto, Zeke —dijo. Y por alguna razón que no tuvo manifestación física externa, Inselheim comprendió que los *gangsters*, que tanto odiaba, no podían ser más despiadados que aquel muchacho de maneras amables y ojos burlones que había trepado por su ventana unos minutos antes.

—¿Qué puedo contarle? —preguntó tembloroso Inselheim.

Simón se sentó en el borde del escritorio. En sus maneras no había nada de triunfante ni de satisfecho, nada que indicara que él había esperado otra respuesta. Su amabilidad y dulzura eran casi las de un psicoanalista que tratara de extraer

confesiones de un paciente; y de nuevo, Inselheim sintió aquella extraña luz que iluminaba los rincones ocultos de sí mismo, que él no se había atrevido a mirar.

—Cuéntemelo todo, Zeke —dijo el Santo.

—¿Qué es lo que no sabe? —protestó débilmente Inselheim—. Ellos raptaron a Viola porque me negué a pagar el dinero de la protección...

—El dinero de la protección —repitió distraídamente Simón—; sí, todo eso lo sé. Pero al menos hemos empezado. Siga adelante, tío.

—Todos tenemos que pagar protección. No hay otra salida. Usted me devolvió a Viola, pero eso no la salvó. Sí ahora no pago... la matarán. Lo sabe muy bien. Se lo dije. ¿Qué otra cosa...?

—¿Quiénes son ellos? —preguntó El Santo.

—No lo sé.

Simón le miró burlescamente.

—Posiblemente no. —Y bajo la paciente inspección de aquellos ojos desilusionados, la luz que iluminaba la subconsciencia de Inselheim se avivó—. Pero debe tener alguna idea. De vez en cuando, tiene que haber algún contacto entre ellos y usted. No habrá salido una voz del techo diciéndole que pague. Y aunque un tipo tenga tantas patatas como usted, no por eso tira cien mil dólares por el campo simplemente, porque un loco del que nunca ha oído hablar le llama por teléfono y le dice que lo haga. Esa es una de las cosas que estoy tratando de averiguar. Me figuro que usted no querrá seguir pagando cien mil dólares a esa voz desconocida a cada luna nueva. Me figuro que no piensa pasarse el resto de su vida preguntándose todos los días cuánto le van a pedir la próxima vez, y preguntándose qué le harán a su hija para obligarle a ello. Me figuro que querrá disfrutar de un poco de paz y tranquilidad, y que quizá le gustaría que cambiaran las cosas en esta ciudad. Me figuro que su virilidad no se limita a usar pantalones, y le hago esas preguntas para darle una ocasión de demostrarlo.

Inselheim tragó saliva. Su luz interior era cegadora, le hería los ojos, le aterraba. Se puso en pie y movido de su nerviosidad empezó a pasear de arriba abajo.

Simón le miraba con curiosidad. Conocía la lucha que estaba librando en el interior de aquel hombre, y en cierto modo simpatizaba con él... Y entonces, al llegar a la pared, Inselheim estiró rápidamente un brazo y tocó un botón. Luego se volvió y se enfrentó desafiador con El Santo.

—Ahora —dijo con una extraña pastosidad en la voz—, ¡márchese! Ese timbre llama a uno de mis guardianes. No le deseo ningún mal... se lo debo todo... por algún tiempo. Pero no puedo... no puedo firmar mi sentencia de muerte... ni la de Viola.

—No —dijo El Santo suavemente—, claro que no.

Se bajó lentamente del escritorio y se acercó a la ventana. Al llegar a ella, echó una de sus largas piernas por encima del alféizar, y sus ojos azules se fijaron imperturbables en Inselheim.

—Quizá —dijo quedamente— me cuente el resto otro día.

El agente de cambio meneó violentamente la cabeza.

—Nunca —balbució—. Nunca. No quiero morir. No le diré nada. ¡No puede obligarme a ello! ¡No puede!

Unas pisadas fuertes sonaron en el vestíbulo. Inselheim le miraba respirando fatigosamente, con la boca entreabierta, como si sus propias palabras le asustaran. La luz de su interior era cegadora. Esperaba el desprecio del otro, una respuesta que habría marchitado para siempre el último resto de su orgullo, y en lugar de aquello sólo vio en los tranquilos ojos de El Santo una infinita y sincera compasión que era peor que la más amarga burla. Inselheim suspiró, sintiendo un frío repentino en el estómago.

Pero El Santo le miró y sonrió.

—Volveré a verle —le dijo; y entonces se oyó un golpe en la puerta y la voz del guardián preguntó si podía entrar y Simón desapareció al mismo tiempo por la salida de incendios.

El provecho de aquella visita había sido nulo. Un alma mercenaria hasta lo habría considerado como una pérdida de noventa mil dólares, pero la culpa era suya. Mientras bajaba ágilmente por los escalones de hierro, se maldecía a sí mismo por aquel momento de distracción que había permitido a Inselheim oprimir el timbre. Y sin embargo, sin aquel estallido de insensato pánico, el despertar del judío no habría tenido nunca lugar. Y Simón tenía el presentimiento de que si a Inselheim se le presentaba otra oportunidad, los resultados serían ligeramente diferentes.

Aunque parezca extraño, en su preocupación por aquel aspecto del asunto, El Santo se había olvidado de que había otras personas que estarían también interesados por visitar Sutton Place aquella noche. Saltó del último escalón a la negrura del pasadizo, sin pensar por un momento en ningún peligro inmediato y entonces oyó un ruido de pasos detrás de él; pero era demasiado tarde. Dio media vuelta rápidamente, llevándose la mano al bolsillo, pero antes de que ésta hubiera tocado el revólver, un fuerte brazo le rodeaba el cuello y el duro metal de una automática se le hundía en la espalda. Una voz áspera y exultante exclamó en su oído:

—Amiguito, ¿quiere venir un rato con nosotros?

II

Ni la más ligera sombra de inquietud ensombrecía la frente de El Santo al cruzar el umbral de la salita trasera de Charley's Place y mirar un momento las caras que tenía delante de él. A sus espaldas oyó el ruido del cerrojo al correrse, y entonces los hombres que se habían levantado de sus asientos del bar y le habían empujado hasta dentro, se apoyaron contra la pared. En la habitación había más de una docena de

hombres. Más de dos docenas de ojos se hallaban clavados en él, unos ojos tan fríos y duros como el mármol, desprovistos de toda humanidad.

Estaba desarmado. No tenía nada mayor que un alfiler que pudiera usar como arma ofensiva. Le habían quitado el revólver; y el cuchillo que llevaba en la manga, habiendo dejado vivos a varios hombres que podían dar noticia de su mortal eficacia, le había sido arrebatado al instante. El nuevo y desesperado temor a las armas ocultas que se había apoderado de todos los miembros de la banda, había insinuado un registro menos ligero que el que le hiciera la noche anterior el difunto míster Papulos. La perfección de éste había divertido por un momento a El Santo, pero sin que dejara de comprender ni por un instante lo que aquello significaba. Sin embargo, su aplomo no había sido nunca más fácil y amable, la máscara de acero de sus burlones ojos azules no fue nunca más engañadora que en el momento en que se inclinaba ante los presentes como un actor que saluda al público.

—¡Cómo! ¡Mis hermanos rostros pálidos! —murmuró—. El consejo está reunido, pero no veo por ninguna parte la pipa de la paz. Bien, bien bien, todas las veces que nos reunimos inventamos juegos nuevos, como dijo el duque a la actriz. Y ¿a qué vamos a jugar esta noche?

Una luz extraña apareció en los ojos de Heimie Felder, que estaba sentado ante la mesa con un nuevo vendaje alrededor de la cabeza. Se inclinó hacia delante y murmuró al oído de Dutch Kuhlmann.

—Chalado —dijo casi suplicante—. El tipo está chalado. ¿No oyó lo que ha dicho?

Las contraídas pupilas de Kuhlmann se fijaron escrutadores en la cara de El Santo, pero no contestó. Después de la mirada general a la congregación en que había sido incluido, Simón no le había mirado. Porque todo el interés de Simón estaba ocupado en la muchacha que se sentaba también en la misma mesa.

Le parecía extraña la profunda impresión que había producido en él las dos veces que se había cruzado en su camino. Se daba cuenta de que, aun entonces, no sabía nada acerca de ella. Había oído o creía haber oído su voz en el teléfono; había visto o creía haber visto a la dueña de aquella voz sin cuerpo, en la casa de Long Island donde estaba Viola Inselheim y donde muriera Morrie Ualino; y una vez había sentido su mano en la obscuridad y esa mano le había entregado un revólver. Pero nunca se había identificado más que en uno de sus sentidos a la misma vez; y él sabía que su creencia cardinal de que aquella muchacha esbelta y rubia, de ojos de ámbar, era la Fay Edwards de quien Fernack le había hablado, estaba basada solamente en su intuición. Y sin embargo, mientras la parte activa de su cerebro estaba absorta por completo con los detalles mecánicos de su venganza, su imagen no había estado nunca muy lejos de su mente.

Al verla de nuevo en aquella habitación, como un destello de color y belleza en el círculo de hombres silenciosos, El Santo volvió a repetirse todas las preguntas que se habían hecho acerca de ella, preguntas que se habían desvanecido siempre en el

mismo vacío nebuloso de la suposición, sin la más mínima esperanza de una respuesta concreta; pero al volverla a ver en aquel momento, sintió dentro de él un latido de placer que aparentemente no tenía causa lógica. Una vez que se encontraba en un apuro, ella le había ayudado; quizá nunca supiera por qué. Ahora, se hallaba en un apuro también y se preguntaba qué estaría pensando ella y qué se propondría hacer. Su rostro no le dijo nada, sólo una chispa de algo sin nombre brilló un momento en sus ojos y desapareció en seguida.

Dutch Kuhlmann se volvió hacia ella.

—¿Es *der* Santo? —preguntó.

Ella le repuso sin separar su mirada de Simón:

—Sí. Ese es el hombre que mató a Morrie.

Era la primera vez que la veía y la oía hablar, el primer conocimiento definitivo de que su intuición era acertada; y una extraña emoción recorrió su cuerpo al sonido de su voz. Era como si un cuadro le hubiera fascinado y súbitamente su modelo tomara vida.

—Buenas noches, Fay —dijo.

Ella le miró un momento y luego sacó de su bolso un cigarrillo y encendió una cerilla. El movimiento veló sus ojos, y la chispa que él creyó ver en ellos, quizá no hubiera existido más que en su imaginación.

Kuhlmann hizo una seña a un hombre que había junto a la pared y éste se acercó a otra puerta y la abrió. Después de una breve pausa, dos hombres entraron en la habitación a través de ella.

Uno de ellos era un hombre alto y corpulento con cabello y tez rojiza, con unas cejas asombrosamente negras y espesas, como si un maquillador distraído se las hubiera pegado sobre los ojos. El otro era un hombrecillo bajo y calvo, de enormes bigotes negros, que usaban lentes con montura de oro y cuyos movimientos, agitados e inquisitivos, le hacían pensar a El Santo en una comadreja. Vistos juntos parecían una pareja de revista, que por accidente o a propósito se habían visto obligados a usar entre los dos los cabellos originalmente destinados a uno. Simón sentía unos deseos irresistibles de arrancar las tupidas cejas del hombretón y pegarlas en el lugar que le parecía más adecuado, sobre el exuberante bigote del más bajo. Sus maneras eran sutilmente diferentes de las de los otros hombres que estaban en la habitación; y El Santo no concedió a sus personas más que un rápido examen, porque las había reconocido en cuanto entraron y sabía que la conferencia se había completado ya. Uno de ellos era el fiscal del distrito, Marcus Yeald; el otro era el jefe político de Nueva York, Robert Orcread, conocido según sus deseos por Bob el «Honrado».

Estudiaron a El Santo con abierto interés mientras les dejaban libres un par de sillas en la mesa. Yeald realizó su observación desde una distancia prudente, mirándole nerviosamente a través de sus lentes, y Simón reprimió a duras penas la tentación de gritarle «¡Bob!», para ver si pegaba un salto como parecía dispuesto a hacer. Orcread se acercó lentamente al borde de la mesa, pero ni siquiera se sentó.

—Así que usted es el tipo que andábamos buscando —dijo; y El Santo sonrió.

—Me figuro que usted sabrá a quién anda buscando, Bob el «Honrado» —dijo. El rostro de Orcread se endureció.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Le he reconocido por la caricatura que publicaba el *New Yorker* la semana pasada, hermano —explicó Simón, y comprendió en seguida que el dibujo no había tenido la aprobación del dictador del Tammany.

Orcread mordió la colilla apagada de su cigarro, y miró a El Santo con ojos de granito.

—Mejor será que no se ponga muy fresco —aconsejó—. Quería tener una charla con usted, pero yo seré quien la dirija. Nos ha dado muchos disgustos. Me figuro que sabrá que podría ir a la silla eléctrica por lo que ha hecho.

—Probablemente —admitió El Santo—. Pero lo hice simplemente por ignorancia. Cuando llegué aquí no sabía que había que sacar una licencia oficial para matar.

—Debía haber pensado en ello antes —dijo Orcread. Su voz tenía la cordial afabilidad del orador profesional, pero los oídos sensitivos de El Santo, podían descubrir en ella una áspera nota de esfuerzo—. Las cosas se pueden poner feas para un tipo que venga aquí con la pretensión de limpiar la ciudad él solo. ¿Sabe lo que debería hacer ahora?

La sonrisa de El Santo era altamente inocente.

—Puedo figurármelo. Debería llamar a un policía y entregarme a él. Pero eso sería un poco torpe, ¿no le parece? Quiero decir que la gente se preguntaría qué estaba usted haciendo aquí.

—¿Sabe por qué no llamo a un policía?

—Debe ser la primavera —aventuró Simón—. O quizá hoy fue el cumpleaños de su anciana abuelita y al mirar su querida casa, sintió que su dureza exterior que oculta sus buenos sentimientos se deshacía como un plátano demasiado maduro.

Orcread se quitó el cigarro de la boca y lo apretó entre sus dedos. Las hojas se arrugaron y deshicieron bajo su ruda mano, pero su voz no se alteró.

—Estoy tratando de hacer algo por usted —dijo—. No es tan viejo, ¿verdad? No le gustará meterse en líos. No está bien el ir a la silla eléctrica a su edad. Ni tampoco que le lleven a uno a dar un paseo. Y ¿por qué iba a ir?

—No me lo pregunte —dijo El Santo—. Si no recuerdo mal, la sugestión fue suya.

—Yo podría hacer mucho por un tipo como usted. Si hubiera venido a verme primero no habría sucedido nada de esto. Pero las cosas que ha hecho, no han facilitado nuestra labor. No quiero decir que tengamos nada contra usted. Irboll era simplemente un matón pagado, y Ualino iba creciendo demasiado; hacía tiempo que le aguardaba lo que usted le dio. Pero lo ha hecho demasiado pronto, haciendo demasiado ruido. Al público no le gustan estas cosas y mi deber es acabar con ellas. El deber de míster Yeald es acabar con ellas... ¿no es verdad, Mark?

—Desde luego —dijo la seca voz del abogado, con la voz de papagayo que repite una lección—. Esas cosas tienen que terminar. Y se terminarán oportunamente, no lo dudes.

Orcread dio un golpecito en el hombro de El Santo.

—Eso es —dijo seriamente—. Hemos dado nuestra palabra a los electores de que esta clase de cosas van a ser terminadas y tenemos que cumplir nuestras promesas. Pero no queremos ser demasiado duros con usted. Así que le dije a Mark: «Mire, ese Santo debe ser un muchacho sensato. ¿Por qué no le hacemos un ofrecimiento?».

Simón asintió pensativo, pero las palabras de Orcread sólo rozaron los bordes de su atención. Estaba tratando de encontrar una razón por la cual Orcread y Yeald habían entrado a formar parte de la conferencia; y buscando esa razón había hecho un descubrimiento notable. Por primera vez en su carrera, había estimado su persona en muy poco. Sabía que su espectacular presentación en el escenario de Nueva York, había causado cierta agitación en determinados círculos, cosa que él esperaba; pero no se había dado cuenta de que sus modestos esfuerzos hubieran levantado tanto polvo como la presencia de Orcread parecía indicar.

Y entonces empezó a comprender cómo un pequeño trastorno puede destrozarse el mecanismo de una máquina complicada, cuando esa máquina está fundida en el inestable principio del *bluff*, la apatía y el acobardamiento. Los titulares de los periódicos, que de tal modo habían halagado su amor propio, cruzaron por su imaginación con un nuevo significado. No había pensado, hasta que Orcread se lo dijo, que la coincidencia del hombre apropiado y el momento apropiado, unida al voluble entusiasmo de Nueva York, podía haber elevado la figura de El Santo a un pináculo desde donde el público le miraba como la figura escogida para izar la bandera de las reformas. No había pensado que sus desinteresados intentos para animar las diversiones de Manhattan y Long Island, podían haber sido el punto de partida de una nueva ola de ambición cívica cuyas avanzadas de espuma habían llegado hasta los tronos de los dictadores políticos, haciéndolos temblar.

Siguió escuchando a Orcread con renovado interés.

—Como verá, somos muy generosos. Doscientos mil dólares es una suma considerable para cualquier hombre.

Y además le sacamos de un apuro. Puede marcharse a Inglaterra o donde más le guste. Un hombre joven como usted puede pasar una buena temporada con doscientos mil dólares. Y le aseguro que es definitivo.

Simón le miró con una lenta y fingida sonrisa. El brillo divertido de sus ojos era muy débil.

—Me está haciendo sentirme casi sentimental, Bob —dijo gravemente—. ¿Y cuál es el trivial servicio que tengo que hacerle para conseguir todos esos beneficios?

Orcread tiró al suelo su cigarro, y metió el pulgar en el bolsillo de su chaleco. Se echó hacia atrás sacando su prominente vientre y sonrió satisfecho.

—Pues... casi nada —dijo—. Lo único que queremos es que terminen estas cosas. Así que lo único que tiene que decirnos es quién le está apoyando, decirnos quiénes son los otros tipos que componen su banda, para que podamos hacerles la misma proposición y acabemos con el asunto. ¿Qué dice? ¿Trato hecho?

El Santo meneó la cabeza disgustado.

—Para usted quizá sea trato hecho, si le parece bien —dijo suavemente—, pero para mí ese trato está deshecho. ¿Sabe?, yo no soy una muchacha de esa clase.

—Está chalado —dijo testarudo Heimie Felder, en medio del profundo silencio; y Orcread dio media vuelta y chilló:

—¡Calle su maldita boca!

Luego se volvió a El Santo con la benévola sonrisa medio helada en su cara, como si hubiera empezado a borrarla y se hubiera olvidado a la mitad de terminar su tarea.

Mire —gruñó—. No hablo en broma y usted sabe que le conviene dejarse de tonterías. Le estoy dando una oportunidad de salir de esto y salvar su pellejo. ¿Se puede saber qué tiene de divertido?

—Nada —dijo blandamente El Santo—, excepto que se ha equivocado de asiento. Nadie me apoya y no tengo ninguna banda... Así que, ¿qué le vamos a hacer? Siento mucho ver que sus tiernos impulsos se desperdician de ese modo, pero tal vez...

Una cólera vaga empezó a obscurecer el rostro de Orcread.

—¿Quiere hablar en inglés? —graznó—. Usted no se ha metido en todos estos jaleos simplemente para pasar el tiempo. ¿Qué saca de todo esto y quién le paga?

El Santo se encogió cansadamente de hombros.

—Estaba tratando de hacérselo comprender —dijo—. Nadie me apoya y no tengo una banda. Pregúntele a cualquiera de esas bellezas si me ha visto alguna vez acompañado. Yo corro personalmente con todo el trabajo. Soy el hombre múltiple. Así que todo lo que tiene que hacer es entregarme los doscientos mil y darme el beso de despedida.

Orcread se le quedó mirando un momento y luego se volvió bruscamente, cruzó la habitación y se dejó caer en un sillón al lado de Yeald y Kuhlmann. En la pausa que siguió podían verse los labios de Heimie Felder modulando incansables dogmas sobre los chalados.

El Santo se sonrió a sí mismo y arrancó un cigarrillo del hombre que tenía más cerca. Mientras aspiraba el humo y miraba a su alrededor el círculo de caras duras e impasibles, se dio cuenta con tranquilidad de que la diversión del momento dependía exclusivamente de su propio e irresponsable sentido del humor.

No es que le tuviera miedo a las escenas violentas ni a los juegos peligrosos, su propia vida era buena prueba de ello. Pero se le ocurría que la fase provechosa y divertida de la velada, si es que la hubo, estaba definitivamente terminada. Había establecido más allá de toda duda el hecho de que Orcread y el fiscal del distrito formaban parte de la banda, pero la importancia de esa confirmación era casi

enteramente académica. Más importante aún era la revelación concreta de su sorprendente y urgente interés por sus actividades. Juzgada solamente por sus propios méritos de burda diplomacia de Bob el «Honrado», no merecía más que una risa desdeñosa. Simón no se había dejado nunca ilusionar por la idea de que cualquiera de los caballeros presentes iba a tenderle doscientos mil dólares y a escoltarle luego hasta el puerto más próximo deseándole buen viaje, pero de todos modos el hecho de que le hubieran ofrecido algo y de que Orcread hubiera pensado que valía la pena emplear su genio retórico, merecía reflexionar sobre él. Y desde luego, había muchos lugares en Nueva York donde se podía reflexionar más cómodamente que allí. Pero aunque El Santo pensaba que no debía perder más tiempo en Charley's Place, no encontraba un medio apropiado de despedirse.

Por los fragmentos de conversación que llegaban hasta sus oídos, comprendió que se estaban haciendo esfuerzos altruistas por resolver su problema. La atronadora voz de Bob el «Honrado», aunque él tratara de convertirla en un murmullo, era lo suficientemente atronadora para llevar el tema de la conversación a oídos de El Santo.

—¿Cómo podemos saber que no es una celada? —le oyó repetir—. Un hombre no puede hacer todo eso solo.

El fiscal del distrito apretó los labios y su respuesta sonó como el caer de las hojas secas de un árbol.

—Personalmente, yo creo que dice la verdad. Me estuve fijando todo el tiempo en él. Y nadie ha visto que le acompañara nadie.

—Es *ferdat* —convino Kuhlmann—. Es *nata* más que un *hompre* que tiene mucha suerte, y toma a los demás de sorpresa. Yo me encargo de él.

Orcread estaba preocupado.

—Ojalá acierte. Pero eso no resuelve nada. Tenemos que hacer algo para satisfacer al público. Si lo convertimos en un mártir, sólo empeoraremos las cosas. Ahora bien, si pudiéramos llevarle a un tribunal y usarle para nuestros fines, podríamos decir: Hemos cumplido con nuestro deber. Hemos cogido al tipo que había causado tantos daños.

Y ahora miradle... Podíamos arreglar bien las cosas y conseguir la simpatía del público.

—Lo dudo —dijo Yeald—. Cuando se encuentre en el tribunal, será difícil impedirle hablar. Y yo no me atrevería a ver su causa en sesión secreta; además, todos los reporteros querrían entrevistas. No podríamos negárselas.

—Yo creo que podríamos hacer un escarmiento. Si...

Los murmullos de la conversación siguieron adelante y Simón fumó su cigarrillo sin preocuparse más de ellos. Pero ni por un momento había dejado de darse cuenta de que el viejo caballero de la guadaña, que él había querido tener de aliado, se hallaba muy cercano a él aquella noche.

Y a pesar de su sonrisa, había en su interior un desprecio más frío, más mortal que el que sintiera desde que comenzó su aventura.

En aquella habitación había más de una docena de hombres cuyas vidas estaban dedicadas por completo al saqueo y al pillaje, mercenarios de la más asombrosa legión del crimen que haya conocido la nueva civilización; pero su fría cólera no estaba dirigida contra ellos. No, estaba dirigida contra los hombres que hacían posible todo aquello, los hombres que ocupaban puestos de confianza, a quienes un público ciego había permitido apoderarse de ellos, cuyos salarios eran pagados del bolsillo de los vulgares y honrados ciudadanos y cuya cooperación hacía posible que el crimen y el robo resultaran impunes y aun premiados. La Ley no significaba nada, excepto cuando era un instrumento apropiado para quitar un obstáculo de su pillaje.

Fuera de aquella habitación, había una gran ciudad, un monumento en piedra y ladrillo a la ingenuidad de los hombres y aquella ciudad de siete millones de habitantes pagaba tributo a un puñado de desalmados. El Santo no había pensado nunca en glorificarse a sí mismo, como a una especie de héroe caballeresco; al fin y al cabo él era también un mercenario alquilado por Valcross para hacer un trabajo fuera de la Ley; pero si le hubiera quedado alguna duda acerca de la justicia de su causa, esa duda habría desaparecido aquella noche...

Y entonces, como si fuera una respuesta, la voz de Orcread le volvió a la conciencia, sacándola de sus sueños.

—Ya ha oído todo lo que teníamos que decirle, Santo. Sólo quedan dos caminos, el mío o el suyo. Puede pensar en el que más le guste.

—Ya he pensado todo lo que tenía que pensar —dijo firmemente El Santo.

—Está bien. No dirá que no le dimos una oportunidad.

Se puso pesadamente en pie y se quedó mirando a Simón con la misma preocupada perplejidad; a pesar de haber oído la verdad no estaba aún satisfecho, no podía comprender que una amenaza que había atacado las raíces de su organización, pudiera ser tan sencilla, pero la opinión general estaba en contra suya. Marcus Yeald cerró su cartera, se puso en pie y se puso los guantes. Luego miró a la puerta con su mirada aguda y petulante y un hombre la abrió.

Orcread le alcanzó a disgusto y le dijo a Kuhlmann:

—Bien, Dutch —dijo y salió seguido de Yeald. La puerta volvió a cerrarse de nuevo y un suspiro de alivio se escapó de todas las bocas. La conferencia, como tal, había terminado...

—Venga aquí, Santo —dijo guturalmente Kuhlmann.

Después de aquel momento de alivio que siguió a la partida de Orcread y Yeald, la habitación se había llenado de una tensión eléctrica, una tensión distinta de la anterior. Los fríos acentos de Kuhlmann no hicieron nada para removerla. En lugar de ello, tensaron la cuerda un poco más; pero El Santo, aparentemente no lo notó. Frío, tranquilo y sereno como si se encontrara en una reunión de amigos íntimos, dio un par de pasos hacia delante y se acercó al *gángster*.

Sabía que no podía hacer nada. Todas las probabilidades estaban contra él. Pero a pesar de eso, sonrió tranquilamente mientras Kuhlmann le miraba a la cara.

—Es un *puen* muchacho —dijo Kuhlmann—. Nos ha *dato* muchos disgustos y eso no está *pien*. Pero no podemos terminar aquí nuestra *confersación*. Así que —y su garganta se oprimió—, salga afuera y espérenos un minuto.

Unas rápidas manos se apoderaron de las muñecas de El Santo y se las echaron hacia atrás, pero él no luchó. Le empujaron hasta la puerta; y al salir Kuhlmann hizo un gesto a dos de los hombres que había junto a la pared.

—Tú, Joe y tú Maxie... dadle su merecido. *Und folfet*, luego, a *puscarne*.

Sin el más ligero cambio de expresión los dos hombres avanzaron hacia El Santo con las manos metidas en los bolsillos de sus chaquetas. La puerta se cerró tras el cortejo, y por un instante nadie habló.

Y entonces, Dutch Kuhlmann sacó su gran pañuelo blanco y se secó con él los ojos. Un claro sollozo se oyó en la habitación; y los restantes pistoleros se miraron entre sí casi tímidamente. Dutch Kuhlmann estaba llorando.

III

La luna que había iluminado con su luz las primeras horas de la noche, estimulando el romance de míster Bungstatter, de Brooklyn, había desaparecido. Las nubes, pesadas y bajas, oprimían la ciudad. Una nota larga y sonora de la Metropolitan Tower anunció que había pasado una hora después de medianoche.

En los bordes de la ciudad dormían los hombres que se llaman a sí mismos honrados. En el Bronx y las partes más cercanas de Long Island, en Hoboken, Peekskill y Poughkeepsie, las familias dormían tranquilamente. Y con el duro cañón de la automática de Maxie hundido en sus costillas, Simón Templar fue metido apresuradamente en un auto que aguardaba a la puerta de Charley's Place.

Joe se sentó al otro lado y un tercer hombre cogió el volante. El cañón de otro revólver se hundió en el otro costado de El Santo y había una fría tensión en los ojos de su escolta, que indicaba que sus dedos rodeaban el gatillo. En aquel paseo no querían arriesgarse a nada.

Simón miró por la ventanilla mientras el conductor hundía su pie en el acelerador. Los escasos transeúntes que pasaban ni siquiera miraban al auto. Pero si le hubiesen mirado no habrían visto nada extraordinario; y en caso de ver algo anormal, reflexionó amargamente El Santo, habrían echado a correr llenos de miedo. Había emprendido un juego que tenía que llevar solo adelante, y en el que nadie le ayudaría... Pero al mirar hacia atrás, vio la esbelta figura de Fay Edwards encuadrada en el marco de la puerta; y las viejas preguntas volvieron a presentarse en su mente.

El ala de su sombrero ponía una sombra sobre sus ojos, y él no podía decir si miraba o no en su dirección. No tenía ninguna razón para pensar que iba a mirar. Mientras duró su entrevista con Orcread había estado sentada como un espectador distraído, fumando y abismada en sus propios pensamientos. Cuando Kuhlmann pronunció su sentencia de muerte, ella estaba encendiendo otro cigarrillo: ni siquiera le había mirado, y su mano no temblaba. Cuando le sacaron a empujones de la habitación había alzado los ojos y le había mirado de nuevo, con una mirada tranquila e impersonal, que no le dijo mucho más que su postura actual.

—Mejor será que se fije bien en ella —aconsejó Maxie.

No había burla ni amargura en su voz; era simplemente un siniestro recordatorio del hecho de que Simón Templar estaba condenado y que no le quedaban ya muchas cosas atractivas que mirar.

El Santo sonrió y vio que la muchacha empezaba a cruzar la calle, detrás del auto, sin mirar a su alrededor, antes de que Joe bajara las cortinillas.

—Se merece que la mire —murmuró El Santo, y alzando una ceja señaló las cerradas cortinas que le impedían mirar afuera—. Este coche ya tiene aspecto de ataúd.

Joe lanzó un gruñido inarticulado y el auto se alejó de la acera y dio la vuelta a la manzana. Las luces de Broadway brillaron un momento a lo lejos, como el reflejo de un incendio en el cielo; luego dieron la vuelta y torcieron hacia el Oeste, y El Santo se instaló en el asiento todo lo confortablemente que pudo; dentro de las desagradables circunstancias que le rodeaban.

La situación no ofrecía muchas facilidades para la comodidad. Había algo tan oficial, tan definitivo y confiado en las maneras de sus captores que, contra su voluntad, un dedo helado empezó a recorrer la espina dorsal de El Santo. Excepto por el hecho de que ninguna mano de la Ley sancionaba aquella extraña ejecución, ésta tenía una perturbadora semejanza con el implacable ritual del castigo de las leyes.

Antes de aquello se había visto muchas veces en serios apuros, de los que le habría sacado la Ley, en caso de haberla llamado en su ayuda; pero nunca la llamó. Había algo en las graves y obtusas invenciones de la Ley que nunca le atrajo; en este particular caso sus potencialidades le atraían aún menos que nunca. La intervención, de tener éxito, significaría la detención y el juicio; y su corta entrevista con Orcread y Yeald había sido suficiente para demostrarle lo que él podía esperar de la justicia. Aunque en su caso, la justicia no era muy vital. El tribunal más incorruptible del mundo, no podía menos de admitir, no podría hacer más que condenarle a unos cuarenta años de cárcel, si es que no le condenaba a muerte y, en conjunto, prefería correr el riesgo de una ejecución ilícita. No sería la primera vez que jugaba a un juego de vida o muerte, jugando sus cartas con mano firme, fuera cual fuere la suerte; y ahora volvería a hacer lo mismo, aunque por el momento no tuviera ni la más ligera idea de qué método podría usar.

Y por primera vez en muchos años, se preguntó si no habría emprendido una tarea superior a sus fuerzas.

Pero su cara no dejó traicionar lo que sentía. Se echó hacia atrás, tranquilo y negligente como si fueran un grupo de amigos íntimos que se dirigían hacia su casa; y aun cuando se detuvieron junto al embarcadero de un *ferry*, no se movió. Sólo sus ojos azules se fijaron, burlones, en Maxie.

—Así que esta vez es en Jersey, ¿eh?

—Sí —dijo el pistolero con un insensible humorismo—. Pensamos que le gustaría cambiar de ambiente.

Un eficiente policía se encontraba a unas cuatro yardas de distancia; pero ningún sexto sentido, ningún relámpago de clarividencia le aconsejó fijarse en el *sedan* negro que, formando cola con otros vehículos, esperaba su turno para subir a bordo. Soñaba que era inspector, y Simón no quiso interrumpir sus sueños. El conductor pagó el pasaje y el coche entró en el *ferry* y esperó a que éste saliera.

Simón dirigió una mirada a las negras aguas del Hudson y se preguntó distraídamente por qué siempre la partida de un *ferry* iba acompañada del doble ruido y de ansiedad que la salida de un transatlántico; y luego sus pensamientos derivaron a otros detalles de su experiencia. Había oído hablar mucho de los efectivos métodos americanos de quitar de en medio una víctima escogida de antemano; pero a pesar de lo que había dicho Valcross, no esperaba gozar de la oportunidad de experimentar aquella sensación con tanta intensidad. Por ejemplo, pensaba que el país que ha adoptado el «paseo» como deporte nacional, se excedía en su interés por demostrarle su modo de hacer, pero ni siquiera lo arriesgado de su posición podía entibiar su aguda curiosidad profesional por los detalles. Pero de todos modos, su mano echaba de menos la agradable presión del cuchillo y sus ojos brillaban fríamente al tirar el resto de una colilla por la ventanilla del coche...

Maxie rebuscó en su bolsillo con su mano libre, sacó un arrugado paquete de cigarrillos y se lo tendió cortésmente.

—¿Quiere otro?

—El último pitillo del condenado, ¿no es eso?

Igualmente cortés y compuesto, El Santo sacó un «Chesterfield» del paquete y lo alisó cuidadosamente. Maxie le tendió el encendedor y luego encendió un cigarrillo para sí mismo; pero en ninguno de los movimientos de esta cuidadosa observancia de las leyes de la etiqueta había una oportunidad para lanzar un ataque por sorpresa. Simón sintió que la automática de Joe se hundía más en sus costillas, y comprendió que sus compañeros habían explorado todas las probabilidades de tales situaciones mucho antes de que él hubiera empezado a afeitarse. Suspiró y se echó hacia atrás exhalando dos hilillos de humo por sus narices.

—¿Quién es esa Fay? —preguntó casualmente.

Maxie echó hacia atrás su sombrero.

—¿Qué quiere decir con eso? Es una muñeca. Simón pasó revista a las dificultades de que el argumento que ocupaba su cerebro pudiera alcanzar el intelecto de Maxie. Sabía mejor que nadie que la seductora y misteriosa mujer, cuyos encantos femeninos manejan a una tropa de desalmados como una barra de hierro, y cuyo brillante cerebro aventaja lo mismo el de los criminales que al de los detectives, pertenecía solamente a las páginas de las novelas más fantásticas y que, sobre todo en el hampa de Nueva York, ese tipo era más raro aún. Para el rufián y el *gángster* americano, la hembra de su especie no tiene más que una función: reservada para sus horas de descanso, y que no exige ni gran inteligencia ni una notable personalidad. Cuando la llama una «muñeca», su vocabulario es una apropiada revelación psicológica. Ella es el juguete de sus diversiones, en el cual puede derrochar los dólares que tan fácilmente gana, para que sirva de emblema de su propia riqueza; pero no tiene ningún lugar en la mecánica de su profesión, excepto como espía, para atraer incautos o servir de instrumento mudo en una venganza, y, desde luego, nunca toma parte en sus deliberaciones.

El Santo no vio un modo fácil de acercarse a Maxie por aquel punto; pero dijo:

—Sí, ya sé que es agradable de mirar, pero no sé qué otro valor puede tener para ustedes. Yo no dejaría nunca que una muchacha tomara parte en mis deliberaciones... uno no puede nunca confiar en ella.

Maxie le miró con compasión.

—Diga, ¿por qué no comprende? La dama tiene algo aquí —y se golpeó el lugar donde su cerebro debía haberse hallado—. Tiene más que usted y otros muchos como usted.

Simón se encogió de hombros, incrédulo.

—Usted debe saberlo. Pero yo no me fiaría. Cuanto más lista es una mujer, más peligrosa es. Nunca se puede estar seguro de ellas. Van durante un tiempo con uno y de repente uno se entera de que se han enamorado de otro tipo y que están trabajando como unas locas por traicionarnos.

—¡Quién! ¿Ella? —En la mirada de Maxie se pintó la indignación y el desprecio—. Creo que Heimie tenía razón. Debe estar loco. ¿A quien va a traicionar? Ella es el portavoz del jefe.

La cara de El Santo seguía impasible.

—¿Portavoz? —repitió con expresión de extrañeza lentamente.

—Sí. Habla por él. Si él tiene que decirnos algo, ella nos lo dice. Y si nosotros tenemos algo que contestar, ella se lo repite. En realidad, es la que sabe más cosas de la banda.

Simón no se movió. Permaneció sentado viendo cómo las luces de la orilla se alejaban, al ponerse en marcha el *ferry*. La urgencia de su apuro desapareció de su cabeza, dejándole una sensación de vacío en la que empezaba a insinuarse una vaga excitación. La franca expresividad de Maxie casi le dejó sin sentido.

Era la última cosa que había esperado sacar de aquel paseo. Y entonces, en un minuto, comprendió cuál era la causa. La insensible confianza de sus ejecutores era una actitud que producía dos resultados; la completa e irrevocable finalidad de su fin era suficiente para permitir una clase de conversación que de otro modo habría sido completamente imposible. En un escenario diferente, ni los golpes ni las amenazas habrían conseguido sacar nada de ellos; pero hablando con un prisionero, camino de la ejecución, el pistolero podía hablar legítimamente, y hasta encontrar cierto placer en el recuerdo de sus hazañas... Después de todo la inevitable muerte no estaba tan lejos y los muertos no hablan. El Santo se sentía poseído de un extraño sentimiento de fatalidad al comprender que su utilidad había terminado, pero aunque la disolución se encontrara a menos de una yarda de distancia, nunca dejaría de separarse de su instinto de enterarse de todo lo que pudiera saber. Y aun en el estado en que se encontraba, sus esperanzas no se habían desvanecido.

—Siento mucho no haber conocido a ese jefe —dijo sin la más ligera variación en su tono de conversación casual—. Debe ser digno de conocerse.

—Ya se acercó demasiado a él —dijo tranquilamente Joe—. No debía haberlo intentado amigo.

—Me parece que debe ser un tipo bastante reservado —admitió Simón.

Maxie se quitó el cigarrillo de la boca y sonrió afablemente.

—No ha dicho nada. Reservado no es la palabra. No sabe lo bueno que estamos siendo con usted. Tuvo suerte en quitar de en medio a Morrie Ualino... Morrie lo habría llevado a la cámara caliente, con toda seguridad.

Y como se sintiera lleno de un inconsciente orgullo por la parte que jugaba en aquella desacostumbrada humanidad, Maxie sacó su arrugado paquete de cigarrillos y le ofreció otro. Simón tomó uno y aceptó la lumbre; el procedimiento se llevó a cabo con la misma cortesía y cautela que antes.

—Sí —dijo pensativo—, su jefe no debe ser un tipo muy fácil de cazar.

—Tarde se entera —convino lacónicamente Maxie.

—De todos modos —prosiguió Simón, con un aire de vago asombro—, no comprendo cómo el resto de la banda admite órdenes de un tipo que no forma parte de ella, un pájaro que ni siquiera han visto. Quiero decir, ¿qué es lo que ganan con ello?

Maxie dio media vuelta y volvió a golpear con su dedo la caja de su cerebro con aquel misterioso gesto que, por lo visto, era un saludo a la inteligencia.

—Ese tipo vale lo que pesa. Y si un tipo vale lo que pesa y sabe buscar la «pasta», sin traicionarme, yo admito que me dé órdenes. Y lo mismo piensan Joe y Heimie, y Dutch y el resto de la banda. La «pasta» no es tan fácil de encontrar desde que todo el mundo puede comprar licor, ¿sabe?

El Santo frunció el ceño con invitadora perplejidad; y Maxie con bastante buen grado, trató de aclararle el punto.

—Cuando había la prohibición estaban bien un *bootlegger*^[3] y su banda, ¿comprende? Infringían la Ley, pero era una ley que no le gustaba a nadie. Todo el mundo, hasta los ciudadanos respetables, tipos que vivían en Park Avenue, conocían a los *bootleggers* y los llamaban para hablar con ellos y se enorgullecían de conocerlos. ¡Bueno! Hasta llegaban a alabar a sus *bootleggers* como alaban a sus médicos o a sus abogados, y se peleaban por cuál *bootlegger* era mejor. Nos pagaban bien y no discutían porque sabían que teníamos que arriesgarnos para conseguirles lo que querían; y los «polis» eran una especie de enemigos públicos porque trataban de impedir nuestro comercio... a veces. No se encontraba nunca a nadie que quisiera declarar contra el tipo que le vendía el licor, y a favor de otro que quisiera impedir el tráfico, ¿comprende?

—¡Hum! —concedió El Santo dubitativamente, más como puntuación que como otra cosa.

—Pero la prohibición se terminó y las cosas cambiaron. Un *bootlegger* ya no era el amigo de nadie. Era simplemente un contrabandista que quería seguir cobrando caro por una bebida que un tipo podía comprar en cualquier parte, y el policía era un tipo que trataba de impedir su comercio, para hacer que bajaran los precios. Y en un momento se olvidaron de los años secos —dijo Maxie frunciendo tristemente el ceño ante la ingratitud humana—. Teníamos que hacer algo, ¿no es verdad? Después de todo un hombre tiene que vivir.

—Eso creo —dijo El Santo—. ¿Y qué hombre es ése?

Maxie arrugó la nariz.

—Una porción de hombres, que las estaban pasando negras entonces —dijo reminiscentemente—. Hubo una especie de redada reformista y cazaron a muchos. Cada vez se ponían peores las cosas. Muchos tipos no podían meterse en la cabeza la idea de que la época del dinero fácil se había acabado. Uno tiene que tener algo aquí —y volvió a señalarse misteriosamente la frente—. Los negocios marchaban mal, así que no teníamos dinero para pagar a la «poli»; y ella, como no recibía dinero, empezó a perseguirnos cada vez más. —Maxie suspiró—. Pero entonces vino el jefe —dijo, alegrándose—, y todo se arregló de nuevo.

—¿Por qué? —preguntó Simón con el mismo aire de ingenuo asombro.

—Porque nos volvió a llenar las manos de dinero, ¿no comprende?

—¿Con el negocio antiguo?

—Sí. Pero él tiene cerebro. E informes. Se entera de todo. Cuando dice: «Hay que hacer esto y lo otro, y hay que hacerlo de este modo y del otro», sabemos que será como dice. Y nunca hacemos faltas.

Las luces de la orilla dejaron de moverse y los pasajeros comenzaron a disponerse a dejar el *ferry*. El chófer volvió a subir a su asiento y asió el volante, esperando su turno en la fila de vehículos que iba a desembarcar.

Siguieron aún en la fila, subieron el camino tortuoso que conduce a Jersey, y un poco después cruzaban a toda velocidad las praderas de Jersey. El paseo se convirtió

en una monótona carrera por un terreno desconocido; las líneas de unas carreteras que lo mismo podían haber sido abiertas en la luna, temblorosas lucecitas de pequeños pueblos, faros deslumbradores de otros autos que les pasaban en la oscuridad de la noche y volvían a hundirse en ella. El poderoso *sedan*, conducido por las manos expertas del silencioso chófer, pasaba como una exhalación por las desiertas carreteras, acortando ligeramente su marcha al llegar a un pueblecito, para salvar luego de un largo salto la distancia que le separaba del próximo. A pesar de la velocidad a que viajaban, el camino parecía interminable: la sensación de completa desolación, el saberse apartado de todo el mundo por aquel torbellino blindado que le arrebatava en medio de la noche, habría producido en Simón un efecto soporífico, a no ser por el terrible y cercano final que le aguardaba.

El Santo no tenía ningún medio de averiguar a qué distancia se encontraba su destino, y su frío fatalismo no le permitía preguntar. Pero sabía que no podía estar muy lejos, que su tiempo iba haciéndose cada vez más pequeño, su apuro más desesperadamente urgente, aunque todavía no hubiera encontrado ninguna oportunidad de salvarse. La vigilancia de sus compañeros no se había aflojado ni un instante, y no les hubiera costado ningún trabajo pegarle dos tiros y tirarle al camino sin acortar siquiera la marcha del auto, al menor signo de violencia.

De todos modos podían hacerlo, quizá se estuvieran preparando a hacerlo. No comprendía por qué había presumido que le llevaban a un lugar definido, para matarle de acuerdo con el crudo ritual de los *gangsters*; pero en aquella presunción estaban basadas sus únicas esperanzas de huida.

Lanzó una mirada a Maxie. El pistolero estaba reclinado negligentemente en su asiento, con la cara impassible, dándole vueltas en la boca a un cigarro apagado. El decir que estaba totalmente desimpresionado por la enormidad que iba a cometer sólo habría expresado la superficie de su actitud. Si sentía algo en aquel momento, era un ligero aburrimiento.

Simón luchó por mantener su calma exterior. La duración del viaje, su forzada inacción bajo la amenaza de una incertidumbre tan mortal, iban lentamente destrozando sus nervios; pero a toda costa tenía que seguir siendo dueño de sí. Sabía que la oportunidad que se le presentaba en caso de hacerlo, sería muy pequeña; y que el más leve movimiento de pánico, la más ligera desavenencia entre la veloz y fría precisión del cerebro y el brazo, eliminaría por completo esa oportunidad. Y durante todo el tiempo, con la misma frialdad flemática con que un hombre de ciencia anota, en el lecho de muerte, los síntomas de su enfermedad, había considerado el hecho de que Maxie quizá siguiera hablando a un hombre que consideraba indefenso...

El Santo aclaró su garganta y trató de reanudar la conversación con el mismo tono de inocente asombro que antes. Tenía que seguir tratando de averiguar aquellas cosas, que quizá nunca le sirvieran de nada, para tener su mente ocupada en algo y aliviar el esfuerzo de su tensión.

—¿Qué quiere decir con que el jefe vino? —preguntó—. Ni siquiera formaba parte de la banda, nunca habían oído hablar de él, ni le habían visto... ¿Cómo sabían que podían confiar en él? ¿Cómo sabían que les convenía?

—¿Que cómo sabíamos que nos convenía?... Porque nos lo demostró. Los hechos lo convencen a cualquiera. Y él lo tenía todo arreglado.

—Sí, ya lo sé; pero debió empezar de algún modo. ¿Cómo entraron en contacto con él? ¿Cuándo oyeron hablar de él por primera vez?

Maxie lanzó un gruñido y miró hacia delante.

—Me parece que será mejor que trate de imaginárselo... Va a tener tiempo de sobra —dijo.

Simón miró por la ventanilla y vio que el auto acortaba la marcha.

CAPÍTULO VII

De cómo Dutch Kuhlmann vio un fantasma y Simón Templar volvió a su casa

I

Al principio Simón no pudo ver más que un trozo desierto de carretera que parecía extenderse interminablemente a lo lejos; y de repente, el chófer dio media vuelta a la derecha y el coche entró saltando en un camino estrecho.

A Simón no le sorprendió el no haberlo visto antes. Las tupidas ramas de los árboles se entrecruzaban sobre el olvidado y descuidado camino; su follaje arañó el techo del *sedan* y cepilló sus costados cuando el coche se adentró por el caminito a una velocidad considerablemente reducida. Antes de haber avanzado cinco yardas estaban, efectivamente, oculto para los demás coches que pudieran cruzar entonces la carretera.

Con las dos manos apretadas sobre el volante, que saltaba y se estremecía bajo ellas como una cosa viva, el chófer fue adentrándose más y más en la estrecha vereda. Si los bultos combinados de Joe y Maxie no hubieran formado un verdadero sistema de cuñas humanas que le apretaban firmemente contra su asiento, El Santo habría saltado fuera de él cada vez que las ruedas tropezaban con uno de los innumerables montículos de tierra que adornaban el camino.

Simón Templar se dio cuenta de que su corazón latía más aceleradamente. Había en su garganta una sequedad y una vaga sensación de constricción de su pecho, que le hacían respirar más profundamente que de costumbre; pero la respiración era lenta, igual y deliberada, no los rápidos y convulsos estertores del miedo. La tensión de sus nervios había pasado ya del período de vibración; ahora estaban tensos, en una terrible inmovilidad que era tan poco permanentes como la quietud de un resorte comprimido. La espera y la incertidumbre habían terminado; ahora no quedaba más que ver el final del paseo, y si el destino le presentaba una oportunidad de huida, aceptarla. Y si la oportunidad no se presentaba, aquello sería el fin de sus aventuras.

La vereda se iba estrechando cada vez más; y los árboles y arbustos que había a sus lados se apretaban contra el coche. Se veía claramente que era una vereda abandonada hacía mucho tiempo; las carreteras asfaltadas que corrían junto a ella le habían dejado reducida solamente a paseos de la clase de aquél. Al fin, cuando el *sedan* no pudo avanzar más, el chófer pisó fuertemente los frenos y detuvo violentamente el auto. Entonces apagó los faros y la escena quedó iluminada solamente por el débil resplandor rojizo de las luces de la población.

El Santo se veía obligado a admitir que aquel lugar era muy bueno para cometer un crimen; y se preguntó cuántos hombres, que se habían atrevido a desafiar a Dutch Kuhlmann y al jefe habrían pagado su temeridad en aquel lugar. Reinaba el silencio más absoluto; hasta los rumores del tránsito de la carretera llegaban hasta ellos distantes y lejanos. Lo que abarcaba la vista era una larga y quebrada pradera con grupos de árboles, piedras y arbustos. De repente. El Santo adivinó la razón de que le hubieran llevado tan lejos, con tantas precauciones, en lugar de tirarle en una de las calles de Nueva York y acribillarle a balazos mientras se alejaba el coche. Aquello era suficiente para otras víctimas; pero su caso era diferente. No olvidaba la conversación de Orcread y Yeald. El Santo no debía ser convertido en un mártir, ni siquiera en una noticia sensacional: tenía que desaparecer tan rápida y discretamente como había venido, como un cometa, y el tornadizo público le olvidaría pronto...

Algo crujió en la parte trasera del auto, rompiendo el silencio; y Maxie se puso en pie. Saltó al suelo lentamente y en seguida dio la vuelta y su automática brilló apagadamente en la semiobscuridad. Le hizo con ella una expresiva seña a El Santo, diciéndole:

—Afuera, amiguito.

Detrás de El Santo el revólver de Joe añadió una sutil presión a la orden.

Simón se irguió lentamente. Ahora que el fin del paseo había llegado, dejaba de especular acerca de las reacciones de un hombre condenado. Todas las células de su agudo cerebro, todos los nervios y las fibras de su cuerpo se encontraban dinámicamente vivas y dispuestas. Su cerebro no trabajó nunca tan clara y suavemente, su cuerpo no había alcanzado nunca aquel grado de perfecta aptitud física. Era imposible pensar que dentro de unos segundos, con un inconcebible choque, aquel cuerpo vibrante y vivo pudiera ser aquietado, el brillante cerebro apagado para siempre, el deleite sensual de la experiencia y la dulce sensación de vida tragados por un negro vacío del que no se volvía.

Bajó gradualmente el estribo. A una yarda de distancia la automática de Maxie apuntaba a su pecho; detrás de él el revólver de Joe se hundía en su espalda. Por un momento cruzó por su mente la idea loca de lanzarse contra Maxie desde el estribo en un salto desesperado, confiando en que la sorpresa le incapacitaría de disparar antes de caer al suelo y que la negrura de la noche haría el resto. Pero en el mismo instante comprendió que era una locura. A pesar de su exterior estolidez, Maxie le vigilaba como un gato; y había medido perfectamente la distancia. El saltar significaría saltar sobre una bala, y Joe probablemente le alcanzaría por detrás al mismo tiempo.

Con una cara de hierro, El Santo bajó a tierra y se estiró, pero sus ojos encontraron los de Maxie con relativa calma.

—¿Se acabó aquí el paseo? —inquirió.

—Usted lo ha dicho —asintió brevemente Maxie.

A sus espaldas Simón oyó el crujido de las botas de Joe, mientras el pistolero bajaba tras él, y el chasquido de la puerta al cerrarse. El peso del cañón del revólver

se hundió de nuevo en sus costillas. Se hallaba cogido entre aquellos dos posibles fuegos; y por segunda vez el helado dedo de la duda oprimió su estómago. En todos los movimientos que hacía había tal seguridad, tal confianza, como nunca había encontrado hasta entonces. En el fondo de su ser el pensamiento había dormido siempre la idea de que un día había de encontrarse con sus iguales, que alguna vez, en algún sitio, la suerte que le había seguido con tanta fidelidad en su carrera, le volvería la espalda como le sucede a todo jugador o aventurero que se niega a reconocer un límite. Pero nunca pensó que fuera allí... como ningún hombre piensa que morirá al día siguiente, aunque sabe que una vez vendrá un día siguiente en el que ha de morir... Una ligera sombra de su antigua sonrisa «santa» tocó las comisuras de sus labios, pero no llegó a sus ojos.

—Confío en que harán esto con todas las formalidades —dijo amablemente—. ¿Sabe?, muchas veces me he preguntado cómo harían estas cosas. Me sentiría muy desilusionado si no me liquidaran de acuerdo con todas las reglas del arte.

A su espalda, Joe ahogó un juramento; pero Maxie no se impresionó.

—Claro que sí —convino afablemente—. Le daremos una exhibición. Pero no crea que es gran cosa. Simplemente un trámite del negocio.

—Ya veo —dijo quietamente El Santo.

La completa despreocupación, la insensibilidad blandamente brutal de la respuesta de Maxie, le había helado el corazón. Había hecho frente a la muerte antes, una muerte que salía a su encuentro llameante de odio, o una muerte que desapasionadamente proponía su aniquilación como un asunto de conveniencia. Él también había dado muerte a los demás de muy distintos modos. Pero nunca había visto a nadie que tratara de quitarle la vida a un hombre tan casualmente con una ausencia tan indescriptible de sentimientos personales, como aquel asesino implacable que se preparaba a lanzarle una bala en las entrañas... «como un trámite de negocio».

El Santo tenía sus propias reglas de juego; pero por el momento las había olvidado todas. Si lograba escapar de la trampa, si el Destino le ofrecía un destello de oportunidad de escapar y volver a entrar en el juego, durante el resto de su aventura jugaría como habían jugado sus contrarios: sin dar cuartel. Sería lo mismo que eran ellos: sin piedad ni compasión. Sus errores sólo tendrían un remedio: el de los otros.

En la penumbra sus ojos habían perdido toda expresión. Su mirada no era nada más que un resplandor gélido.

—Allá, en aquel árbol —dirigió Maxie—. Aquel es el mejor sitio.

Sus frases llevaban en sí la siniestra circunstancia de que había probado otros muchos lugares en la vecindad y que aquella elección estaba basada en la experiencia; pero la sugestión era absolutamente inconsciente. Su acento era más indiferente que si fuera a colocar allí a El Santo para sacarle una fotografía.

Simón le miró un momento y luego volvió la cabeza. No podía hacer otra cosa. Muchas veces se había preguntado por qué un hombre, camino de una muerte cierta,

sigue sometiéndose aún a los dictados de un revólver; ahora, con una terrible claridad de razón, sabía la respuesta. Hasta que la muerte le hiriera, hasta el último e incontestable instante de la aniquilación, se asiría a la última esperanza de un milagro que podía salvarle; obediente a un instinto ciego e ilógico de propia conservación, no haría nada para precipitar el final...

Bajo el cañón del revólver de Maxie, El Santo se apoyó contra el tronco de un inmenso roble y luego volvió a dar la vuelta. Joe asintió aprobadoramente a un signo de Maxie y se acercó para preparar a la víctima para la ejecución, de acuerdo con el código de los *gangsters*.

Metódicamente desabrochó la chaqueta a El Santo y la abrió; a continuación empezó una tarea similar con su camisa.

—Algunos tipos han empezado a usar chalecos a prueba de bala —explicó alegremente Maxie.

Los nervios de Simón se tensaron hasta lo imposible; su cuerpo estaba rígido como una barra de acero. Ahora no le cubría más que Maxie: Joe estaba entregado por completo a su espantoso ritual, y el mudo conductor había alzado el chasis del auto y estaba absorto buscando algún defecto que había descubierto en su mecanismo. Si le quedaba una oportunidad, sólo podía ser entonces.

Se movió ligeramente, como si quisiera ayudar a Joe a desabrochar la camisa, y entonces, con un movimiento más veloz que el rayo, su brazo izquierdo se alzó. Unos dedos delgados se cerraron sobre la muñeca izquierda de Joe medio hundida en la camisa de El Santo, y una repentina y potente contracción de sus tendones de acero echó a un lado al hombre, haciéndole perder el equilibrio, mientras su brazo describía un semicírculo. El revólver que tenía en la mano derecha disparó al aire y Simón oyó el estallido de la explosión y vio salir la maligna lengua de fuego del cañón, pero la bala fue a perderse en la noche.

El puño de Simón golpeó el cuello del pistolero, por la parte posterior, en el cráneo, hundiéndose en la dura carne y el hueso con un porrazo salvaje que casi desencajó los huesos de su sitio. El hombre lanzó un gruñido estúpido y se inclinó hacia delante, pero el brazo izquierdo de El Santo le agarró por la cintura y lo usó como un escudo, mientras su mano derecha se apoderaba de la muñeca que sostenía el revólver para impedir que el pistolero torciera la mano y disparara a quemarropa. Durante aquel intervalo de frenética acción, no había tenido tiempo para pensar en lo que estaría haciendo Maxie; cuando El Santo lo observó por última vez, se hallaba a unas tres yardas de distancia, ligeramente hacia la izquierda, pero su último tirón que había lanzado a Joe dentro de la línea de fuego, hacía inútiles sus cálculos. Simón le buscó por encima del hombro de Joe y no lo vio. Entonces hizo girar locamente su escudo humano y el ensordecedor estrépito de una automática estalló detrás de él, hacia su derecha, y algo le hirió en el lado derecho de la espalda, debajo del hombro, con una terrible fuerza.

El Santo tropezó y ahogó un gemido, mientras una insoportable angustia se extendía por su cuerpo; y en el mismo momento, él cuerpo de Joe pateó convulsivamente y se convirtió en un peso muerto en sus brazos. El brazo derecho de Simón estaba entumecido hasta la punta de los dedos. Siguió dando la vuelta, arrastrando a Joe detrás de él y oyó el ruido sordo de la automática del muerto al chocar contra el suelo, pero no pudo cogerla. El tratar de hacerlo con su brazo inútil hubiera significado abandonar su única protección, y sabía que nunca tendría el tiempo necesario para cubrir la distancia y localizar el arma en la obscuridad. Alzó los ojos y vio la implacable cara de Maxie, un borrón blanco en la penumbra.

—Tiene dos minutos para decir sus oraciones, Santo —gruñó Maxie con las primeras ansias de venganza de toda la noche.

Y luego ladeó la cabeza y gritó:

—¡Eh, Hunk! ¡Maldito estúpido! ¿Dónde demonios estás?

Entonces Simón se acordó del conductor del automóvil y comprendió que la oportunidad con que había soñado no era más que una quimera, la última jugarreta sadista de la fortuna que lo abandonaba. Entre los dos hombres le cazarían con facilidad. Él no podía vigilar a los dos, ni protegerse de los dos a la vez. Uno de ellos le flanquearía con la misma sencillez con que se da la vuelta a una mesa, sin riesgo y sin esfuerzo, y aquello sería el fin.

El Santo no rezó. No conocía ninguna deidad a quien poder rogar, excepto los dioses primitivos y paganos de la batalla y la muerte que le habían llevado en sus brazos hasta llegar a aquel oscuro callejón dejándole allí solo para pagar su cuenta. Pero alzó los ojos al oscuro cielo y vio que las nubes se habían roto y una estrella parpadeaba a millones de millas de distancia, solitaria en el oscuro jirón de cielo. Una ligera brisa pasó por la pradera, llena de los perfumes de la noche, y Simón comprendió que, pasara lo que pasara, él no habría querido vivir otra clase de vida.

—¡Hunk! —volvió a llamar Maxie estridentemente.

No se atrevía a volver la cabeza por miedo a quitar sus ojos de encima de El Santo, pero éste miró a lo lejos y vio una cosa muy extraña.

El chófer no seguía registrando el interior del motor como antes. Ni siquiera se acercaba a trote lento para echar su taciturno peso en uno de los lados de la balanza. El Santo tardó uno o dos segundos en descubrir en dónde estaba; un segundo más en darse cuenta de que la borrosa forma que había extendida junto al auto era el chófer, tendido allí como si durmiera.

Y entonces vio algo más: una figura esbelta y graciosa que se acercaba silenciosamente a Maxie por la espalda.

Y al verla, ella habló:

—El jefe dice que esperes un poco, Maxie.

II

Los ojos de Maxie se abrieron con ofendida sorpresa y su boca se descolgó estúpidamente. Pero su automático no vaciló. Siguió apuntando a su blanco como si su cerebro se negara a aceptar la evidencia de sus oídos, y su asombrada mirada no se apartó a El Santo.

—¿Qui... quién es? —preguntó.

—Fay —dijo la muchacha.

Simón Templar dilató las aletas de su nariz en un enorme suspiro. El fresco y puro aire de los campos entró en sus pulmones como néctar etéreo y puso de nuevo en circulación su sangre. Alzó la cabeza y miró a la solitaria y parpadeante estrella que lucía en el jirón del roto palio del firmamento y a través del abismo de un millón de años de luz, la estrella le hizo un guiño. Estaba vivo.

No hay palabras para describir lo que sintió en aquel momento. Cuando un hombre ha descendido a las más hondas profundidades, cuando la sombra de las alas del ángel negro ha borrado la última luz y su frío aliento ha soplado en su rostro, no en un accidente repentino ni en el anestésico calor de la pasión, sino como una implacable deliberación que arranca del cuerpo hasta la última gota de dominio de sí, el volver a la vida es una sensación que no puede describirse con palabras. Decir que el peso de la mortalidad desaparece en un instante de sus hombros, que la rotura de la tensión deja cada nervio heroicamente disciplinado, flojo, inerte como un hilo roto, que la preciosa respuesta de todos sus sentidos le quita el aliento con su intolerable belleza no sería decir nada.

Como en medio de un sueño, El Santo oyó la voz de Maxie, incolora y asombrada, preguntar de nuevo:

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Andando —dijo fríamente la muchacha—. ¿Oíste lo que te dije? El jefe dice que lo sueltes.

—Pero... pero —Maxie se debatía en un abismo de incredulidad que le había hecho perder pie—. Pero ha matado a Joe —logró decir al fin.

La muchacha avanzó fríamente hasta estar a su lado. Luego echó una mirada a la forma inerte que había en brazos de El Santo.

—¿Y qué?

Las dos palabras salieron de sus labios con una translúcida serenidad que estaba desprovista de la más mínima huella de interés. No le importaba lo que hubiera podido ocurrirle a Joe. No lograba encontrar ninguna conexión su muerte y el objeto de su llegada. Maxie trató en vano de hablar.

Y entonces El Santo se dio cuenta de que la automática de Joe seguía en el suelo, cerca de él, donde había caído.

Su brazo comenzaba a dolerle a consecuencia del peso muerto y alzando el cuerpo lo cogió por otra parte, mientras sus ojos registraban la obscuridad. Su brazo herido latía dolorosamente y al respirar sentía una punzada en el pecho, pero apenas si se dio cuenta de ello. De repente, descubrió el apagado brillo del metal, en la hierba, unos cuantos pasos a su izquierda.

Se fue acercando a él, pulgada a pulgada, con infinita paciencia. Todos sus instintos le impulsaban a tirar la molesta carga y lanzarse rápida y desesperadamente hacia él, pero comprendía que todas las probabilidades estarían en contra suya. Con los músculos tensos, fue acercándose a la automática con movimientos tan suaves e insignificantes que nadie se habría dado cuenta de ello. Se encontraba sólo a una yarda y media de distancia, pero a él le parecían siete millas. Y al fin Maxie recobró la voz.

—¿Qué es lo que quiere el jefe que hagamos? —preguntó ásperamente—. ¿Que le besemos?

—El jefe dice que le sueltes.

El apagado brillo del metal se hallaba solamente a seis pulgadas de distancia. Simón extendió un cauteloso pie y lo atrajo suavemente hacia él. Era el revólver que andaba buscando. Su brazo derecho seguía inutilizado, pero si pudiera tirar a Joe y lanzarse a cogerlo con su mano izquierda en el instante en que la atención de Maxie se distrajera, lo que sería pronto...

—¿Dejarle ir? —los ojos de Maxie estaban furiosos, su boca contraída—. ¡Al infierno le dejaré ir! Debe estar loca. Mató a Joe —y el antebrazo de Maxie se endureció y su revólver se movió ligeramente—. Llega demasiado tarde, Fay; habríamos hecho la faena antes de que viniera. Así es como vamos a dejarle marchar a este maldito traidor...

—¡No seas estúpido!

Las manos de la muchacha rodearon rápidamente su muñeca, haciéndole bajar el brazo; y en aquel momento, El Santo vio su oportunidad. Con un movimiento instantáneo de su brazo sano, tiró al suelo el cuerpo de su escudo y su mano se lanzó hacia la automática que seguía sujetando con el pie. Sus dedos se cerraron sobre la culata y volvió a erguirse con ella en la mano.

—Creo que es un buen consejo, Maxie —dijo amablemente.

En su voz había un rastro de su antiguo tono «santo», un tono de triunfante burla, nacido de su nueva confianza que le producía el sentir el metal entre sus dedos. Maxie se le quedó mirando, asombrado, con su brazo derecho preso aún entre los dedos de la muchacha y el cañón de su automática apuntando inofensivamente al suelo. El dedo de Simón se acercó al gatillo. Había jurado no tener piedad. La indiferencia de sus ejecutores había endurecido las últimas heces de piedad que había en su corazón.

—¿No eran dos minutos los que nos hacían falta para decir nuestras oraciones, Maxie? —murmuró.

El pistolero le lanzó una mirada furibunda con los ojos dilatados. De repente, en un físico temblor de comprensión, pareció enterarse de lo que pasaba: que El Santo estaba vivo y libre y que las cosas habían cambiado. Con un espantoso juramento, sin preocuparse de la amenaza de la automática de El Santo, se libertó de la muchacha, con un salvaje tirón, y alzó su revólver.

El dedo de Simón oprimió el gatillo una vez... El revólver de Maxie no se disparó nunca. Sus brazos se agitaron en el aire y su cabeza cayó hacia delante. Durante un instante, miró a El Santo con todas las furias del, infierno concentradas en su mirada, y entonces sus pupilas se cubrieron de un velo y su fuego se apagó. Su cabeza se echó a un lado como si estuviera cansado; sus rodillas vacilaron y cayó de bruces al suelo.

Simón miró un segundo en silencio a las dos figuras que yacían en el suelo, mientras el hielo de su mirada se fundía, sin dulcificar por eso su expresión. Un ligero gesto de repugnancia levantó uno de los extremos de su boca, pero ni él mismo sabía si esa repugnancia era por los dos asesinos difuntos o por el modo como habían muerto. Dejó a un lado el dilema con un encogimiento de hombros y el movimiento inconsciente produjo una punzada de dolor en su hombro herido que le volvió de nuevo a la realidad. Con un suspiro inaudible, metió el revólver en su bolsillo y se volvió hacia la muchacha.

Ella no se había movido de su sitio. El cadáver de Maxie yacía a sus pies; pero la muchacha no lo miraba ni había tratado de posesionarse de la automática que todavía empuñaba en su mano. La luz era demasiado escasa para que El Santo pudiera ver la expresión de su rostro, pero la actitud de su cuerpo le hizo recordar la noche cuando ella le había visto matar a Morrie Ualino, y más recientemente, el momento en que, sólo una o dos horas antes, él mismo había salido de la habitación posterior de Charley's Place, camino de aquel paseo que acababa de terminar en aquel instante. Había en ella el mismo inexpugnable alejamiento, el mismo inescrutable desprecio de la muerte como si de algún modo imposible se hubiera liberado de todas las emociones humanas y dominado el último misterio de la disolución. Simón se acercó a ella lentamente, porque su pecho le dolía un poco al respirar, hasta que distinguió el brillo de sus ojos castaños, pero los ojos no le dijeron nada.

Ella no hablaba y El Santo no sabía qué hacer. La situación estaba fuera de su alcance. La saludó vagamente con el espectro de una inclinación y dejó que su brazo cayera junto a su costado.

—Gracias —dijo.

Sus ojos eran dos estanques de ámbar, quietos e indescifrables.

—¿Eso es todo? —preguntó con expresión de asombro en voz baja.

De nuevo volvió a sentir aquel extraño latido de expectación al oír la ronca música de sus palabras. Movié sus manos en un gesto ligero de impotencia.

—Eso creo. Es la segunda vez que me ayuda... no sé por qué. Yo no se lo he pedido. ¿Qué más puede haber?

—¿Qué le parece esto?

De repente, antes de que él se diera cuenta de lo que estaba haciendo, sus brazos le rodearon el cuello, su suave esbeltez se apretó contra él, el raso de su mejilla contra la de El Santo. Durante un momento, Simón estuvo demasiado asombrado para moverse. Vagamente, se preguntaba si el terrible choque que había sufrido había aflojado algún punto débil de su imaginación. El tenue perfume de su piel y cabellos se insinuó en sus sentidos e hizo correr un río de fuego por sus venas; y durante un loco instante se sintió sacudido por la fuerza de su pasión. Él retrocedió imperceptiblemente y entonces ella se echó atrás.

—Lo siento —dijo El Santo—. Como ve, no llegó aquí lo suficientemente pronto. Uno de los brazos se paró.

Instantáneamente, ella se olvidó de todo lo demás. Le llevó al coche, encendió los faros y le hizo quitarse la chaqueta. Con ágiles y suaves manos, bajó su camisa hasta más allá del hombro; él sintió el calor pagajoso de la sangre en su espalda. En el suelo, cerca de ellos, el chófer seguía extendido como si durmiera.

—Mejor será que nos aseguremos de que ese no se despierta mientras usted me hace la primera cura —dijo El Santo, señalando con un gesto de cansancio al hombre que yacía en tierra.

—No se despertará —repuso ella tranquilamente—. Yo lo maté.

Entonces Simón vio que la sombra que había entre los hombros del chófer era el mango de un pequeño cuchillo y un escalofrío fantasmal recorrió su cuerpo. Ahora comprendía por qué la llamada de Maxie no había tenido respuesta. Las manos de la muchacha, apoyadas en su espalda, estaban perfectamente firmes; él no podía verle la cara porque estaba detrás de él, pero sabía lo que habría visto en ella. Estaría cubierta con la misma máscara de fría belleza, el mismo ultraterreno desprecio de la vida y la muerte y todas sus asociaciones, que él sólo había visto romperse una vez —tan extrañamente—, unos minutos antes.

Ella anudó su pañuelo y el de El Santo alrededor de la herida, volvió a colocarle la camisa y le echó la chaqueta por encima del hombro. Su mano descansó ligeramente en él.

—Tiene que ver a un médico —dijo—. Yo conozco un hombre en Passaic a quien podemos ir a visitar.

Él asintió y subió al automóvil. Competente, ella bajó la capota del chasis y se le anticipó en el volante. El Santo no protestó.

Era imposible hacerle dar la vuelta al coche en aquel reducido espacio y ella tuvo que hacerlo andar hacia atrás, hasta llegar a la carretera. Lo hizo con toda la seguridad que Simón había esperado de ella, aunque hasta entonces nunca conoció a una mujer que dominara por completo el arte de guiar hacia atrás. Las piedras inanimadas parecían haber cobrado vida, a juzgar por cómo se lanzaban maliciosamente bajo las llantas del automóvil, amenazando lanzarlo contra los arbustos, pero sus pequeñas manos asidas al volante lograban verdaderos milagros. En un espacio de tiempo notablemente corto, habían llegado a la carretera, y el

poderoso *sedan*, respondiendo instantáneamente a la presión de su pie en el acelerador, voló como el viento hacia Passaic.

El Santo no vio ningún otro coche en el camino y se vio obligado a repetir la pregunta de Maxie.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Estaba en el baúl de la parte posterior —explicó—. Hunk se entretenía tanto que creí que no iba a poder salir nunca. Por eso es que tardé.

El estridente claxon lanzaba un continuo aviso a los coches más lentos y la aguja del velocímetro volaba por el cuadrante. La muchacha guiaba aprisa, desafiadoramente, pero con una fría precisión de máquina que hacía disculpable su desprecio por los derechos de los demás conductores. Quizá, mientras se apartaban, blasfemando, de su paso, podrían ver su cabello rubio y su pálida cara aparecer y desaparecer como un relámpago, como una walkiria cabalgando en alas de la muerte.

Simón se reclinó en su asiento y encendió un cigarrillo. Su hombro le latía dolorosamente y se alegraba de poder descansar. Pero su mente estaba llena de asombro. Era la segunda vez que ella intervenía para salvarle la vida, y todavía no conocía la razón. Excepto... la más obvia de todas. Sobre aquélla no cabían dudas, aunque hasta el momento nunca hubiera hablado ni una palabra con él. El Santo había vivido su vida. Había amado y coqueteado con muchas, pero en aquel momento loco en que ella lo besó, había sentido algo que no tenía igual en sus experiencias, algo que le producía casi espanto...

Pero estaba demasiado cansado para profundizar más en ello. Conscientemente, trató de posponer el arreglo de aquella cuenta, y se sintió aliviado cuando las luces de Passaic les salieron al encuentro, aunque se dio cuenta de que eso sólo aminoraba el tiempo que le quedaba para decidirse.

La muchacha detuvo el coche delante de una casita pequeña, en las afueras de la ciudad, y saltó a la acera. Simón vaciló.

—¿No será mejor que espere aquí? —sugirió—. Si este pájaro está relacionado con su banda...

—No lo está; entre.

Cuando él llegó a la puerta, ella estaba tocando el timbre. Después de largo rato, el doctor abrió, soñoliento y desarreglado, en camisa y pantalones. Era un hombrecillo moreno, de labio inferior colgante y ojos prominentes, que miraban detrás de unas gafas gruesas. Después de lanzar una mirada a la manchada camisa de El Santo y a su manga vacía, le condujo a la sala de cirugía y encendió el gas bajo un esterilizador.

Luego le dio a El Santo un vaso de brandy y procedió a lavarse metódicamente las manos en una rajada palangana.

—¿Qué tal le va, Fay? —preguntó.

—Muy bien —contestó ella casualmente—. ¿Y usted?

Él gruñó, secándose las manos:

—He estado muy ocupado. No he podido tomarme unas vacaciones desde que fui a la Exposición de Chicago.

La bala había atravesado la espalda de El Santo, rebotando en una costilla y yendo a alojarse en la cavidad pectoral. Simón sabía que el pulmón no había sido afectado —de ser así, probablemente estaría muerto a aquellas horas—. Pero se alegró de conocer la exacta extensión de su herida. El doctor trabajaba con impersonal eficacia, y la muchacha tomó un cigarrillo y presencié la operación, tendiéndole las cosas que él pedía. Simón miró su rostro; estaba impasible, sin que sus pensamientos le hubieran alterado.

—¿Quiere beber otro trago? —preguntó el doctor, después de vendar la herida.

Simón asintió. Su cara estaba ligeramente pálida bajo el matiz tostado de la piel.

Fay Edwards se lo sirvió y el doctor se acercó a la rajada palangana y se lavó las manos de nuevo.

—Era digna de verse la exposición —dijo—. Hacía demasiado calor para pasar un buen rato, pero merecía la pena verse.

Y luego se acercó a El Santo y le miró agudamente a través de sus gruesas gafas, que le hacían los ojos más pequeños aún de lo que eran.

—Esto le costará mil dólares —dijo blandamente.

El Santo rebuscó en sus bolsillos y recordó que no tenía ni un céntimo. Afortunadamente, había depositado sus diez mil dólares en lugar seguro antes de ir a entrevistarse con Inselheim, pero el dinero suelto le había sido arrebatado cuando le registraron. Aquello era una infracción patente de las leyes del hampa, que piden, cuando un hombre es llevado a dar un paseo, que salga con todo su dinero, pero la infracción era más bien un tributo al miedo que había inspirado, que transformaba hasta una pareja de billetes de cinco dólares en posible arma mortífera en sus manos.

Sonrió picarescamente.

—¿Tengo buen crédito?

—Desde luego —dijo el cirujano sin la más mínima duda—. Envíemelo mañana. En billetes pequeños, por favor. Deje el vendaje puesto durante unos dos días y trate de no esforzarse. Mañana quizá tenga un poco de fiebre. Tome una aspirina.

Los acompañó vivamente hasta el vestíbulo, acariciando innecesariamente la mano de la muchacha.

—Venga a verme cuando quiera, Fay. Buenas noches.

Durante toda la visita no había alzado una ceja ni hecho una sola pregunta pertinente; se veía claramente que el que le despertaran a la madrugada para atender a un herido en su casa, era cosa normal en su carrera, y que desde hacía mucho tiempo había reconocido el provecho y la sabiduría de no meterse en lo que no le importaba.

Entraron en el automóvil y Simón encendió un cigarrillo. El brandy del doctor le había quitado algo de la mortal laxitud que le había privado antes de su vitalidad; pero sabía que la estimación sólo era temporal y tenía trabajo que hacer. Además, quedaba también el enigma de Fay Edwards, al cual tendría que hacer frente dentro

de poco. ¡Si al menos ella fuera piadosa y le dejara el tiempo suficiente para aclarar sus ideas! Todavía no sabía qué responderle; quería tener tiempo para pensar en ello, aunque sabía que el tiempo no le resolvería su problema. Pero ella no sería piadosa. La piedad es muy rara en las mujeres, y en una mujer de su clase sería más extraña aún. Se enfrentaría con su respuesta del mismo modo que se enfrentaba con la muerte, con el mismo lejano, e inexpugnable desprendimiento; él sólo podía intuir de un modo indefinible lo que había debajo de aquella fría indiferencia, y la sensación era vagamente espantosa.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó ella.

Él siguió fumando seguidamente, evitando sus ojos.

—Me figuro que de vuelta a Nueva York. No he terminado mi trabajo de esta noche. Pero puede dejarme donde mejor le parezca.

—No se encuentra en condiciones de hacer nada más hoy.

—No he terminado —dijo él ceñudamente.

Ella le miró inescrutable; su mente se hallaba a miles de millas de su horizonte, pero la fresca suavidad de su cuerpo se hallaba demasiado cercana para dejarle estar tranquilo.

—¿Qué vino a hacer aquí?

—Tenía un encargo —dijo él.

Se llevó la mano al bolsillo de su chaleco, sacó su cartera y la abrió sobre su rodilla. Ella se inclinó hacia él, mirando por encima de su hombro el trozo de papel que Simón le mostraba. El dedo de El Santo recorrió la lista de nombres escrita en él.

—Vine aquí a matar a seis hombres. He matado a tres: Jack Isboll, Morrie Ualino y Eddie Voelsang. Me quedan otros tres.

—Hunk está muerto —dijo ella, tocando la lista—. Él era Jenson, el hombre que guiaba el automóvil esta noche.

—Quedan dos —corrigió él quedamente.

Ella asintió.

—No sabría dónde encontrar a Curly Ippolino. La última cosa que supe de él fue que estaba en Pittsburgh. —Sus ojos dorados se volvieron, impasibles, a él—. Pero Dutch Kuhlmann es el que sigue.

El Santo se obligó a sí mismo a mirarla. No podía hacer ya otra cosa. Tenía que enfrentarse con ella, y, además, estaba encantado por una terrible curiosidad.

—¿Qué piensa hacer? Es uno de sus amigos, ¿no es verdad?

—Yo no tengo amigos... —dijo ella, y de nuevo él se sintió turbado por la extraña y obsesionante música de sus palabras—. Yo lo llevaré. Debe estar esperando la llegada de Joe y Maxie. Le verá cuando salga.

Simón miró el cajón de instrumentos que había junto a él. En realidad, ni siquiera los veía, pero al menos era algo hacia donde podía volver la vista. Si volvían a buscar a Dutch Kuhlmann, el desafío de la muchacha quedaría en suspenso durante algún tiempo.

Quizá pudiera escapar aún. Y, además, quedaba su misión: había prometido una cosa y hasta entonces nunca había dejado de cumplir con su palabra. Estaba seguro de que ella no le llevaba a una emboscada; habría sido fantástico imaginarse un plan tan complicado cuando habría sido tan sencillo permitir que Maxie terminara un trabajo que había comenzado tan bien. Por otra parte, ella no le había ofrecido ninguna explicación a El Santo del porqué le había salvado la vida dos veces ni le había pedido tampoco explicaciones acerca de su sombría misión. Simón sentía que ella no tenía ningún interés por los motivos. El odio, los celos, la venganza y hasta la justicia —todas las razones de la lógica o la ingenuidad— no eran más que palabras para ella. Fay seguía con la mano en el volante, esperando a que él se decidiera.

El Santo inclinó lentamente la cabeza.

—Quiero volver a Charley's Place —dijo.

Un poco más de una hora más tarde, Dutch Kuhlmann apuraba el último trago de su *whisky*, sacaba su grande y anticuado reloj de oro, bostezaba con teutónica eficiencia y separaba del mostrador su alto taburete.

—Me voy a casa —dijo—. ¡Eh, Toni! Cuando Joe y Maxie *fuelvan*, díles que *fayan a ferme* a mi departamento.

El camarero asintió mecánicamente, secando unas manchas invisibles de la immaculada caoba.

—Muy bien, míster Kuhlmann.

Kuhlmann se puso en pie y miró a los dos jóvenes de cara de esfinge que estaban pacientemente sentados en una mesa estratégica. La pareja terminó apresuradamente su bebida y se levantó para seguirle, como dos perros bien educados, mientras Kuhlmann se dirigía tambaleándose a la puerta, cambiando ásperas despedidas con sus amigos conocidos. En el vestíbulo se detuvo para dejar que le alcanzaran. Los muchachos se pusieron cada uno a un lado mientras abrían la puerta. Después salieron los primeros a la calle, la inspeccionaron cuidadosamente y le hicieron seña de que los siguiera. Kuhlmann salió y quedó entre los dos, en la acera. Era tan metódico y eficiente en la protección de su persona como en todo lo demás, y ésa era una de las razones por la cual su imperio había durado tanto tiempo. Volvió a encender el cigarro y tiró juguetonamente la cerilla encendida a uno de sus muchachos.

—*Faya und* inspeccione el auto, Fritzie —dijo.

Uno de los muchachos de cara de esfinge se destacó del pequeño grupo y saltó al asiento del chófer del «Packard» de Kuhlmann, que se hallaba a corta distancia de allí. Le pagaban espléndidamente por aquel cometido especial, pero su puesto no era una sinecura. En realidad, su predecesor en el oficio sólo había durado tres semanas; hasta que una bomba colocada bajo el acelerador por algún ciudadano malicioso había estallado al poner el coche en marcha.

Los ojos benignos pero inquietos de Kuhlmann, recorrieron la calle mientras el motor se calentaba, y fueron los primeros en reconocer el *sedan* negro que entró a toda velocidad en la calle, por el Oeste. Entonces dio un codazo al guardián que había permanecido con él.

—Llegan a tiempo —dijo jovialmente—. Ya están ahí de *fuelta*, Joe y Maxie.

Y se acercó al automóvil que se aproximaba a la acera. Se hallaba a menos de dos yardas de distancia de él cuando vio un fantasma; demasiado tarde para dar la vuelta o girar. Vio el rostro del hombre que había mandado ejecutar, un pálido fantasma de labios pétreos y ojos azules, fríos y duros como zafiros pulimentados, y comprendió que aquel era su último momento. El agudo chasquido de un solo disparo apagó por un instante los ruidos de la calle y el *sedan* negro desapareció hacia el Este antes de que su cuerpo hubiera llegado a caer al suelo.

III

Las sirenas de la policía gemían aún como fantasmas olvidados, cuando Fay Edwards detuvo el automóvil en Central Park. Simón recordó de pronto vívidamente la noche que había estado en el mismo sitio con el inspector Fernack, en otro coche; hacía mucho menos de treinta y seis horas y, sin embargo, habían ocurrido tantas cosas desde entonces que lo mismo podrían haber pasado treinta y seis años. Se preguntaba qué habría sido de Fernack y qué pensaría el ceñudo y macizo detective del volcán de pánico y muerte que había entrado en erupción en el mundo del hampa desde la noche de su irregular conversación. Probablemente, Fernack se hallaba en aquel momento recorriendo la ciudad en busca suya, obligado a hacer esfuerzos sobrehumanos por la ansiedad de los comisarios y políticos; su próxima conversación, si alguna vez tenía lugar, sería probablemente mucho menos amistosa y tolerante. Pero la susodicha conversación le parecía tan lejana como si perteneciera a otro siglo. Fay Edwards le esperaba.

Había parado el motor y estaba encendiendo un cigarrillo. El vio la tranquila y casi increíble belleza de su rostro iluminado por la temblorosa luz de la cerilla, la inalterable paz de sus ojos, y tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que aquella noche había matado a un hombre y ayudado a matar a otro.

—¿Salió bien? —preguntó ella.

—Perfectamente —dijo él.

—Vi su lista —dijo ella reflexivamente—. En ella ha escrito mi nombre. ¿Qué es lo que he hecho yo? Me figuro que quiere hacer algo conmigo. Pues aquí me tiene... ahora.

Él meneó la cabeza:

—Debería haber puesto un signo de interrogación detrás de su nombre. La apunté como un misterio. Estaba escuchando cuando habló con Nather. Esa fue la primera vez que oí su voz. Me fijé en usted cuando estaba con Morrie Ualino. Usted me dio el revólver que me ayudó a salir de allí. Quería saber quién era —quién había sido—, por qué formaba parte de la banda... Simple curiosidad.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora ya sabe la respuesta.

—¿De veras? —La respuesta fue automática y, apenas pronunciada, El Santo querría haberla retirado. Sintió que los ojos de la muchacha se volvían hacia él y añadió rápidamente—: Cuando llegó esta noche y le dijo a Maxie que el jefe había dicho que me soltaran... no era verdad.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Es una simple sospecha. Pero apostaría confiado a que es verdad.

—Claro que no es verdad. El jefe estaba también en la lista, ¿no es cierto? —preguntó inconscientemente—. ¿Lo quiere cazar también?

—Más que a los demás.

—Ya veo. Es usted muy decidido, muy sincero, ¿no es así?

—Tengo que serlo —dijo El Santo—. Y quiero terminar esta tarea. Quiero escribir «fin» y empezar algo nuevo. Estoy un poco cansado.

Ella fumaba pensativa, con una ligera arruga de concentración entre el dibujo fino de sus cejas, la única arruga en la suave perfección de su cara.

Lo mismo podía haberse hallado sola en su habitación, disponiéndose a salir y vacilando ante la elección de un traje. Sus propias emociones no significaban nada, que lo único que compartieran fueran asesinatos, que la misión de El Santo no tuviera otro objeto que la muerte y que todos los caminos que siguieran juntos no les llevaran más que a la misma meta sangrienta. El Santo se sintió sobrecogido ante el pensamiento de que ella sólo comprendía bien la muerte y los asesinatos, que quizá era lo único que realmente comprendía.

—Creo que podría encontrar al jefe —dijo; y él trató de aparecer tan frío y tranquilo como externamente demostraba estar ella.

—Usted le conoce, ¿verdad?

—Soy la única que le conoce.

Resultaba extraordinariamente fantástico encontrarse allí, herido y cansado, discutiendo con ella el mayor misterio que los anales del crimen de Nueva York han conocido, en el umbral de impensadas revelaciones, cuando de otro modo se habría hallado con el mismo ilimitado vacío con que había tenido que vérselas al principio. En sus más locos sueños, nunca había imaginado que el punto crítico de su búsqueda sería aquél, y ese pensamiento le hacía sentirse humillado, a pesar suyo.

—Es un gran misterio, ¿verdad? —dijo El Santo meditativo—. ¿Cuánto tiempo hace que le conoce?

—Le conocí hace cerca de tres años, antes de que fuera el jefe, y antes de que nadie hubiera oído hablar de él. Me recogió cuando yo estaba en las últimas. — Hablaba de ello con el mismo tono casual que habría empleado para hablar de un efímero escándalo de nueve días, como si lo que decía no le importara grandemente a nadie—. Me explicó su idea. Era buena. Yo podía ayudarle porque sabía cómo se podía entrar en contacto con la gente que necesitaba. Desde entonces he sido su portavoz... hasta esta noche.

—¿Quiere decir que... se ha separado?

—¡Oh, no! Simplemente que he cambiado de parecer.

—Debe ser un tipo notable —dijo El Santo.

—Lo es. Cuando comenzó, no creí que duraría una semana, aunque sus ideas eran buenas. Hace falta algo más que buenas ideas para dirigir una banda. Y él no podía usar su personalidad, ni ninguna clase de contacto directo. Estaba decidido a ser absolutamente desconocido para todos desde el principio hasta el fin. Y, en realidad, no tiene mucha personalidad... desde luego no de esa clase. Quizá él lo sepa. Quizá por eso lo hiciera todo por intermedio mío. Ni siquiera hablaba a los de la banda por teléfono. Probablemente, es uno de esos hombres que en sus sueños es Napoleón, pero que nunca hacen nada porque no se atreven a enfrentarse con la realidad. El jefe encontró un modo de vencer su timidez. Nunca tendría que hacerle frente a nadie, excepto a mí, y no sé por qué yo no le asusto. Y siguió soñando solo.

En lo más profundo del cerebro de Simón Templar empezaba a encenderse una luz. Casi no se podía decir que fuera una luz, sino más bien un débil nimbo de luminosidad en las cavernas de una obscuridad sin límites. Tenía un pasado e ilógico presentimiento de que quizá, después de todo, los hilos de la trama no estaban separados entre sí tan ampliamente; que quizás un muro no era tan vacío y enigmático como él creyera. Pero no comprendía por qué había de tener fe en esa fantástica ley de coincidencias.

—¿Tenía ideas inteligentes? —preguntó.

—Tenía un medio de comunicarse con los otros que nunca se pudo averiguar —replicó simplemente—. Morrie Ualino trató de enterarse de quién era. Kuhlmann también. Le pusieron toda clase de lazos, pero él no cayó en ellos. Yo creo que eso es inteligencia. Tenía un modo de rebajar el dinero de los rescates que dejaba absortos a los policías. Ya sabe lo que pasa siempre con el dinero de los rescates: casi siempre va marcado y se le puede seguir la pista. Pero el jefe no se expuso nunca lo más mínimo, ni en eso ni en nada. Y eso no era más que el principio. Sí, es muy inteligente.

Simón asintió. Hasta ahí podía seguirla con facilidad. Era grotesco, imposible, una de esas cosas que no ocurren ni pueden ocurrir, pero él lo sabía desde un principio. Porque las cosas imposibles tienen que ocurrir a veces, si no, el Universo entero se hundiría en la ciénaga insondable de las leyes inmutables, y los pedantes y presumidos, cuya única ambición es hacer desaparecer toda sorpresa, habrían

heredado de hace mucho tiempo nuestra vacía tierra. No podía comprenderlo. El manejar bandidos y asesinos, la brutal y deshumanizada carne de la gente del hampa, hombres cuyos escrúpulos, lealtades y disensiones son tan volátiles e insospechadas como el vuelo de una perdiz asustada, requiere un tipo peculiar de dominio. Un hombre puede ser un éxito brillante en otros campos, llega hasta dificultar y organizar una industria gigantesca, su puño puede hacer temblar a los sátrapas del hierro, de la industria en sus tronos dorados y ser, sin embargo, un fracaso innoble en esa clase de cosas. El jefe había resuelto esa dificultad del modo más sencillo; posiblemente se había ganado un prestigio por el misterio con que había escudado su propia debilidad. Pero la misma pregunta que Maxie no había tenido tiempo de contestar seguía aún en vigor.

—¿Cómo empezó el jefe? —preguntó El Santo.

—Con cien mil dólares —sonrió ella ante su mezcla de asombro y atención—. Ese era todo su capital. Fui a ver a Morrie Ualino con la historia de que un hombre, cuyo nombre no podía dar, quería que secuestraran a otro y quizá hasta que lo mataran. Yo le conocía de antes, así podíamos hablar francamente. Se pueden encontrar tipos capaces de matar a un hombre por cincuenta dólares. Pero por lo regular, lo que se suele cobrar es de doscientos para arriba, de acuerdo con el ruido que pueda armar la cosa. Ese hombre era un personaje conocido. Probablemente lo hubieran hecho por diez mil dólares. El jefe ofreció cincuenta mil, al contado. Sabía todo lo que hacía el hombre, cuáles eran sus costumbres y tenía ya perfectamente trazado su plan. Todo lo que Morrie y su banda tenían que hacer era seguir exactamente sus instrucciones sin hacer preguntas. Morrie creyó que era una disputa privada. Agarró al hombre y luego pidió el dinero del rescate, siguiendo las instrucciones del jefe, que yo le había dado. Tenía que ser pagado en un plazo de treinta y seis horas y no lo fue. El jefe dio orden de que se le liquidara, y luego su cadáver fue abandonado delante de la puerta de su propia casa. Era Fio Youssine.

—¿El productor teatral? Ya recuerdo. Pero la historia del rescate se publicó en cuanto fue asesinado.

—Claro. Morrie me encargó que le dijera al jefe que esas cosas podía hacerlas él solo, sin que nadie le dijera nada. La respuesta del jefe fue la siguiente: «¿Por qué no lo hizo entonces?». Al mismo tiempo ordenó que raptaran a otro hombre, al mismo precio. Morrie lo hizo. Tenía tantos informes como en el primer trabajo, y su plan era perfecto en todos sus detalles. El asesinato de Youssine había sido un aviso y esta vez el rescate se pagó.

—Ya veo —dijo Simón fascinado—. Y entonces hizo lo mismo con Kuhlmann...

—Aproximadamente. Luego, lo relacionó con Ualino, Naturalmente, no fue en seguida, sino en el momento oportuno. El jefe no cometió nunca una falta. Después de la muerte de Youssine, nadie se negó a pagar hasta que Inselheim lo hizo. Las dos bandas empezaron a pensar que el jefe debía ser un dios... un diablo... su mascota,

cualquier cosa... Pero les hacía ganar dinero y aquello era suficiente. Era más listo que todos los demás y ellos no eran tan tontos que no se dieran cuenta de ello.

Era tan sencillo que estuvo a punto de dejar a El Santo con la boca abierta. Tenía la perfección de todo lo sencillo. Era absoluta y completamente satisfactoria la mezcla del genio director y el capaz vocero; resultaba tan claro que sintió deseos de darse de patadas por haber permitido que un problema tan sencillo alcanzara tales proporciones en su mente, aunque él sabía que no hay nada tan misterioso como las cosas claras y sencillas.

El plan de que le hablara Papulos se había desarrollado con toda facilidad. Una vez que se había logrado establecer el terrorismo, podía uno evitarse la cruda materialidad del secuestro. La amenaza sola era suficiente. Empezaba a sentir un poco menos de desprecio por Zeke Inselheim: el agente de cambio, al menos, había tratado débilmente de resistir, de desafiar el terror que tenía esclavizados a millares de seres como él.

—¿Y desde entonces las cosas han sido siempre así? —sugirió Simón.

—No del todo —dijo la muchacha—. Eso fue sólo el comienzo. En cuanto el negocio se consolidó un poco, el jefe lo organizó debidamente. No había nada nuevo en ello, todo llevaba años y años haciéndose, pero nunca se hizo tan completamente ni tan bien. El jefe lo convirtió en una industria. No podía tener así alquilados a Kuhlmann o a Ualino para que le hicieran trabajos aislados. Sus precios habrían ido subiendo automáticamente, quizá hasta habrían tratado de trabajar por su cuenta y un fracaso o dos lo habría echado todo a perder. El jefe elegía él mismo todas sus víctimas, también en eso demostró su inteligencia. Ninguna de ellas era una figura demasiado conocida, ninguna de ellas podía llenar los periódicos con la historia de su secuestro como en el caso de Lindbergh, ni tenían una influencia política demasiado grande para hacer que los policías se interesaran demasiado en el caso, ninguna de ellas era capaz de desafiarlos; pero todas eran ricas. El jefe siguió dirigiendo las cosas como al principio, y las organizó tan bien que sus asociados sacaron grandes provechos.

—¿Cómo estaban organizados los beneficios?

—Todo el dinero se pagaba en un Banco y los socios podían retirar una suma fija cada semana, y el jefe lo mismo que los demás; yo era la encargada de retirarlas. El resto de los beneficios se iba acumulando. Se había convenido que el negocio sólo duraría cinco años y que al fin de ese tiempo se dividiría el capital por partes iguales y volveríamos a organizarnos si nos parecía bien. Desde que está aquí —añadió desapasionadamente—, no quedan muchos para repartirse los beneficios. Y éstos son una buena suma de dinero, porque el mes pasado había diecisiete millones de dólares en la cuenta.

Su fría enunciación de la suma dejó sin aliento a Simón Templar. Aunque recordaba vagamente haber oído hablar de astronómicas estadísticas de los billones que saca anualmente el crimen en América, aquella cantidad le asombraba. Se

preguntó cuántos hombres esperaban aún repartirse aquella colosal fortuna, ahora que Dutch Kuhlmann y Morrie Ualino habían muerto. No podían ser muchos; pero los ojos de la muchacha se habían vuelto a él quedamente divertidos.

—¿Quiere saber algo más?

—Varias cosas —dijo él mirándola—. ¿Puede decirme quién es ese... jefe?

Ella meneó la cabeza.

—No puedo.

—Pero dijo que podría buscármelo.

—Creo que sí. Pero cuando comenzamos yo le prometí no decir nunca su nombre a nadie, ni decirle cómo podría entrar en contacto con él.

El Santo sacó un cigarrillo. Su mano era firme, pero su firmeza le había costado un gran esfuerzo.

—Quiere decir que si usted lo encuentra y yo los veo a los dos de un modo que pueda llamársele accidental, su conciencia quedaría tranquila.

—¿Por qué no? —preguntó ella cándidamente—. Si es eso lo que quiere, lo haré.

—Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo de El Santo. No sabía si la noche se había puesto más fresca, o si se debía a una repentina y cegadora comprensión de lo que había debajo de aquella inocencia casi infantil.

—Es muy amable —dijo.

Ella no contestó en seguida.

—Después de esto —preguntó—, ¿habrá terminado ya?

—Sí, eso será casi el final.

Ella tiró su cigarrillo y permaneció inmóvil un instante, contemplando la obscuridad que había más allá de los focos. Su perfil tenía la lejana e imposible perfección del ideal de un artista.

—Oí hablar de usted en cuanto llegó —dijo—. Esperaba verle. Cuando le vi, todo lo demás dejó de interesarme. Nada volverá a interesarme. Cuando uno ha esperado toda su vida una cosa, la reconoce cuando se tropieza con ella.

Aquellas palabras eran lo más parecido a un testamento, y durante el resto de sus días, El Santo las conservó en la memoria con tanta claridad como si acabara de escucharlas. Las palabras en sí eran desapasionadas, casi vulgares; pero a la luz de lo poco que sabía de ella y en el lugar y momento en que fueron pronunciadas hacían el efecto de una eterna pregunta de la que Simón nunca supo la respuesta.

No podía decirle que no estaba libre para ella, que aun en los abismos sin ley de su mente ella estaría siempre lejana y apartada, aunque en todos sentidos fuera tan infinitamente detestable. Ella no le habría comprendido. Ni siquiera esperaba su respuesta.

Fay Edwards había puesto en marcha de nuevo el auto; y mientras cruzaban el parque empezó a hablar como si nada hubiera sucedido entre los dos, como si sólo los implacables detalles de su misión los hubieran reunido, sin la más mínima alteración en la fría calma de su voz.

—El jefe habría querido conservarle. Le admira mucho en varios aspectos. La última vez que le vi, me dijo que le gustaría que usted se uniera a él. Pero los otros no lo habrían consentido nunca. Me dijo que tratara de ayudarle si le cazaban. Me figuro que esperaba poder conquistarle algún día.

Detuvo el auto en la Lexington Avenue, en la esquina de la calle Cincuenta.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó.

Él meditó un momento. El Waldorf Astoria era su refugio secreto, y no se sentía muy dispuesto a descubrirlo. Pero no sabía de otro lugar.

—¿Cuánto tiempo tardará? —contemporizó.

—Creo que tendré noticias para usted dentro de hora y media o dos horas.

Una idea cruzó por su mente al recuerdo de la última comida que había tomado tranquilamente cuando bajó Lexington Avenue con el sombrero alegremente ladeado y toda la aventura ante él.

—Llame a Chris Cellini, en la calle Cuarenta y Cinco Este —dijo—. Probablemente no estaré allí, pero puedo dejar un recado y si usted deja uno me lo darán. Diga lo que diga, nadie la traicionará allí.

—Bien. —Y le puso una mano en el hombro, volviéndose un poco hacia él—. Dentro de poco tendremos más tiempo... Simón.

Su rostro se alzaba hacia el suyo y su fragante perfume le dio de nuevo en la nariz; los asombrosos ojos de ámbar se habían oscurecido, los rojos labios estaban entreabiertos sin coquetería, en reconocimiento y aquiescencia. Simón la besó y volvió a sentir que por su sangre corría fuego y una deliciosa languidez en sus miembros. Era imposible recordar otra cosa, pensar en otra cosa que no fuera ella. En su entrega incondicional a su brujería había un infinito descanso, una paz sensual que sobrepasaba todos sus sueños.

—*Au revoir* —dijo ella suavemente; y sin que supiera cómo se encontró fuera del auto, viendo cómo éste se alejaba silencioso en la obscuridad, con la frescura de sus labios en su boca y un espectro de miedo en el corazón.

De repente se dio cuenta del latir dolorido de su hombro y del enloquecedor cansancio de todo su cuerpo. Dio media vuelta y se encaminó lentamente a la entrada privada del Waldorf.

—Bueno —se decía—, antes de que sea de día, habré visto al jefe y eso será el fin de todo.

Pero sabía que no sería más que el principio.

Surgió en el ascensor privado, encendiendo otro cigarrillo. Su mano derecha había perdido algo de su entumecimiento: movió los dedos, de mala gana, para asegurarse de que funcionaban, pero tenía poca fuerza en ellos. Le dolía mucho mover el brazo. En conjunto, comprendía que debía considerarse afortunado por haber escapado así a tan poco precio, pero se sentía vagamente enfadado por la pérdida de vitalidad. Se encontraba disgustado, como un niño enfermo; hasta que Maxie le hiriera, El Santo no se había imaginado nunca seriamente que hubiera algo

que pudiera atacarle, que su espléndida salud pudiera ser alterada. Se decía que si se hubiera encontrado en estada normal, con su normal excedente de vitales energías, ni siquiera el extraño embrujo de Fay Edwards podría haberle turbado. Pero sabía que no era verdad.

Las luces del departamento estaban encendidas cuando entró, y de pronto, se dio cuenta de que llevaba fuera mucho tiempo. Valcross debería desesperar de volver a verle vivo, pensó mientras una vaga sonrisa se asomaba a sus labios; y entonces, al ver que ninguna voz familiar y amable se alzaba para darle la bienvenida, decidió que el anciano debería haberse cansado de la espera y se habría quedado dormido sobre su libro. Cruzó alegremente el vestíbulo y abrió de par en par la puerta del saloncito. Las luces de éste estaban encendidas también y El Santo había cruzado el umbral de la puerta antes de darse cuenta de que ninguno de los dos hombres que se hallaban en él era Valcross.

Se detuvo en seco; y entonces su mano saltó instintivamente hacia la llave de la luz. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo cansado que estaba, ni de cuánta vitalidad había perdido. La respuesta de sus músculos fue lenta y torpe, y una punzada de dolor detuvo el movimiento a la mitad y selló su fracaso.

—Mejor será que no intente repetirlo —le aconsejó ásperamente el más fuerte de los dos hombres; y Simón Templar se encontró ante la negra boca de un «Colt» de reglamento y comprendió que nunca hasta entonces oyera un consejo que más sobria y efectivamente pudiera ser obedecido sin objeciones.

CAPITULO VIII

De cómo Fay Edwards cumplió su promesa y Simón Templar entregó su revólver

I

Bien, bien! —dijo el Santo y se sorprendió al ver lo ronca que era su voz—. ¡Qué sorpresa tan agradable! —y señaló hacia una de las sillas vacías—. Pero ¿qué han hecho con Marx?

—¿Qué quiere decir con... Marx? —preguntó al instante el hombre corpulento. El Santo sonrió.

—Lo siento —dijo afablemente—. Por un momento pensé que eran Hart y Schaffner. No importa. ¿Qué es un nombre?, como contestó la actriz a su interlocutor cuando él le dijo que le recordaba a Aspasia. ¿Puedo servirles en algo o es que el hotel se ha declarado en quiebra y ustedes son los alguaciles?

Los dos hombres se miraban en silencio, dándose cuenta de que los dos pensaban lo mismo. El más pequeño de los dos lo enunció en alta voz, sin saber que un tal Heimie Felder se le había adelantado por un buen número de horas.

—Chalado —afirmó decisivamente—. Eso es lo que le pasa. ¿Por qué no le damos lo suyo?

Simón Templar se apoyó contra la puerta y los miró con tolerancia. No sentía gran animosidad por la opinión que el más pequeño de los dos había expresado con tan admirable economía de palabras; la había oído repetir tantas veces hacía poco que ya se iba acostumbrando a ella. Y en el fondo de su cerebro empezaba a preguntarse si no contendría algún germen de verdad. Su entrada en aquella habitación había sido uno de los actos más descuidadamente ridículos de toda su vida y su fútil intento de alcanzar la llave de la luz todavía le hacía enrojecer en su fuero interno. Por lo visto, el desgaste senil había comenzado demasiado pronto...

Estudió a los dos hombres con ceñuda intensidad. Para su conveniencia inmediata, podía clasificarlos como el grande y el chico; pero en realidad, no se distinguían gran cosa entre sí. El «chico» medía unos seis pies y tres pulgadas y su peso no sería inferior a trescientas libras; el otro, y no hace falta decir más, era mucho más corpulento. En conjunto, los dos formaban una de las comisiones de bienvenida más desagradables que El Santo podía imaginar en aquellos momentos.

El grande dio la vuelta pesadamente a la mesa que se interponía entre las dos y avanzó. Luego, hundiendo su «Colt» de reglamento en el costado de El Santo, comenzó a registrarle los bolsillos y encontró el revólver que había pertenecido al difunto y malogrado Joe. Se lo tiró a su compañero y se guardó su propia arma.

—Ahora dígame —preguntóle ásperamente—, ¿cuál es su nombre?

—Me llamo Tulipán —dijo exquisitamente El Santo—. ¿Y usted cómo se llama? El hombre alzó las cejas y sus ojos se endurecieron malévolos.

—Oiga, amigo —chilló—, usted ya sabe quiénes somos.

—No —dijo tranquilamente El Santo—. No hemos sido presentados. Yo quise adivinarlo, pero aparentemente me equivoqué. Quizá no le importe decírmelo.

—Mi nombre es Kestry —dijo de mala el más alto—, y aquel es el detective Bonacci. Pertenece a la Jefatura. ¿Está contento?

Simón asintió. Estaba más que contento. Había sospechado aquello desde el instante en que vio el revólver del más alto y vio también que su cañón no escupía fuego y muerte como habría sucedido probablemente si los dos hombres fueran miembros de la banda de Kuhlmann o de la de Ualino. El tamaño de los dos hombres, el peso de sus zapatos y su aire dominante le habían ayudado a llegar a aquella conclusión; pero le gustaba estar seguro.

—Son muy amables por haber venido —dijo lentamente—. Me figuro que recibirían mi aviso.

—¿Qué aviso?

—El que les envié diciéndoles que vinieran.

Los ojos de Kestry se entornaron.

—¿Usted envió este aviso?

—Claro. Por aquel entonces yo estaba bastante ocupado, pero busqué un tipo para que lo hiciera por mí.

El detective ensanchó su amplio pecho.

—Interesante, ¿eh? ¿Y para qué quería verme?

El Santo estaba pensando aprisa. Entonces se había recibido un aviso. Su artimaña para ganar tiempo lo había revelado. Se preguntó quién podría haberle traicionado. ¿Fay Edwards? No sabía nada. ¿El conductor del taxi que se había interesado de tal modo por él el día en que murió Papulos? No se imaginaba cómo podía haber acertado con su escondite...

—¿Para qué quería verme? —repitió Kestry.

—Pensé que quizá le gustaría saber algo acerca del jefe.

—¿De veras? —dijo el detective casi benignamente—. Entonces, maldito mentiroso —rugió—, ¿por qué el tipo que telefoneaba en su nombre dijo: «Aquí el jefe... encontrarán a El Santo en el departamento de la torre del Waldorf Astoria, alquilado por un tal míster Valcross... lleva ya demasiado tiempo pisándome los talones»?

Simón Templar aspiró el aire y luego dejó escapar un profundo suspiro.

—No me lo imagino —dijo—. Quizá hubiera bebido demasiado. Ahora que pienso en ello, creo que estaba un poco alegre...

—Tiene mucha razón cuando dice que no se lo imagina —dijo Kestry con belicosa satisfacción. Había estado estudiando detenidamente el rostro de El Santo, y

Simón vio cómo la sospecha y la certidumbre iban pintándose sucesivamente en él—. Ya sé quién es —dijo Kestry—. ¡Usted es el Santo!

Simón se inclinó. Si hubiera podido mirarse en un espejo y ver las señales que su agitada noche había dejado en su persona, quizá se habría sorprendido menos de que el detective hubiera tardado tanto en identificarle.

—Le felicito, amigo —murmuró—. ¡Precioso trabajo! Me figuro que está aprendiendo a seguir la pista. Veamos... ¿hay por ahí alguna cosa que pueda darle para que juegue con ella?... Solíamos tener un par de pistas muy bien conservadas en el cuarto de baño, pero el sábado por la noche se nos escaparon por la cañería de desagüe...

—Oiga, amiguito —le cortó agriamente el detective—. Ya ha hablado bastante y el resto de los chistes los diré yo. Si se hace el tonto, le avisaré a golpes. Lo mejor que puede hacer es decir la verdad antes de que me ponga bruto. ¿Comprendido?

El Santo indicó que había comprendido. Sus ojos seguían brillando, su aspecto era tan fresco y afable como siempre; pero una sensación de derrota final le envolvía pesadamente como un paño mortuorio. ¿Era, pues, aquél el término de su aventura, el fin de El Santo? ¿Estaba destinado después de todo a ser encerrado en una celda, como un tigre enjaulado, mientras que en los cuatro Continentes los hombres que habían temido su venganza leían la noticia de su pérdida y se regocijaban de su propia salvación? No podía creer que terminara así; pero se daba cuenta de que, durante las últimas horas, jugaba un juego perdido. No obstante, cuando volvió a hablar no había en su voz ni desesperación ni debilidad.

—¿No le parece que pide demasiado? —dijo amablemente.

—Voy a pedirle más aún —le repuso violento Kestry—. ¿Dónde está ese tal Valcross?

—No tengo ni la menor idea —dijo honradamente El Santo.

Antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, el puño de Kestry se cerró, se lanzó hacia delante y le hirió en la cara. El golpe le lanzó contra la pared y dejó su cabeza dando vueltas.

—¿Dónde puedo encontrar a Valcross?

—No lo sé —dijo El Santo; y en sus ojos había unas chispas aceradas—. La última vez que lo vi estaba ocupando una jaula privada en la casa de los monos de Bronx, disfrazado de detective.

El puño de Kestry volvió a golpearle con maligna fuerza, y El Santo se tambaleó y se agarró al borde de la mesa para no caer.

—¿Dónde está Valcross?

Simón meneó la cabeza en silencio. Sus rodillas habían perdido la fuerza y se sentía mareado y decaído. No recordaba haber sido golpeado nunca con tanta fuerza.

Los ojos pétreos de Kestry se fijaban despiadados en él.

—Así que cree que no va a hablar, ¿verdad?

—Yo soy bastante peculiar en cuanto a las personas con quienes me gusta hablar, gorila —dijo El Santo vacilante—. Si este es su modo de jugar a los detectives, no me extraña nada que sea un fracaso.

La mirada de Kestry se enrojeció.

—Al menos lo cacé —gruñó, y su puño se lanzó al aire de nuevo y envió a El Santo tambaleando contra una biblioteca.

Luego cogió a El Santo por las solapas y con un fuerte tirón lo atrajo hacia él. Al hacerlo se dio cuenta por primera vez de que una de las mangas de la chaqueta de Simón colgaba vacía. Le dejó en mangas de camisa y entonces vio las manchas rojizas que tenía sobre el hombro derecho.

—¿Dónde le ocurrió eso? —ladró.

—Me mordió un piojo —dijo El Santo—; y ahora que pienso en ello, debe haber sido un pariente suyo.

Kestry le agarró por la muñeca y retorció diestramente su brazo hacia atrás.

La fuerza del detective era terrible. El hombro herido de Simón fue atravesado por unas agujas ardientes y sus ojos se velaron con una espesa niebla. Sabía que no podría resistir mucho tiempo, aunque no tuviera nada que decir. Pero los métodos medievales del tercer grado lo torturarían y lo destrozarían antes de que aquellos descendientes espirituales de Sherlock Holmes se sintieran satisfechos.

Y entonces, a través del martilleo que ensordecía sus oídos, oyó el agudo vibrar de un timbre y la tortura de su brazo se alivió.

—Mira a ver quién es, Dan —ordenó Kestry.

Bonacci asintió y salió de la habitación. Kestry seguía asiendo el brazo de El Santo, dispuesto a continuar su entretenimiento privado tan pronto como el visitante desapareciera, pero sus ojos no se apartaban de la puerta.

Y el que entró fue el inspector Fernack.

Desde el umbral de la puerta lanzó una mirada rápida a la habitación, dándose cuenta de la escena con una sola ojeada de sus duros y vivos ojos grises. Su áspero rostro no demostró la menor sorpresa; sus macizos hombros eran tan sólidos e inmutables como una montaña.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Hemos cogido a El Santo —proclamó exultante Kestry—. El otro tipo... Valcross... no está aquí, pero este pájaro me va a decir en seguida dónde se encuentra. Precisamente me estaba encargando de que entrara en razón...

—¿De veras? —rugió Fernack, de repente, con una voz que apagó la bárbara aspereza de las palabras de su subordinado—. ¡Imbécil! ¿Quién le dijo que lo hiciera aquí? ¿Quién le ha enseñado esas cosas?

Kestry tragó saliva como si no pudiera dar crédito a sus oídos.

—Pero oiga, jefe, ¿qué mal hay en ello? Este tipo no quería hablar... se estaba burlando de mí... y yo no quería perder el tiempo buscando a Valcross...

—De modo que eso es lo que les enseñan en la Academia de Policía, ¿eh? —continuó inflexible Fernack—. Yo siempre me pregunté para qué servía. Es una idea magnífica, Kestry. Siga adelante. Rompa todo lo que hay en la habitación. Despierte a los otros huéspedes del hotel y que formen un grupo afuera. Bonacci puede telefonar a los periódicos y pedir que nos envíen unos cuantos reporteros para que vean cómo lo hace. El comisario estará encantado. ¡Probablemente presentará la dimisión y le dará su puesto!

Kestry soltó la muñeca de El Santo y se hizo a un lado. Simón no había visto nunca nada parecido. El enorme y enfurecido matón de hacía un momento se había transformado en algo que recordaba ridículamente a un niño que ha sido pillado en el momento de robar una manzana. Kestry estaba a dos dedos de echarse a llorar.

—Sólo quería ahorrar tiempo, jefe —imploró.

Salga y búsqume un taxi —ordenó brevemente Fernack—. Yo mismo bajaré a El Santo. Después puede irse a su casa. Bonacci, usted quédese aquí por si vuelve ese Valcross.

Simón había admirado a Fernack antes, pero nunca había apreciado tanto el imperio del carácter de un hombre. Fernack dominaba la escena como un dios, lanzando frases cortas y precisas que producían el efecto de balas de cañón. En menos de un minuto despejó la habitación tan efectivamente como la escoba de un gigante. Kestry había salido precipitadamente de la habitación, como si no quisiera volver a verla más en su vida; y Bonacci se había dejado caer en una silla como si esperara que ésta se lo tragase. Fernack quedó triunfante y en su mirada gris había un relámpago que indicaba que no le habría importado que hubiera una docena más de pigmeos para destrozarlos.

Clavó sus ojos en El Santo, fijando su atención en las huellas que la batalla había impreso en él. La mirada aguda del detective no perdió ningún detalle, pero su cara granítica no varió. Desde el primer momento no había dado el menor síntoma de reconocimiento; y Simón, aceptando su sugestión, seguía impassible.

—Venga —gruñó Fernack.

Le cogió del brazo y le condujo hasta el ascensor. Bajaron en silencio y se encontraron con Kestry que aguardaba tímidamente con el taxi. Fernack hizo entrar a El Santo y se volvió a su ayudante.

—Puede venir con nosotros —dijo.

Se dirigieron hacia el centro, con la misma atmósfera de muda tensión. El silencio de Kestry estaba cargado de rencor y de miedo; Fernack evitaba la conversación porque le parecía bien, majestuosamente despreocupado de lo que pudieran pensar los demás de su taciturnidad. Simón se preguntaba qué estaría ocurriendo en la mente del detective. Fernack le había dado una vez una oportunidad y hasta le había confesado que teóricamente simpatizaba con él; pero las cosas habían pasado del punto en que un prejuicio personal pudiera dictar su curso.

El Santo iba sintiéndose poco a poco más allá de toda preocupación. El inmenso cansancio que se había apoderado de él no le permitía más que aguardar con exterior indiferencia lo que el Destino le tuviera reservado. Si tenía que acabar acabaría como había vivido: con una broma y una sonrisa. Pero las ganas de luchar le habían abandonado. Su ser aceptaba una infinidad de dolor y fatiga. Sólo quería descansar. Ni siquiera se fijó en la breve orden de Fernack que hizo que el taxi siguiera más allá de Washington Square; y cuando se detuvo y El Santo saltó apáticamente a la acera se sorprendió al ver que no estaban en Centre Street.

Fernack le siguió y se volvió hacia Kestry.

—Este es mi departamento —dijo—. Voy a charlar un rato con El Santo, aquí. Puede marcharse. Venga a buscarme por la mañana. Buenas noches.

Cogió de nuevo el brazo de El Santo y le condujo a la casa, dejando al asombrado Kestry haciendo toda clase de cábalas. El departamento de Fernack era un piso bajo, en la parte de atrás; Simón se quedó ligeramente perplejo al ver que tenía un claro y confortable saloncito, con unos cuantos grabados antiguos en las paredes y una librería llena de libros, que tenían el aspecto de haber sido leídos.

—Nunca se es demasiado viejo para aprender —dijo Fernack, que no perdía ni un detalle—. Quiero enterarme qué tal son esos griegos. ¿Ha oído hablar alguna vez de Eurípides? —Él lo pronunciaba Uripides—. Le pregunté lo mismo a un griego que tiene una frutería en Mott Street y me dijo que no; pero el empleado de la librería me aconsejó que lo leyera. —Tiró su sombrero sobre una silla y cogió una botella—. ¿Quiere beber algo? —inquirió.

—No me vendría mal —dijo El Santo con una sonrisa seca.

Fernack le llenó un vaso y se lo tendió. Estaba servido con esplendidez. Dejó que El Santo bebiera un trago y encendiera un cigarrillo y luego escupió en una escupidera que había junto a la chimenea.

—Santo, es un verdadero estúpido —dijo de repente.

—¿No lo somos todos? —preguntó Simón.

—Quiero decir que es más estúpido que los demás. He hablado una vez con usted. Ya sabe lo que pasa. Ya sabe lo que yo debo hacer.

—Busque la pala del *base-ball* y la porra de goma y me aguantaré —dijo salvajemente El Santo—. Ya sé qué me espera. He conocido a su míster Kestry. Como un sustituto de la inteligencia, debe ser lo más perfecto que se ha inventado.

—Aquí lo usamos —dijo cortante Fernack—. Hemos visto que sirve tan bien como cualquier otra cosa. Lo único que pasa es que algunos estúpidos no saben cuándo deben usarlo o cuándo no hacen más que perder el tiempo. Pero ese no es el asunto. Yo lo traje aquí para otra cosa. Ha andado suelto por ahí bastante tiempo desde el día de nuestra conversación. ¿Se acercó mucho al jefe?

La pregunta le hirió como un disparo, sin pausa ni artificios, y, por el modo en que había sido hecha, Simón comprendió que no era ocasión apropiada de burlas ni de evasivas.

—Estaba bastante cerca de él, cuando caí en los brazos amantes de Kestry —dijo—. En verdad, podría haber recibido un aviso dentro de una hora que me habría puesto en contacto con él.

Fernack meneó la cabeza. Sus ojos grises estaban fijos en El Santo.

—No le pregunto cómo lo hizo ni quién le va a enviar ese mensaje. Se mueve aprisa. Es listo. Es una lástima que una bala pueda destrozar a un tipo como usted.

Al decir esto se había llevado la mano al bolsillo, como si su última frase le hubiera sugerido un pensamiento que requería una expresión concreta, y había sacado un revólver con culata de nácar. Luego lo hizo saltar en la palma de la mano.

—Los revólveres significan mucho en esta clase de asuntos —dijo—. Si una bala de un revólver no le hubiera herido, se habría escapado de Kestry y Bonacci. Y si ahora tuviese este revólver podría escaparse aún —y tiró descuidadamente el revólver sobre la mesa y se quedó mirándolo—. Sería muy duro para mí —dijo.

Simón miró el arma que estaba a unas dos yardas de él y se hundió aún más en su sillón. Después bebió otro trago del vaso.

—No juegue al ratón y al gato, Fernack —dijo—. Es indigno de usted.

—Sería muy duro —insistió Fernack como si no hubiera oído la interrupción—. Particularmente después de haber traído hasta aquí a Kestry y haberle mandado a su casa. No podría buscarme una buena coartada. No tengo por qué verle a solas en mi departamento, sin tener un hombre en el vestíbulo por si intentara darme un disgusto, cuando podría haberle llevado a cualquier comisaría o a Centre Street. Si las cosas se estropearan tendría que responder a muchas preguntas desagradables; y Kestry no me ayudaría. Debe sentirse muy ofendido por cómo le hablé en el Waldorf. Sí, sería muy duro el que usted se escapara, Santo.

Se rascó meditativo la barbilla y luego se puso en pie pesadamente y se acercó al otro extremo de la habitación, donde había una caja con cigarros, en una mesita pequeña. Los ojos de Simón estaban clavados, con una extraña fascinación, en el revólver de mango de nácar que el detective había dejado detrás de él, y que destacaba su solitaria magnificencia en el preciso centro de la mesa. El Santo podía haberse puesto en pie y cogerlo con un solo paso. Pero Fernack ni siquiera lo miraba. Seguía aún de espaldas, absorto en la elección de un cigarro.

—Por otra parte —continuó— nadie lo sabría antes de la mañana. Y de aquí a entonces pueden ocurrir muchas cosas. Por ejemplo, ese tal jefe. Ese es un tipo que la ciudad está deseando cazar. Sería un gran día para el policía que pudiera echarle mano. No creo que los políticos pudieran ponerle en la calle de nuevo, porque él es el hombre que los dirige, y cuando le tuviéramos encerrado, sería lo mismo que una serpiente a la que se corta la cabeza. Dentro de poco habrá elecciones municipales y este viejo político de América despierta a veces cuando descubre el camino que debe seguir... Si... si le perdiera, pero encontrara al jefe, Kestry tendría que pensar mucho lo que hacía si quería hablar contra mí.

Fernack encontró el cigarro que andaba buscando. Dio media vuelta, mordió su punta y la escupió. Luego buscó unas cerillas.

—Sí —dijo pensativo—, un tipo como yo tiene muchas responsabilidades.

Simón se aclaró la garganta. Le costaba trabajo hablar distintamente.

—Supongamos que una de esas cosas ocurriera... que tuviese entre manos al jefe —dijo entrecortadamente—. Nadie le ha visto nunca. Nadie puede probar nada. ¿Cree que le serviría de mucho?

—No quiero pruebas —replicó Fernack con una categórica arrogancia de certidumbre que era aún más terrible que todo cuanto oyera Simón—. Si un tipo como usted, por ejemplo, me lo entregaba y me decía que era el jefe... yo buscaría las pruebas. Eso es lo que usted no conoce del tercer grado. Cuando uno sabe que obra bien, una confesión completa vale más que todas las pruebas del mundo. No se preocupe. Yo buscaría mi prueba.

Simón vació su vaso. Su cigarrillo se había apagado sin que él se diera cuenta; lo tiró y encendió otro. Su cuerpo se iba calentando con un nuevo calor que borraba la intolerable fatiga de sus miembros y reducía su dolor; quizá se debiera a la calidad del brandy de Fernack o al nacimiento de una esperanza que llevaba muerta mucho tiempo. La extraña ronquera seguía oprimiendo su garganta.

Pero había vuelto a sentir ganas de luchar. La esperanza y el valor, la fuerza y la gloria, iban llenando sus venas en una poderosa marea que arrastraba los últimos restos de su derrota. El sonido lejano de unas trompetas resonó en sus oídos; quizá ni él mismo supiera cuán débil y lejano. Y si había en él una nota más profunda, más grave, sólo El Santo sabía cuál era la causa.

Se puso en pie y se acercó al revólver. Aun entonces apenas si podía creer que lo tenía al alcance de las manos, que no iba a desvanecerse en el aire tan pronto como sus dedos lo tocaran, como un burlón espejismo creado por su cansancio y su desesperación. Quizá tuviera un cordel atado a su mango, un cordel del que tirarían en el último momento, mientras el detective se echara a reír, burlón... Pero Fernack ni siquiera le miraba. Se había vuelto de nuevo y jugueteaba con la caja de fósforos como si se hubiera olvidado de su cigarro.

Simón tocó el revólver. El acero guardaba aún el calor del bolsillo de Fernack. Sus dedos se cerraron en torno a la culata, oprimiendo sus sólidos contornos. Un instante lo mantuvo en su mano, sintiendo su peso, supremamente balanceado en los músculos de su brazo; y luego lo guardó en su bolsillo.

—Tenga cuidado con él —dijo Fernack encendiendo una cerilla—. Le tengo mucho cariño.

—Gracias, Fernack —dijo quedamente El Santo—. Volveré a las nueve y media... con el jefe o sin él.

—Mejor será que se lave, se limpie un poco y se ponga la chaqueta como es debido —dijo Fernack—. Tal y como está el más estúpido de los policías le encontraría sospechoso.

Diez minutos más tarde Simón Templar salía de la casa. Fernack ni siquiera le vio marchar.

II

Chris Cellini apareció en persona tras la mirilla de la puerta un momento después de que Simón tocara el timbre. Al instante reconoció a El Santo y le dejó entrar. A pesar de la hora su voz no había perdido ni una fracción de su cordialidad.

—¡Entre, Simón! Me figuro que ahora no querrá un bistec, pero puede beber algo. Simón vaciló antes de entrar en la cocina.

—¿Hay alguien dentro?

Chris meneó la cabeza.

—Nadie más que nosotros. Los muchachos acaban de irse... Esta noche se quedaron mucho tiempo; si no, me habría encontrado en la cama.

Hizo sentar a Simón ante la gran mesa redonda, manchada con las reliquias de la última fiesta, y trajo una botella y un par de vasos limpios. Sus vivos ojos castaños notaron en seguida la palidez del rostro de Simón, las manchas que había en el puño de su camisa, y la rigidez de su brazo derecho.

—¿Ha estado en la guerra, Simón? ¿Le ha visto un médico? ¿Está bien?

—Sí, estoy bien —dijo lacónicamente El Santo.

Chris le miró con ansiedad durante un momento; y luego su risa sonora y cordial resonó en la habitación, una risa fuerte y contagiosa que era la última expresión de su soleada personalidad. Si en ella había un rastro de artificialidad, Simón comprendió a qué se debía.

—Oiga, uno de estos días va a meterse en un jaleo serio y yo tendré que ir a su entierro. La última vez que fui a uno, fue al de un hombre que se mató bebiendo. Hace unos dos años...

Siguió hablando con afable inconsecuencia durante cerca de media hora, y Simón se alegró indeciblemente de verse libre del esfuerzo de hablar. Al acabar aquel tiempo, Simón seguía con los ojos fijos en las lentas manecillas del reloj, hasta que la visión de éste se borró. El sonido repentino del timbre del teléfono que había en el pasillo le hizo ponerse en pie, sobresaltado. De un trago apuró el resto de su vaso.

—Debe ser para mí —dijo.

Chris se hizo a un lado y Simón salió al pasillo y cogió el receptor.

—¡Hola! —dijo una gruesa voz masculina—. ¿Es Mabel?

—No, no es Mabel —dijo El Santo, furioso—. Y espero que le meta un cuchillo en el vientre cuando vuelva a casa.

El Santo volvió a la cocina y se encogió pesadamente de hombros en respuesta a la pregunta muda de Chris. Este siguió hablando como si nada hubiera ocurrido. Diez

minutos más tarde el teléfono sonó de nuevo.

Simón encendió un cigarrillo para tranquilizar sus nervios, sorprendido al ver lo alterados que estaban. Luego salió y escuchó al que llamaba.

—¿Simón? Aquí Fay.

El corazón de El Santo dio un salto y su mano apretó el receptor, oprimiéndolo contra su oído como si temiera perder una sola palabra. Ella no necesitaba decirle quién era; las cadencias de su voz sonarían en su memoria durante el resto de su vida.

—Sí —dijo—. ¿Qué noticias tiene?

—Todavía no he podido dar con él. He probado todos los medios usuales. Sigo probando aún. No debe estar por aquí. Pero en cualquier momento puede recibir uno de mis mensajes o tratar de comunicarse conmigo enviándome uno él mismo. No lo sé. Seguiré probando toda la noche, si tengo que hacerlo. ¿En dónde estará?

—Seguiré aquí —dijo El Santo.

—¿No puede tratar de descansar un poco? —preguntó ella.

Y El Santo comprendió que nunca, nunca volvería a oír tan dulce hechizo en una voz.

—Si no le encontramos antes de la mañana —dijo suavemente—, tendré tiempo de sobra para descansar.

Volvió lentamente a la cocina. Chris le dirigió una mirada y se puso en pie.

—Arriba tengo una cama para usted, Simón. ¿Por qué no se echa a descansar un rato?

Simón estiró los brazos.

—¿Quién contestará al teléfono?

—Yo lo haré —le aseguró Chris—. El más ligero ruido me despierta. No se preocupe. En cuanto suene el teléfono, le llamo.

El Santo vaciló. Se sentía terriblemente cansado y no era la ocasión apropiada para derrochar su reducida reserva de fuerza. Además, no podía hacer nada hasta que Fay Edwards le enviara su vital mensaje. Su importancia, su fútil inacción, le enloquecían; pero tenía que aceptar los hechos.

El descanso aclararía su cerebro, restauraría en parte su cuerpo y refrescaría sus nervios para que no dejara escapar su última probabilidad. Al final, todo dependería de su propio juicio, de su ligereza; sabía que si fracasaba tendría que volver al mismo código que le había proporcionado aquella última salida.

Antes de que hubiera podido esbozar una protesta, se encontró en el piso de arriba, sin chaqueta, con la corbata aflojada. Al caer en la cama el sueño cerró al instante sus ojos. Su cansancio había llegado a un punto tal que ni los vertiginosos pensamientos de su mente podían alejar de él las sedantes nieblas de la inconsciencia.

Cuando se despertó brillaba un sol radiante en el claro cielo de Nueva York y Chris se hallaba junto a su cama.

—Su llamada acaba de llegar, Simón.

El Santo miró a su reloj. Era un poco antes de las ocho. Saltó de la cama, se echó hacia atrás su desordenado cabello y al hacerlo sintió la ardiente temperatura de su frente. Su hombro estaba rígido y le dolía. Sin embargo, se sentía mejor y más fuerte que momentos antes de irse a la cama.

—Le he preparado un poco de café y un desayuno para cuando termine —dijo, Chris.

Simón le sonrió y bajó a atender el teléfono.

—Me alegro de que descansara —dijo la voz de la muchacha.

El corazón de Simón latía con una palpitación rítmica que le golpeaba en las costillas. Su boca estaba seca y caliente, y su estómago vacío.

—Me ha hecho bien —dijo—. Deme algo, para luchar y verá cómo venzo. ¿Qué sabe de nuevo, Fay?

—¿Puede estar frente al Vandruck National Bank de la Quinta Avenida a las nueve? Creo que encontrará lo que quiere.

Su corazón se paralizó por un segundo.

—Estaré allí —dijo.

—Tuve que guardar el auto —prosiguió ella—. ¡Había tantos policías buscándole anoche! ¿Puede arreglarse de otro modo?

—Veremos lo que puedo hacer.

—*Au revoir*, Simón —murmuró ella.

El Santo colgó el receptor y entró en la cocina, dispuesto a satisfacer su apetito.

El aire estaba lleno del fuerte aroma del desayuno. Una cafetera hervía en la mesa y Chris estaba friendo huevos y tocino en el fogón. La puerta del patio estaba abierta y por ella entraba el vigorizador aliento del Atlántico borrando los últimos vestigios de humo y heces de vino. Simón se sentía magníficamente hambriento.

Se afeitó torpemente con la mano izquierda, con la navaja de Chris, y se lavó en el lavadero. El impacto del agua fría le refrescó, arrastrando tras sí las últimas telarañas de fatiga y pesadez. Todavía no había muerto. Inevitablemente, a pesar de la lentitud, su sistema físico iba ascendiendo la curva de la convalecencia; la resistencia de su soberbio físico, su dinámica salud iban inclinando la balanza a su favor. La sensación de vacío de su cabeza, consecuencia natural del exceso de cansancio y de la fiebre, no era nada más que una ligera molestia. Comió con apetito, tratando de resolver el problema de buscar el auto que le había pedido Fay Edwards; y de repente brilló en su memoria un número y un nombre, el número y el nombre del gárrulo chófer del taxi que le había ayudado a escapar del escenario del Waterloo de mister Papulos. Se puso en pie, se acercó al teléfono y tuvo que convenir en que tenía mucha suerte: el hombre estaba allí, desayunándose.

—Sebastián, aquí El Santo —dijo—. ¿No me dijo que podía llamarle si alguna vez le necesitaba?

Oyó que el chófer ahogaba una exclamación de sorpresa y luego la ansiosa respuesta:

—¡Claro! Lo que usted guste, amigo. ¿Qué es lo que pasa?

—Más de lo que se figura —replicó sucintamente El Santo—. Espéreme en la esquina de Lexington y la Calle Cuarenta y Cuatro dentro de un cuarto de hora.

Colgó el receptor y volvió a su café y su cigarro. Sabía que se arriesgaba, pues había una posibilidad de que el chófer hubiera sido el que había descubierto su escondrijo del Waldorf.

De todos modos la perspectiva de una substanciosa recompensa podía impedirle que le traicionara; pero era la única solución posible.

No obstante, la boca de El Santo tenía un gesto torvo al decirle adiós a Chris y encaminarse calle Cuarenta y Cinco arriba, camino de la Lexington Avenue. Andaba lentamente y sus dedos no soltaban la tranquilizadora culata del revólver de Fernack. En su aspecto no había nada de extraordinario, ningún motivo para que nadie se fijara en él. Seguía confiando aún en la mala calidad de las fotografías de los periódicos y la distracción del ciudadano medio, dos ventajas que le habían servido fielmente desde un principio. Y si en el brillo acerado de sus ojos azules había un rastro de fiebre, no por eso habían perdido nada de su rápida vigilancia, mientras recorrían de una ojeada el lugar de su cita.

Pero no vio en él nada anormal, ningún grupo de hombres apoyados contra los faroles o semiescondidos en la puerta cerrada de los comercios, ningún auto sospechosamente lento. La vida matinal de la Lexington Avenue transcurría normalmente, como si no se preocupara de su persona. Las cosas habían salido bien hasta entonces. Y en aquel momento alguien le llamó en voz alta y le hizo detenerse en seco.

—¡Eh, amigo, aquí estoy!

El Santo dio media vuelta y vio que el auto estaba parado en una esquina. Y en la cordial sonrisa del conductor no había nada que hiciera sospechar que era un echadizo de la policía o un secuaz del jefe.

—Mejor será que entre pronto antes de que alguien le vea, amigo —le aconsejó roncamente.

Y El Santo asintió y entró en el auto.

El chófer torció la cabeza para continuar la conversación a través del cristal de comunicación:

—¿Adónde quiere ir esta vez?

—Al Vandrick National Bank de la Quinta Avenida —dijo El Santo.

El chófer puso en marcha el motor y lanzó el auto a la corriente del tráfico:

—¡Oiga! —exclamó con cierto temor al llegar a la primera parada—. No pensará que se puede asaltar con sólo dos revólveres, ¿eh?

—No había pensado en ello —confesó amablemente El Santo.

El chófer pareció desilusionado a pesar de su escepticismo inicial.

—Yo pensé que un tipo como usted podía hacerlo si yo le ayudaba —dijo—. Quizá no se encuentre muy bien del todo. Oí decir que anoche le habían llevado a dar

un saludable paseo... Creí que no volvería a verle en mucho tiempo.

—Mucha gente sigue pensando aún lo mismo —murmuró sardónicamente El Santo.

El coche acortó la marcha al llegar a la Quinta Avenida, a una manzana del Vandrick National Bank.

—¿Qué hacemos aquí, amigo? —preguntó el conductor.

—Deténgase tan cerca de la entrada como pueda —le dijo Simón—. Aguardaré dentro del auto un poco. Si salgo de él, no se mueva de su sitio y ponga en marcha el motor. Este dispuesto a salir corriendo. Quizá tengamos otro pasajero... y entonces le contaré lo demás.

—Bien —dijo flemáticamente el chófer. Y entonces se le ocurrió una idea—. ¡Caramba! —dijo—. Pensé que estaba bromeando. ¡Esto es mejor que asaltar el Banco!

—¿El qué? —preguntó El Santo ligeramente asombrado.

—¡Ah, nada! —dijo el chófer—. No me puede pescar dos veces. ¡Pues echarle mano a Lowell Vandrick, en persona! ¡Nada! Ya veo las titulares: «Sebastián Lipski y El Santo secuestran al presidente del Vandrick National Bank». ¡Caramba, amigo, me ha hecho esperar mucho tiempo!

Simón sonrió silenciosamente y dejó que Lipski se regocijara con sus sueños. El haberle desilusionado antes de lo debido le parecía tan cruel como quitarle a un huérfano su juguete nuevo.

Se echó hacia atrás en su asiento, encendió otro cigarrillo y miró el majestuoso portal neosirio del edificio. Unos cuantos empleados retardados llegaban apresuradamente y entraban por una puertecita que volvía a cerrar en seguida el uniformado portero. Un depositante madrugador llegó, vio las puertas cerradas, lanzó una mirada de indignación al portero, y empezó a pasearse por la acera, mordiendo distraídamente la punta de un lápiz. El portero consultaba su reloj con monótona regularidad cada medio minuto. Simón, contagiado de su costumbre, empezó a contar los segundos que faltaban para que el Banco se abriera, tenso e inquieto, con una indefinible expectación.

Y entonces, con un efecto que dejó a El Santo casi sin movimiento ni respiración, las primeras campanadas de las nueve sonaron en un reloj cercano.

Estoicamente, el portero sacó su reloj corroboró, para satisfacción suya, el anuncio de las campanadas, abrió las puertas, y metió adentro su impresionante persona. El cuentacorrentista madrugador dejó de pasear y entró para terminar sus negocios. El Banco estaba abierto.

Aparte de ese detalle, la Quinta Avenida seguía lo mismo. Unos cuantos depositantes llegaron, entraron y salieron, con el aire preocupado de los hombres que llevan el peso del comercio de una nación. Un policía pasó delante del auto con el aire absorto de un filósofo. Pero Simón Templar se sentía preso aún en las garras de una pavorosa incertidumbre, aunque no pudiera decir qué la motivaba. Ni siquiera

podría haber dicho por qué el proceso de la apertura del Banco le había fascinado de tal modo. Después de todo el Banco no era más que un punto de referencia conveniente para su cita, y el mismo edificio poseía otras muchas oficinas en sus distintos pisos que podían haberle llamado del mismo modo la atención; las nueve en punto no era más que la hora señalada para encontrarse, sin que hubiera ninguna evidencia de que algo iba a estallar en aquel preciso instante, con la precisión de una bomba de relojería; pero no podía librarse de aquella dramática sensación de expectación que le hacía apretar con fuerza el mango nacarado del revólver de Fernack.

Y entonces, mientras sus ojos registraban inquietos la calle, vio a Valcross que se acercaba adonde él estaba, y se olvidó de todo lo demás.

En un instante saltó del auto y cruzó la acera, pues no quería atraer sobre sí la atención, llamándole desde la ventanilla del auto. Dio una palmadita en el hombro de Valcross y el anciano se volvió rápidamente. Sus ojos demostraban su sorpresa al ver a El Santo.

—¡Hola, Simón! No sabía que te levantabas tan temprano.

—No me he levantado —dijo El Santo—. ¿De dónde sale?

—¿No encontraste mi nota? Estaba en la repisa de la chimenea.

Simón meneó la cabeza.

—Hay muchas razones por las cuales yo no pude encontrar su nota —dijo—. Entre en mi taxi y hablaremos... no quiero quedarme aquí.

Cogió a Valcross de un brazo y lo condujo al auto. Las vulgares facciones de Lipski se iluminaron con una aprobación a la que se mezclaba un delirante asombro. Si aquello era un secuestro, era la cosa más inteligente y más fácil del mundo... Con gran disgusto suyo, Simón le dijo que esperara y cerró el cristal de comunicación.

—¿En dónde ha estado, Bill? —repitió.

—Tenía que ir a Pittsburgh para unos asuntos. Me llamaron por teléfono en cuanto te marchaste y no sabía cómo avisarte. Cené con mi corresponsal y volví esta mañana, volando las dos veces. Acabo, precisamente, de llegar.

—¿No ha estado en el Waldorf?

—No. Andaba escaso de dinero y pensaba ir primero al Banco.

Simón lanzó un profundo suspiro.

—No sabe la suerte que tuvo teniendo que marcharse a Pittsburg —dijo—; y el colmo de esa suerte es que esta mañana anduviera escaso de dinero. Alguien nos ha delatado, Bill. Cuando entré en el Waldorf esta madrugada estaba lleno de policías, y uno de ellos le está aguardando aún allí, a menos que se haya muerto de hambre.

Valcross le miró asombrado.

—¿Policías? —repitió—. Pero cómo...

—Ni lo sé, ni nos servirá de mucho el averiguarlo. El jefe fue quien lo hizo; aparentemente, dijo que yo llevaba demasiado tiempo pegado a sus talones. Como la gente de su banda no ha podido deshacerse de mí, me figuro que pensó que quizá la

policía tuviera más éxito. Después de todo, él les paga el sueldo. Pero no importa. Lo único que tiene que hacer es salir cuanto antes de este estado.

—Pero ¿y tú?

El Santo sonrió ligeramente.

—Siento mucho tener que esperar un poco aún por mi millón de dólares —dijo—. He matado a cinco de sus seis hombres, pero no sé si podré hacer lo mismo con el último.

Le contó a Valcross lo que había sucedido con frase escueta. Los ojos del anciano se abrieron asombrados al oír la intervención que había tenido Fay Edwards en el último instante del paseo, al oír contar la muerte de Duth Kuhlmann, las amabilidades de míster Kestry y la asombrosa suspensión temporal que le había ofrecido Fernack. Y todo el tiempo que duró su narración, los ojos de El Santo recorrían incansables la acera y la calzada y sus dedos oprimían la culata del revólver de Fernack con sus nervios tensos hasta el último miligramo de vigilancia.

—Como verá, fue una gran noche —terminó—. Y ya no queda mucho. Fernack estará preguntándose a estas horas si no me he escapado al Canadá dejándole que se las arregle él solo.

—¿Y Fay Edwards le dijo que el jefe estaría aquí a las nueve? —dijo Valcross.

—No exactamente. No hizo más que pedirme que estuviera aquí a las nueve. Me figuro que eso quiere decir que sabe algo.

—Es una historia asombrosa —dijo Valcross, pensativo—. ¿Sabes a qué atenerte con respecto a esa muchacha?

Simón se encogió de hombros.

—No creo que llegue nunca a saberlo.

—Nunca podré entender a las mujeres —dijo Valcross—. Me pregunto qué pensaría el jefe si lo supiera. Ese cerebro maravilloso, el alma de una organización que tiene en sus garras la mayor ciudad del mundo, y una mujerzuela que se enamora de un aventurero, puede hacerle pedazos.

—Todavía no lo he hecho —dijo El Santo.

Valcross guardó silencio un minuto y luego dijo:

—Has hecho lo que has podido. Has matado cinco de los seis hombres que te indiqué. Para el poco tiempo que llevas trabajando, eso es casi un milagro. El jefe fue idea tuya... tú lo pusiste en la lista. Si fracasas... si te consideras obligado a cumplir tu palabra y volver a Fernack... yo no puedo detenerte; pero creo que te has ganado lo que te prometí. Tengo un millón de dólares en mi cuenta corriente, esperándote desde que llegaste. De todos modos quisiera dártelo. Quizá te sirva de algo.

Simón vaciló. Los ojos de Valcross estaban fijos ansiosamente en él.

—No puedes rehusarlo —insistió—. Es mi dinero y creo que te lo, debo. Nadie pudo haberlo ganado mejor.

—Está bien —dijo El Santo—. Pero tiene que pagarme proporcionalmente. No he tenido total éxito... ¿para qué pretender lo contrario?

—Creo que yo soy el mejor juez de todo eso —dijo Valcross y salió del auto con una sonrisa.

Simón le vio alejarse con turbado ceño. En su boca había un sabor amargo que no había tenido hasta entonces. Su cuenta de muerte iba a ser pagada de acuerdo con un estricto porcentaje, el dinero de la sangre iba a serle entregado para terminar de una vez para siempre el trato. Tenía que matar a seis hombres por un millón de dólares; ciento sesenta y seis mil seiscientos sesenta y seis dólares y sesenta y seis centavos por hombre. Hasta entonces no había pensado en ello de aquel modo, había aceptado el ofrecimiento a la ligera, por el placer de la aventura, sin pensar seriamente en el provecho. ¡Está bien!, reflexionó amargamente, no hay razón alguna para que un hombre, que dentro de unas cuantas horas será un felón convicto, trate de halagar su propia estimación. Moriría como un asesino pagado, como cualquiera de los *gangsters* que él había matado.

Valcross cerró la puerta y dio media vuelta, dirigiéndose al Banco; y en aquel momento otro taxi entró en la calle y se detuvo en la acera de enfrente. La puerta se abrió y por ella salió una mujer. Era Fay Edwards.

III

Simón agarró el pomo de la puerta y saltó afuera. Y entonces vio que la muchacha no le miraba a él, sino a Valcross.

El Santo no había conocido nunca nada que pudiera compararse con aquel momento. En la parte posterior de sus rodillas había la misma sensación de constricción que si se encontrara al borde de un abismo insondable; pasaron unos segundos antes de que se diera cuenta de que, por un instante, hasta había dejado de respirar. Cuando abrió de nuevo sus pulmones, la sangre cantó en sus oídos con el zumbido de un lejano torrente.

No hacía falta decir nada más, ni siquiera una sola pregunta. La muchacha ni siquiera le había visto aún. Pero sin verle, su cara tenía un destello de la antigua expresión que él conocía. Hechos, nombres, palabras, acontecimientos, hicieron irrupción en su mente con el estrépito de un mecanismo que se hubiera vuelto loco, y fueron cayendo poco a poco en el lugar apropiado, formando un todo armónico. La áspera voz de Kestry, preguntando: «¿Por qué el tipo que telefoneaba en su nombre dijo: aquí el jefe?» Nunca había podido pensar quién le había traicionado, excepto en el hombre en quien nunca pensara. Fay Edwards diciendo: «Lo último que supe de Curly Ippolino fue que estaba en Pittsburgh». Valcross acababa de volver de Pittsburgh. Fay Edwards diciendo: «Todo el dinero se pagaba en un Banco. Se había convenido que el negocio sólo duraría cinco años... dividir el capital por partes iguales... Desde que está aquí, no quedan muchos para repartirse los beneficios...

Eso significa mucho dinero para alguien». Valcross camino del Banco. Valcross de vuelta de Pittsburgh, donde estaba el último miembro vivo de la sociedad. Fay Edwards diciendo: «Me dijo que le ayudara». Naturalmente, hasta que el trabajo estuviera terminado. Valcross buscándole en Madrid. Las listas de los hombres para hacer justicia, todos ellos muertos ahora. La historia de su hijo secuestrado y asesinado, que nunca se le había ocurrido comprobar. «Le pagaré un millón de dólares». Con diecisiete millones de beneficios, la tarifa era modesta. «Tú puedes limpiar la ciudad de esa condenada partida de bandidos y ladrones». ¡Oh, Dios, qué estúpido y qué ciego había sido!

En un instante, recordó vertiginosamente toda la historia Jack Irboll, muerto. Morrie Ualino y Eddie Voelsang, muertos también. El jefe se habría enterado antes que la policía de las muertes de Dutch. Kuhlmann y Hunk Jenson. La utilidad de El Santo se iba acabando y al final tendría que pagar su cuenta. El viaje a Pittsburgh y el aviso a la jefatura de policía. El último gesto maquiavélico de aquel genio diabólico que había recogido todas las ganancias del crimen, que había, buscado al mayor aventurero de todos los tiempos y le había comprado con un cuento y la promesa de un millón de dólares, usándole para unos cuantos días de terror y tirándole al suelo antes de que su curiosidad fuera demasiado peligrosa. Él asombro final de Valcross cuando vio a El Santo aquella mañana, vivo y en libertad. Y la sencilla y pueril excusa para entrar en el Banco, y una vez dentro de él, escurrirse por otra salida y enviar un segundo aviso a la policía. Simón Templar lo veía con todos sus detalles. Y entonces, mientras Fay Edwards daba la vuelta y le veía por primera vez, volvió a leer de nuevo en sus ojos la solución más asombrosa del misterio más grande que él durante los días más azarosos de su vida había conocido.

Mucho tiempo parecía haber pasado sobre su cabeza mientras seguía allí inmóvil, bebiendo con avidez hasta la última gota de la verdad; y sin embargo, en la cronología del mundo, el tiempo no pudo ser más escaso. Valcross ni siquiera había llegado a las puertas del Banco. Y entonces, cuando Fay Edwards vio a El Santo y dio unos rápidos pasos hacia él, en un presentimiento sobrenatural hirió a Valcross como un disparo y volvió la cabeza.

Vio a Fay Edwards y vio a El Santo.

A través de la corta distancia que los separaba, Simón Templar miró a Valcross y vio cómo la vil máscara de bondadosa simpatía desaparecía bajo la llama de horrible malignidad que brilló en los ojos del anciano. El cambio era tan increíble que aunque su cerebro comprendiera los hechos, aunque los hubiera asimilado como una de las verdades inmutables de su existencia, durante aquel fantástico espacio de tiempo se sintió paralizado como si hubiera visto que un faldero se convertía en una serpiente. Y entonces, la mano de Valcross bajó hasta su bolsillo.

La mano derecha de Simón se puso en movimiento una centésima de segundo después, moviéndose con la celeridad de un relámpago, si la rigidez de su herida no hubiera detenido a la mitad su movimiento como un cruel freno. Un estilete de dolor

le hirió en la espalda como un hierro ardiendo. En la hipnótica comprensión de aquel inexplicable instante, su invalidez se había borrado de su mente: había usado instintivamente su mano derecha. En un instante se corrigió, y su mano izquierda agarró la culata del revólver de Fernack; pero por aquel entonces, Valcross tenía también un revólver en sus manos.

Un disparo le rozó la oreja, hiriendo su oído con el estrépito de un expreso. El revólver seguía aún en su bolsillo. Del segundo disparo sólo oyó el eco. La bala no había pasado cerca de él. Entonces dio vuelta desesperadamente a su revólver y disparó a través de la tela del bolsillo. Valcross dejó caer su automática, oprimiéndose un costado y tambaleándose.

Simón se lanzó adelante. La calle se había convertido en un verdadero pandemónium. Un grupo de pálidos peatones se apretaba contra las paredes del Banco, fuera de la zona de peligro. El aire estaba lleno de gritos de mujeres y del chillido de los neumáticos. Cogió a Valcross por la cintura con su brazo sano y tirando de él lo arrastró hacia el auto. Míster Lipski, con la cara contraída por una intolerable excitación, bajaba de su asiento para ayudarlo. Y entonces vio a Fay Edwards.

Estaba apoyada contra uno de los costados del taxi, con una de sus pequeñas manos apretadas contra el cuerpo de su vestido; y Simón comprendió, con una terrible fidelidad, adonde había ido a dar el segundo disparo de Valcross.

Algo más fuerte que un latido, subió hacia su garganta; su corazón cesó de latir. Luego, siguió adelante.

Abrió la puerta de un tirón y empujó adentro a Valcross como si fuera un saco. Y entonces cogió en sus brazos a Fay Edwards y la entró con él. Su peso era ligero como el de un niño ni siquiera le permitía sentir el dolor de su hombro; y sin embargo, llevaba sobre sí el peso del mundo entero. La dejó en el asiento tan tiernamente como si hubiera estado hecha de frágil cristal, y cerró la puerta. Mientras lo hacía, el auto se había puesto en marcha.

—¿Adónde, amigo? —le gritó el chófer.

Simón le dio la dirección de Fernack.

Detrás de ellos empezaron a gemir las sirenas de la policía... muy detrás. Deslizáronse en medio de los autos, doblando las esquinas en dos ruedas, despreciando las señales del tráfico y haciendo milagros de conducción que ponía los pelos de punta, míster Sebastián Lipski encontraba de cuando en cuando una oportunidad de rascarse la cabeza. Míster Lipski estaba preocupado.

—¡Caramba! —se decía avergonzado, como si se diera cuenta de que cometía un sacrilegio imperdonable—. ¿A qué viene todo esto? Primero le pone la mano en el hombro a ese tipo, tan tranquilamente. Luego, le deja marchar. Luego le pega un tiro a media Quita Avenida y lo vuelve a traer. Lo que me gustaría saber es ¿qué clase de juego es ése?

—No piense en eso —dijo El Santo, a través de sus cerrados dientes—. ¡Guíe simplemente!

Sintió un golpecito en su brazo y miró hacia la muchacha. Esta se había quitado el sombrero y su cabello le inundaba las mejillas, en un diluvio de suave oro. En sus asombrosos ojos de ámbar había una sombra, pero el resto de su rostro estaba tranquilo, imperturbable, como un raso extraterreno, lleno de vida y juventud. Sus labios entreabiertos ostentaban la sombra de una sonrisa.

—No se preocupe —dijo—. No voy a ir con usted... muy lejos.

—No diga tonterías —repuso él ásperamente—. No es nada serio. Va a ponerse bien muy pronto.

Pero sabía que mentía.

Ella lo sabía también. Meneó la cabeza y sus rizos de oro bailaron.

—No me duele —dijo—. Aquí estoy bien.

Se acurrucaba contra su pecho como un niño cansado. Las torres y cañones de Nueva York desfilaban ante ellos, pero ella no los veía. Desaparecía como había vivido, sin miedo ni remordimiento, saliendo del pasado desconocido a un desconocido futuro. Quizá nunca mirara hacia atrás ni hacia delante. Para ella, todo era presente. No tenía edad, no pertenecía a ninguna época ni a ninguna estación.

Suspiró de nuevo.

—Lo siento tanto —dijo—. Por lo visto ya creí que no iba a suceder... ahora.

El Santo no pudo hablar.

—Bésame otra vez, Simón —dijo ella quedamente.

Él la besó. ¿Por qué le había parecido inabordable? Ella era él mismo. Formaba parte de su ilegal desprecio de la vida y la muerte que la había conquistado y la habían hecho salvarle dos veces la vida, entregándole la suya al fin. Si el mundo entero la hubiera condenado, él no habría tirado ni una sola piedra. Los dos se movían en la misma esfera, en las grandes sierras de la ilegalidad, donde no hay leyes.

Ella se echó hacia atrás, mirándole a la cara como si tratara de recordar todos sus rasgos en un período de cien años. Sonreía y en sus ojos de ámbar, que se iban ensombreciendo, había una luz que él no comprendería nunca. El Santo vio que se esforzaba por hablar.

—*Au revoir*, Simón —dijo, y como había vivido con la muerte, así murió.

Él la soltó dulcemente y se volvió. Sus ojos le escocían con unas extrañas lágrimas, impidiéndole ver bien. El taxi dobló una esquina a toda velocidad. Los ruidos de la ciudad aumentaban y disminuían como el rumor de una marea.

En aquel momento se dio cuenta de que Valcross tiraba de su manga, gimiendo con una terrible incoherencia de terror. Sus palabras penetraron con dificultad en su cerebro, embotado por el dolor:

—¿No puede hacer algo? No quiero morir. He sido bueno para usted. No pensaba timarle su millón de dólares; haré lo que me pida. No quiero morir. Usted me hirió. Tiene que llevarme a un médico. Tengo mucho dinero. Puede coger todo el que

quiera. Tengo millones. Puede llevárselos todos. No los quiero. Llévase lo que le guste...

—Cállese —dijo El Santo con terrible voz.

—Millones de dólares... en el Banco... todos son suyos...

Simón le pegó en la boca.

—Estúpido —dijo—. Todo el dinero del mundo no podría pagar lo que ha hecho.

El hombre se encogió en un rincón y su balbuceo se convirtió en un chillido.

—¿Qué es lo que piensa hacer conmigo, entonces? Puedo darle todo lo que quiera. Si no es dinero lo que anda buscando, ¿qué es lo que quiere? Maldito sea, ¿qué es lo que quiere?

Entonces El Santo se volvió hacia él y hasta Valcross enmudeció al ver la mirada de sus ojos. Su boca se movió en silencio, pero las palabras se negaron a salir de sus labios. Sus manos temblorosas se alzaron como para protegerse de la mirada de aquellos diabólicos ojos azules.

—Su muerte —dijo El Santo en una voz queda de espantosa suavidad—. Su muerte es lo que quiero.

Entraron en Washington Square por la parte Sur. Simón no se había fijado en el camino que habían seguido para deshacerse de sus perseguidores, pero el aullido de las sirenas había cesado. El tronar del tráfico de la ciudad se lo había tragado. El taxi iba acortando su marcha; el incesante río de autos, camiones y taxis seguía rodando, como rodaría mientras la ciudad existiera. Un vendedor de periódicos corría por la acera, pregonando su efímera sensación. En un rincón microscópico de uno de los infinitesimales granitos de polvo que ruedan en los negros abismos del infinito, inconsiderables átomos de vida humana se afanaban, gozaban, triunfaban y se destruían en triviales asuntos que sólo ocupaban un breve instante de la eternidad. Las vidas empezaban y terminaban, pero el accidente primordial de la existencia seguía adelante.

El auto se detuvo y el chófer miró a su alrededor.

—Aquí es —dijo—. ¿Qué quiere ahora?

—Espere un minuto —dijo El Santo, y entonces vio a Fernack esperándole junto a su casa.

Salió del coche y se acercó lentamente al detective, y Fernack le vio venir. La fuerte y cuadrada mandíbula no se aflojó; sólo los grises ojos de granito demostraron alguna expresión.

Simón sacó el revólver de mango de nácar, y volviéndolo se lo entregó como si rindiera su espada.

He cumplido mi palabra —dijo—. Este es el final de mi libertad provisional.

Fernack cogió el revólver y se lo metió en el bolsillo.

—¿Encontró al jefe?

—Está dentro del taxi.

Un destello de indecible contento pasó por los ojos de Fernack al mirar por encima del hombro de El Santo, el taxi que aguardaba. Entonces, sin decir una palabra, cruzó la acera y abrió la portezuela. Valcross cayó a medias hacia él. Fernack le cogió con una mano y alzó con ella al hombre que sollozaba. En aquel momento vio algo más en el taxi, y quedó inmóvil.

—¿Qué es esto? —preguntó.

No obtuvo respuesta. Fernack dio la vuelta y miró hacia la calle. Simón Templar se había marchado.

EPÍLOGO

Míster Theodore Bungstatter, de Brooklyn, se casó con su cocinera el oncenno día del mes de junio de aquel año de gracia. Pasaron su luna de miel en las Cataratas del Niágara, y al tercer día, ella le declaró que nunca más volvería a guisar para él. Desde entonces, su dicha conyugal fue turbada por una serie de espantosas substitutas que le hicieron conocer a míster Bungstatter todas las agonías de la dispepsia.

Míster Ezequiel Inselheim, paseando por su biblioteca declaró lo siguiente a los periodistas: «Es mi deber y el de todos los ciudadanos honrados resistir las amenazas de los *gangsters* aun a riesgo de nuestra propia vida y de las vidas de nuestros seres queridos. El bienestar personal. Estamos luchando en una guerra a muerte contra el crimen, y debemos guiamos por el mismo código de sacrificios que si lucháramos contra una potencia extranjera. Esa es la única manera de que ese espantoso cáncer que nos devora pueda ser extirpado». —Y mientras hablaba así recordaba los fríos ojos del aventurero que se enfrentó con él en aquella misma habitación, y detrás de sus pomposas frases, sentía el orgullo de creer que si la ocasión volvía a presentarse, él estaría a la altura de las circunstancias.

Míster Heimie Felder, argumentando en medio de un círculo de joviales compañeros de Charley's Place, dijo:

—¿Por qué decís que el tipo estaba chalado? ¿Podéis decir que un tipo que liquidó a Morrie Ualino y a Dutch Kuhlmann estaba chalado? Vamos, hombre, lo que yo digo...

Míster Chris Cellini puso sobre la parrilla un tierno y jugoso bistec. Sus manos lo manejaban con la suavidad y destreza de un artista. El olor del tabaco, el vino y la comida, era un perfume en su olfato, y la charla de sus amigos, música en su oído. Su risa sonora repercutió bajo el techo de su amada cocina:

—No; hace mucho tiempo que no veo a El Santo. Era un muchacho muy atrevido. Uno de estos días les contaré una historia acerca de él.

Míster Sebastián Lipski le decía a su arrobado auditorio del restaurante de Columbus Circle:

—Digan, ¿no me han oído contar cómo yo y El Santo raptamos al jefe? ¿El día que asaltamos el Vandrick National Bank con dos revólveres? ¡Caramba, pues no saben lo que es bueno!

El inspector John Fernack tomó el tren de Ossining veinte minutos después de la ejecución del jefe en la silla eléctrica. Era un hombre muy atareado y no podía perder su tiempo en casos terminados. En sus ratos de ocio, todavía seguía tratando de enterarse de quién fue Eurípides; pero tenía muy pocos ratos de ocio. Había habido un cambio de régimen después de la última elección municipal. Tammany Hall estaba organizando secretamente sus fuerzas para las nuevas elecciones; Orcread estaba

dando la vuelta al mundo, por causa de su salud, y Marcus Yeald no era ya fiscal del distrito; pero Quistrom seguía siendo comisario de policía, y muchas cuentas viejas se estaban ajustando. En su escritorio encontró una copia de la siguiente carta:

*POLICIA METROPOLITANA
SECCIÓN ESPECIAL
SCOTLAND HOUSE
LONDRES, S. W. I.*

*Comisario de Policía
Nueva York*

*Estimado señor:
Re: Simón Templar, El Santo.*

Refiriéndonos a nuestra carta anterior sobre el mismo asunto, tenemos el honor de informarle que este hombre, según nuestros informes, ha vuelto a Inglaterra y por lo tanto no necesitamos sus servicios y ayuda por el momento.

Suyo afectísimo,

*C. E. TEAL.
Inspector Jefe.*

Fernack miró al calendario que había en la pared, en donde él había marcado ciertas fechas. En tres días, El Santo había aparecido y desaparecido, después de haber hecho su trabajo, y la última palabra de aquel «caso» acababa de decirse oficialmente en Ossining. Pero su mano bajó hasta su cadera y tocó el revólver de mango de nácar que había en su bolsillo y su roce despertó muchos recuerdos en su mente.

Quizá aquel fuera el motivo por el que, con ocasión de la clausura del curso preparatorio de la Academia de Policía, aquella noche, cuando los fornidos muchachos que iban a escuchar sus palabras, dejaron a un lado los libros de texto que habían estado estudiando, él se dirigió a ellos del siguiente modo: un gigante dominador, con hombros anchos y erguidos de un hombre treinta años más joven, con cabellos y rostro marcados por el hierro y el granito de su dura labor, pero cuyos duros ojos grises tenían al fijarse en ellos una extraña suavidad de orgullo y afecto.

—Vosotros, muchachos, habéis escogido el mejor trabajo del mundo —fueron sus últimas palabras—. Yo le he entregado mi propia vida y volvería a hacerlo mil veces. Pero no es un trabajo fácil. No es fácil aceptar un tiro en el vientre. No es fácil ver cómo desaparecen nuestros mejores amigos, asesinados por cualquier asesino cobarde, que tenga un revólver. No es fácil no olvidar el juramento que uno hace salir de aquí, cuando vemos que personas que están más arriba que nosotros aceptan

sobornos y nos ofrecen dinero por cerrar los ojos en el momento oportuno. Es un trabajo duro. Uno tiene que ser duro también. Tendrán que tratar con asesinos y ladrones, con hombres que pegarían un tiro por la espalda a su propia madre por unos cuantos dólares; lo peor del hampa, y ellos no comprenden otro idioma. Nosotros, ustedes y yo, trabajamos en la policía más dura de todo el mundo. —Pero, al llegar a aquel punto, vieron a John Fernack, el acerado John Fernack, erguir sus tremendos hombros como un hombre que se echa a la espalda una carga fácil, mientras una luz que era casi hermosa le llenaba los ojos—. No consientan que su trabajo les vuelva demasiado duros. Porque un día, saliendo de esa hampa, han de encontrarse con un hombre que vale tanto como ustedes, y si no saben darle una oportunidad, se perderán una de las mayores alegrías de este mundo: la de ver que un hombre en que uno confiaba era digno de esa confianza.

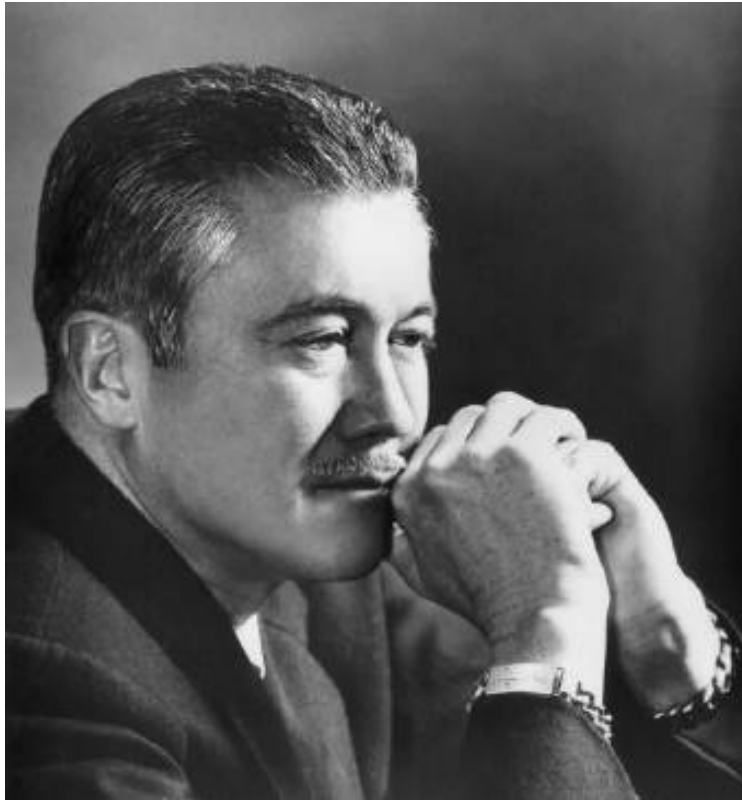
Y en el jardín de una posada junto al Támesis en la fresca penumbra de una noche de verano, mientras la lima convertía al río en una cinta de plata, *miss* Patricia Holm, quien desde hacía mucho tiempo había entregado todos sus días a El Santo, dijo:

—Nunca me has contado todo lo que te ocurrió en Nueva York.

El cigarrillo de Simón brilló en la noche como una chispa roja y su suave voz contestó dulcemente en la sombra:

—Quizá ni yo nunca sepa todo lo que me ocurrió allí —dijo, pero sus recuerdos estaban a tres mil millas de distancia del río y la luna y los negros centinelas de los árboles, y en sus oídos resonaban el tronar de la ciudad y el murmullo de una voz que era toda música diciendo: *Au revoir...*

F I N



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simon Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

Notas

[1] Nombre que se da a los miembros de la alta sociedad de Nueva York. (*N. del T.*)
<<

[2] Organización Central del Partido Democrático Norteamericano. (*N. del T.*) <<

[3] Nombre que daban los norteamericanos a los contrabandistas de licores. (*N. del T.*)
<<